

ATENEIA

1934

3

008 (83) (05)

冊





Año XI Tomo XXVII Núm. 109

008(83)609
Ateneea

**Revista Mensual de
Ciencias, Letras y Artes**

PUBLICADA POR LA
UNIVERSIDAD DE CONCEPCIÓN (CHILE)



1934
3

SUMARIO

Ernesto Montenegro
Arturo Torres Rioseco
Guillermo Köhnenkampff
Sancho Urdueta

Salomón Wapnir
Augusto D'Halmar

Sady Zañartu
Agustín Edwards M. C.

*Apreciación de D'Halmar
«Rubaiyat» de Omar Khayyam
Historia Amarilla*

*«Cantaclaro» el nuevo libro de Rómulo
Gallegos*

*Ramón Subirats
El Castillo desmantelado y las Huertas
de Camacho*

*El vagabundo del espejo
La Cuestión de la Plata*

NOTAS Y DOCUMENTOS — SEÑALES — LOS LIBROS — LIBROS
RECIBIDOS

127

Precio \$ 2.50

Julio de 1954

Atenea

Revista mensual de Ciencias, Letras y Artes
Publicada por la Universidad de Concepción

Comisión Directora:

ENRIQUE MOLINA. —LUIS D. CRUZ OCAMPO
FÉLIX ARMANDO NÚÑEZ (Secretario)

Representante de la Dirección en Santiago
Señor DOMINGO MELFI

ATENEA inició su publicación en 1924 y la ha continuado hasta la fecha con absoluta regularidad. En los diez números que ha editado anualmente hasta 1930 inclusive y en los doce números que edita desde este año, trata de dar una visión completa y siempre actual de las actividades espirituales chilenas y americanas en primer lugar y luego de las de otros países del mundo.

ATENEA no publica sino los trabajos que solicita especialmente a sus autores y no mantiene correspondencia alguna sobre los originales que se le remiten. La Dirección de la Revista no se hace solidaria de las opiniones que expresen los autores de trabajos publicados en estas páginas y que lleven firma responsable.

PRECIO DE LAS SUSCRIPCIONES

Un año.....	\$ 30.00
Un semestre.....	16.00
En las provincias de Chile y en Bolivia, recargo de \$ 2.00 anuales para fran- queo.	
Suscripción a los países extranjeros excep- to Bolivia sólo anual: 4 dólares, o su equivalente según el país.	
Número suelto.....	2.50

Para la atención de todos los asuntos relacionados con la redacción de la Revista ATENEA, dirigirse a su oficina en Santiago, ubicada en el edificio de la Mutual de la Armada y Ejército, cuarto piso, oficina N.º 22, o a la Secretaría de la Revista Atenea, Concepción.

Agente general para suscripciones y ventas

LIBRERIA NASCIMENTO

SANTIAGO
Ahumada 125
Casilla 2298

CONCEPCION
Barros Arana 800
Casilla 2290

Imprenta Nascimento.—Ahumada 125.—Santiago.

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XI

Julio de 1934

Núm. 109

Ernesto Montenegro.

Apreciación de D'Halmar



SALUDAMOS a Augusto d'Halmar a su regreso a la patria. Lo saludamos en nombre de esa patria ideal que llevamos en lo mejor de cada uno de nosotros, y que es, a fin de cuentas, la que hace justicia—justicia tardía pero duradera. Le damos la bienvenida junto con esta generación joven, que ya le admiraba y le leía antes de conocerle en carne y hueso, así como entre nosotros todos le queríamos y algunos le imitábamos en la hora plástica de la mocedad. El juicio de dos generaciones es ya un anticipo de la posteridad, y ese juicio reconoce en d'Halmar a un hombre leal a su vocación; al escritor chileno que ha sido por encima de todo el artista, y sólo incidentalmente algunas cosas más.

Los caminos del mundo han espolvoreado de blanco su cabeza. Vuelve a nosotros con el ojo más quieto y la voz más grave; pero eso es todo. La misma vibración estremecida se acusa en la red de sus nervios, agitándole al menor contacto hasta la punta de los dedos, como a

instrumento siempre afinado, tanto en la vigilia como en el sueño. Siendo un hombre de quien puede decirse (lo que no podríamos decir de la mayoría de las gentes), que ha vivido cada uno de los momentos de su vida, su alma sigue fresca y niña, porque él no la ha desgastado en la menuda codicia de las cosas perecederas.



Mientras reposa el caminante, le examinamos como a hurtadillas, encomendándonos más que a nuestros ojos a la certera intuición de la simpatía. Sí, ciertamente, su mirar es más reposado, en su ademán hay más serenidad, y una ligerísima curva de cansancio en su sonrisa. Con la imaginación vemos recortarse su alta silueta, nítidamente contra el cielo, a punto de descender la cuesta de la cincuentena. Hemos viajado por sendas divergentes, pero aquí estamos en la encrucijada a donde al fin conducen todos los caminos del mundo. Un espacio de treinta años nos separa de aquella primera etapa. Cada uno por su lado hemos visto pueblos remotos, hemos sondeado ricas y añejas literaturas; hemos vivido a nuestro turno ideas, pasiones, horas de exaltación y de desaliento. Pero no es la certidumbre de mi propia experiencia lo que me acerca al viajero, sino la revelación gozosa de que los duros aprendizajes de treinta años, que pudieron hacer de él un extraño para mí, son precisamente lo que me ayuda a comprenderlo mejor.

—Aquí estoy con vosotros, parece decirnos su gesto

confiado de centinela que al volver a casa deja el arma en su rincón y se abandona al reposo entre los suyos. Héme aquí; soy el mismo, siendo muy otro del que partió. El mundo me tomó; luché a brazo partido con el mundo, en ese gesto apretado que expresa tanto la lucha como el amor. El mundo me ha herido y me ha amado; pero, porque la vida me hirió junto con darme goces, hoy, ya hombre maduro por la experiencia y siempre joven por la esperanza, la vida es más mía que nunca y yo soy más que nunca de la vida.

Eso dice a mi examen este hombre de densa cabellera blanca, a quien vengo a imponerle el suplicio metódico de verse juzgado de viva voz y de cuerpo presente y viviente. Juzgar a un escritor es juzgar a un hombre dos veces. Vemos el ser de sangre y nervios, y en torno a él y por encima de él esa proyección ideal que constituye su personalidad articulada, su obra. Al hombre le tocamos, oímos su voz, seguimos a través de su mirada las fases cambiantes de su ánimo. Pero cuando encaramos su obra, esa porción visible y sin embargo incorpórea de su alma, ella se nos escapa por entre los dedos.



Un grupo de comadres, en la esquina asoleada de la plaza del pueblo, ve pasar a una muchacha con vestido nuevo, y esgrimiendo las lenguas como tijeras, moralmente la desnudan por la espalda, junto con enumerar los nombres de sus amantes y mofarse del mal gusto de

su costurera. Y algunos críticos, en los rincones mal ventilados de las revistas, toman la obra virgen de un escritor, la violan entre gestos soeces, y le atribuyen siete diferentes padres a cada una de sus imágenes, siete diferentes intenciones a cada una de sus ideas. ¿Cuál es el pecado más imperdonable, qué juicio el más temerario?

Y, sin embargo, con plena conciencia de ese feo vicio de juzgar al prójimo sin la mansa voluntad de ser juzgado, voy a llevaros por algunos minutos hasta el castillo interior de este artista, con la cándida ilusión de que a la vista de sus cimientos os expliquéis mejor la gracia aérea de su arquitectura. Quisiera comenzar por hacer patente ante vosotros el milagro que encarna la frescura del prestigio de d'Halmar a lo largo del tiempo y la ausencia. ¿Cómo hacerlo? Mis medios son demasiado simples y mi información no muy segura. Me confiaré, pues, una vez más a esa intuición que sirve de único puente entre la realidad visible y las realidades del espíritu, de lo imponderable y lo inefable.

Hablemos tan llanamente como sea posible. La firmeza del prestigio de d'Halmar entre la juventud chilena se explica por el mérito de haber sido el escritor nacional que puso mayor suma de vida interior en sus personajes. La creación literaria es tanto más convincente cuanto los gestos y las palabras de que aquellos están animados responden mejor a un móvil interno, tal como nos ocurre a nosotros mismos. Sin esa vida interior las tragedias de Shakespeare no serían otra cosa que me-

lodramas policiales, y las novelas de Dostoyewsky una prosa periodística harto incolora.

En la propia niñez de Augusto d'Halmar podríamos hallar la razón de su madurez precoz. De niño ha aprendido el gesto estoico de la pobreza decente; el sentirse cabeza de familia cuando todavía se añora el regazo materno; y la meditación se hace en él, no una segunda naturaleza, sino la más imperiosa, la que prima sobre todas.

Poseído de un temperamento rico y de una fantasía intensa hasta la alucinación, se habitúa desde temprano a vivir en su fuero interno una realidad que planea sobre la actualidad precaria en que vegeta. Muéstrase luego en él, con más fuerte relieve que en la mayoría de nosotros, la doble naturaleza de que está hecho el hombre, y particularmente el artista. Sibarita para los días afortunados y de ascética frugalidad en las horas ordinarias, se va componiendo con los libros una sociedad a su gusto, el gran mundo de sus predilecciones. En vez de comenzar por poner la vida ambiente en sus ensayos novelescos, él se complace en amoblar la desnuda existencia de un muchacho chileno, en el Santiago de 1900, con la rica decoración y la densa atmósfera espiritual de las obras maestras universales de fines del siglo. Una a una van llegando a sus manos las novelas de Daudet, Loti y Maupassant, traducidas en las primorosas ediciones ilustradas de Jubera de Barcelona; y se va sintiendo por turno el Fulanito de Petit-Chose; la gentil y patética Desiderata, y sobre todo Jack, el huérfano que

sale a afrontar el mundo con su pantaloncillo de terciopelo y con el estómago vacío. Luego vendrá Zola, y entonces d'Halmar será Sandoz y tendrá en su puño de adolescente la crítica pictórica del Salón Oficial de Chile, sin más conocimiento que el de las estampas litográficas de los Museos de Europa. Llegarán a su turno a prestarle compañía la arrogante poesía de los diálogos de Ibsen y la prosa crepuscular de Maeterlinck. Aparecerá luego la palabra nostálgica de Andersen, quien, por haber nacido en el cubil de un zapatero en un país de nieblas, se place en decorar sus cuentos de hadas con carrozas de oro macizo, jardines eternamente floridos y soles primaverales.



¿Qué halla entonces d'Halmar en el Santiago de 1900? Una Alameda donde canturrea la música rural de las acequias a tajo abierto. Una doble fila de casas con fachadas con mármoles y dorados, que muestran todavía en los mojinetes el canelo y el reboque de barro de la Colonia. Damas que bajan de sus victorias de ocho muelles para hundir sus preciosos tacones en el fango de las callejas mal pavimentadas a trechos con piedra de río. Faroles humeantes en cada esquina; el sastre o la tienda de novedades de París alternando con la bodega de forrajes o la picantería que exhibe sus manjares entre las rondas voraces de moscas.

En el orden de las cosas espirituales, la vida santia-

guina muestra la misma violenta solución de continuidad. No hay muchos centros de cultura dignos del nombre. Los clubs literarios que animaron antaño Lastarria y sus discípulos, ya desvanecidas las efervescencias políticas, cerraron sus puertas con la última revolución. De 1890 a 1900 la educación pública está absorta en chapurrear la pedagogía alemana; los estadistas buscan con fría pachorra una fórmula inspiradora en las páginas de la *Revue des Deux Mondes*. La idea fija de los pintores y escultores consiste en lograr una medalla en las ferias artísticas de París; y los escritores jóvenes escriben en «La Ley» y en «La Tarde», calcando el modelo frágil de Arsene Houssaye, Jules Claretie y Catulle Mendès.

Advirtamos a tiempo que don Alberto Blest Gana permanece radicado en Francia, y que no ha publicado nada desde «Martín Rivas». «Durante la Reconquista» no se conoce todavía, y Orrego Luco tampoco ha escrito «Casa Grande». Los cuentos mineros de Baldomero Lillo son meros trazos al carbón en la fosca fantasía del futuro escritor, y las Páginas Chilenas de Angel Pino no pasan todavía de juguetones bosquejos de estudiante. «El Roto» es apenas la mueca del Niño Diablo en el sanguíneo temperamento de Edwards Bello. Dublé Urrutia, antes de escribir «Del Mar a la Montaña», ensaya el verso de Garcilaso con el ritmo rotundo de Núñez de Arce. Pedro Antonio González, Bórquez Solar y Francisco Contreras se dividen en otros tantos

jirones la capa bohemia de Rubén Darío, y Manuel Magallanes todavía no desata por el dolor la plenitud de su vuelo lírico. «Un Juez Rural» no ha nublado aún la sonrisa de Pedro Prado. Federico Gana apenas se despereza en la siesta de sus relatos campesinos, y Pezoa Véliz chapotea aún por los bajos fondos del romanticismo, antes de arrojarse en la corriente caudalosa y algo turbia de su propia vena.

En tales circunstancias ha comenzado a escribir Augusto d'Halmar. En *La Tarde* de los hermanos Irarrázaval, al lado de *Nadir*, cronista festivo, el joven Thomson empieza a pergeñar sus crónicas callejeras o de arte, con esa escrupulosa y lúcida atención que puso siempre en sus escritos. (Si le hubiéseis llamado *joven* en aquellos días, seguramente le hubiérais ofendido, porque este hombre a quien la vida ha enseñado el secreto de la propia estima, tuvo siempre la conciencia de su dignidad, que es como atestiguar ante nosotros mismos el respeto que sentimos por los dones que vienen de los dioses. Esta dignidad es el ángel de la guarda del artista. Y ella se manifiesta, hoy como ayer en d'Halmar, en el aliño decoroso del vestir, en el cuidado de la expresión, tanto escrita como hablada, y en esa tendencia tan suya que le llevó entre sus paisanos adustos a hacer un arte más de su conversación).

La vida literaria de Santiago se refugia en las veladas del Ateneo, donde d'Halmar triunfa doblemente, como autor y como *diseur*, con sus *Monólogos* y sus *cuentos*. Una revista literaria, *Pluma y Lápiz*,

agrupa a un puñado de cuentistas y poetas: Guillermo Labarca, Miguel Luis Rocuant, Leonardo Pena, Dublé-Urrutia, Víctor Domingo Silva, Bórquez Solar; pero el estímulo es tan débil, que su editor, Cabrera Guerra, ha de ir recortando liberalmente de otras revistas de América para llenar sus páginas. Por ese tiempo Thomson funda, con ayuda de Alfredo Mellissi, *Instantáneas*, y en seguida aparece *Luz y Sombra*, que va luego a refundirse con la anterior en un solo cuaderno ilustrado. A su lado acude más tarde esa generación que nos ha dado una obra firme por la convicción y el entusiasmo, por el esfuerzo concienzudo y el honrado deseo de hacer tanto obra de interpretación nacional como de expresión individual: Santiván, Maluenda, Barrios, Latorre, Mondaca, Guzmán, Max Jara, de la Vega, y una buena docena más.



¿Queréis venir un rato conmigo? Augusto d'Halmar, a los 25 años, nos convida. Estamos en una cervecería del centro; pero no es el jarro rebosante de espuma lo que nos trajo en su compañía. Augusto viene con un libro bajo el brazo, y aunque el nombre del autor no nos dice nada, conocemos el fino paladar de su dueño. Luego, sentados a la mesa redonda, con los codos afirmados en los bordes y la barbilla en las manos, vemos animarse en sus palabras unciosas un paisaje semi-tropical de las montañas de California; aparecen desgre-

ñados mineros de hablar sentencioso y la mano pronta para alcanzar el cinturón de donde cuelgan sus trabucos; y así, en un rincón apartado de una taberna santiaguina, trabamos amistad con el *Socio de Tennessee* y con todo ese mundo sentimental y brutal de *Bret-Harte*. El obscuro techo artesonado, los parroquianos rozagantes, el vaho de la cachimba que Thomson tiene en la mano, le bastan para sentirse en un *bierhalle* de *München* o *Heidelberg* en los buenos días de los *Meistersinger*. Augusto está en carácter.

Justamente diez años más tarde, en un quemante y reseco verano de California, llego a Placerville con un accidental compañero de excursión, y alcanzamos hasta el lecho pedregoso del *Río Americano*, muy semejante a nuestros esteros del valle central. Estamos en el mismo sitio donde el infortunado *Marshall* descubrió la primera pepita, y de donde se extendería por la tierra, como las llamas locas de un incendio, esa fiebre del oro que tan a menudo sólo se apaga con sangre, y que al mundo moderno sólo le dejó por herencia los naranjales californianos y los *Bocetos Californianos*. Yo llevo esta vez bajo el brazo el volumen de *Bret-Harte*, en el idioma original; pero ahora tengo a la vista la realidad cruda del suelo, en el cual no se ve otra cosa que «picados» borrosos y maquinarias comidas por la herrumbre. Ahora conozco las narraciones realistas de *Mark Twain* y de *Stewart Edward White*; sé cuánto hay de artificioso en las baladas dickensianas y el humorismo patético de *Bret-Harte*; he tratado a los nietos

y nietas de aquellos mineros fantarrones, inescrupulosos y generosos; sé ya que el nombre de cierto lugar es Poker Flat y no Poker Fléit, como decía aquel maravilloso lector de la cervecería santiaguina; y con todo, no vuelvo a hallar en parte alguna aquella emoción profunda y serena, como el vuelo de una canción en el recogimiento de la noche, que subía de las páginas del libro, cuando la voz de d'Halmar arrancaba de ellas, al igual que de un instrumento obediente, la rústica oración fúnebre del Socio de Tennessee, que a través de la comunión del arte nos hacía sentirnos a todos los oyentes hermanos del minero y también hermanos compasivos del salteador, su socio.

No queda, pues, después de todo, sino la magia del arte, y la vida que se renueva cada día. Nos queda además esta ilusión desconcertante de no sentirnos envejecer, y de asombrarnos por haber creído a los veinte años que la cuarentena era la edad vetusta, imposible de decrepitud. Hoy sabemos que todos los frutos del arte rinden su beneficio en la vendimia del Señor; y que también nuestras pobreza y nuestros dolores son estímulos necesarios para que podamos saborear mejor el instante de la dicha. Sabemos ya que la alegría es buena y que el dolor también es bueno. Hemos aprendido la conformidad ante la ley del misterio y a aceptar los bienes del vivir como un presente real para el corazón agradecido. Y acaso esta misma ligera fatiga que viene con el declinar del día, no haga sino más grato el sueño del reposo final.

La vida ha llevado lejos a d'Halmar, para que ahora pueda sentirse más dentro de la patria. Estos grandes rodeos nos sirven para abarcar mejor lo que teníamos junto a los ojos. Los viajes y las lecturas y las observaciones en lenguas extrañas a la nuestra, nos han servido también a nosotros para apreciar con más justeza y en una totalidad más comprensiva, la literatura nacional. Gracias a esa salida de nosotros mismos podemos adquirir algo de la percepción con que nos sorprenden los extraños, al descubrir en los nuestros el parecido de familia, que a menudo pasó inadvertido para nosotros. En la literatura de un país es así posible trazar el árbol genealógico, pese a los trasplantes y a los injertos, hasta hacer converger las ramas más distantes al tronco ancestral, regado por una misma savia.

Turgéniév dijo una vez que todos los escritores rusos de su generación habían salido de bajo el *Capote* de Gógol. Este agudo juego de palabras hecho sobre una de las pequeñas narraciones maestras de la literatura rusa, podría aplicarse a nuestro caso en la medida del tiempo y del valor proporcional de dos familias literarias. ¿Quién podría desconocer a la Biblia, por ejemplo, como la más vigorosa maestra de estilo y de una actitud espiritual para todo el mundo que se llama cristiano? Ninguna literatura escapa acaso a esta ley, a esta severa investigación de la paternidad. La crítica, y no siempre, sólo reconoce una suerte de expósito, el genio. Gógol sería uno de esos genios que saltan por encima de las generaciones, pero que no escapan tampoco a la ley

humana. Místico y sensual, trágico y cómico, él responde al fin a la doble naturaleza del hombre; y al dar la vida a una generación literaria que va del masoquismo de Dostoyewsky al ascetismo rebelde de Tolstoy y el paganismo de Pushkin, alcanza al propio Turgéniev y sus hidalgos rurales; a Lermontov, Bunin, Chekov y Gorky, y vuelve a entroncar con las hondas huellas del pesimismo estático de Oriente y su delirante mutabilidad externa.

Grande es el salto de aquellos mundos al nuestro, y más de alguno temerá que en la aventura vaya a romperse la columna vertebral de este ensayo. No haya temor, sin embargo. No voy a condenar a d'Halmar a ponerse el *Capote* de Gógol. Pero, ¿no es verdad que ustedes ven tan bien como yo una sola familia literaria chilena en la generación de 1900 a 1910? D'Halmar es el animador. Su obra no está lo suficientemente madura todavía para dar fruto y semilla. De su persona, de su palabra, sale el impulso inspirador antes que la fórmula concreta. Genio y figura le acompañan. Su persona, alta y esbelta, hace recordar a uno de esos jóvenes pastores rebeldes de sus lecturas de Bierson. Con una voz de puro registro, una melena ensortijada, una corbata flotante, crea entre nosotros el tipo intermedio del bohemio-gentleman. Sus ojos grises y algo hundidos en las cuencas, parecen mirar más para adentro que al mundo de la feria cotidiana. Pero esa mirada abstraída en apariencia es, sin embargo, experta en desenrañar la comedia de los caracteres. Fácilmente impre-

sionable al parecer, debió ser en realidad un temperamento habituado al análisis de las emociones vividas, recordadas o imaginadas. Debió haber sido el Hamlet en una hipotética compañía criolla de dramas, y al igual que John Barrymore en su primera juventud, pudo haberse creído predestinado a desentrañar los matices de su enigmático papel a lo largo de toda su carrera.

Pero la suerte nos lo tenía reservado para iniciarnos en los secretos de la escritura artista, como se decía en los tiempos de los Goncourt. Antes habíamos tenido algunos escritores de temperamento e imaginación, como Pérez Rosales, Ambrosio Montt y Vicuña Mackenna; oradores del vuelo lírico de Isidoro Errázuriz o de la firmeza mental de Balmaceda; pero nuestra literatura estaba ayuna de psicología, de vida interior. Las letras chilenas abundan en tipos genéricos; faltaban los caracteres de excepción. En este sentido, al menos, la figura de d'Halmar asume contornos de precursor. Si no enteramente original, tuvo por lo menos la virtud de un catador artista. D'Halmar señala en todo caso, para nuestra generación y la siguiente, el camino por donde de Loti se pasa a Proust.



Uno de los menos fanáticos entre los oráculos de la nueva psicología, el Dr. Jung, divide a todo el género humano en dos haces: los intravertidos y los extravertidos; los que hallan el estímulo emocional y creador

dentro de sí, y los que buscan fuera la materia prima y alimentan su imaginación con el espectáculo de la vida exterior. D'Halmar nos mostró cómo el escritor puede hacer converger y confundirse en una personalidad el mundo de sus lecturas y el mundo ambiente, plasmando el todo con su propio sello. Su temperamento super-sensible a las sugerencias extrañas y a la vez imperioso en afirmar su propio dominio, nos hace pensar en esas nuevas películas de doble exposición que, gracias a un filtro ingenioso, permiten ahora tomar una vista de París o de Timbuctú, e ir luego a superponerle la fotografía de los actores de Hollywood, para obtener por este procedimiento una vista compuesta en que se funden el paisaje exótico con el personaje local en la proyección de la pantalla.

Los hábitos mentales de este escritor dejaban en sus amigos de la juventud la impresión de un misterioso alambique de donde destilara gota a gota el zumo de las ideas y las sensaciones. He aquí un hombre, solíamos cavilar, que no se contenta con escribir lo que siente y lo que ve, sino que vive lo que lee y lo que imagina. Y sus sucesivas encarnaciones en tipos de Daudet, Andersen, Tolstoy, Loti... y D'Halmar, no hacen más que acusar el hecho de que las ultra realidades del arte y del pensamiento han sido amenudo para él más estimulantes que la mera realidad que venía a golpear a sus sentidos.

Tomemos un poema breve de *Transeúntes*, y hallaremos en lo externo la obra de un auditivo, de un

escritor oracular. Una vez que ha extraído de cada palabra todo lo que ella puede dar de substancia sensual y poder evocador, cada una va quedando como tirada al azar, y lo cierto es que ha sido pesada en una balanza para metales finos, luego de rociarla con ácidos enérgicos que la maceran hasta reducirla a sus componentes primitivos. La solicitud amorosa del artista ha saltado de una palabra a otra como los dedos del devoto por las cuentas del rosario. No, para tal escritor las palabras no pueden ser meras asociaciones fonéticas, sino almas sutiles y complejas, que es menester desentrañar a fin de extraer de ellas una vida más rica y una emoción más pura.

¿Más pura? Yendo ahora al fondo de las cosas, yo creo que también en esto d'Halmar nos lleva mucho camino adelantado. Como artista ha comprendido que las palabras tienen un pudor muy suyo, y que este pudor consiste en sentirse tanto más dueñas de sí mismas cuanto más desnudas están. Y así con los sentimientos. En su Responso a Pezoa-Vélis nos confiesa: «Acostumbraba rumiar las cosas buenas y las malas, deteniéndose con preferencia en éstas, como nos ocurre a algunos!» ¿Es acaso la delectación morosa que condenan los teólogos? Probablemente; pero reconozcamos que es una tentación preciosa para el artista y el psicólogo llegar a descubrir de repente ese mundo sublunar del libido y los complejos del subconsciente, y no arrojarse en el laberinto a explorar la flora mareante de sus cavernas.

En la obra anterior de d'Halmar, su novela *Jua-*

na Lucero, publicada allá por 1902, debe tomarse pues más bien como un alarde juvenil que como la expresión espontánea de su naturaleza. Pero como todo en nuestra vida, hasta lo que pueda parecernos más insignificante o accidental, nunca resulta falto de fundamento, esa historia intencionadamente áspera y no desprovista de emoción, de una mancebía popular en aquella época en que el sereno santiaguino apagaba por última vez su farol y se encendían los primeros mecheros de gas en los arrabales, fué la protesta henchida de una generación que echaba mano del naturalismo para vapulear con un garrote bastante duro la hipocresía y la complacencia de la vida criolla.

Después vinieron obras más ceñidas, más acabadas. «La Lámpara en el Molino» es una novela de la vida estática, hecha de sugerencia y de recuerdo. Esa lámpara que arde hasta la alta noche en el torreón de un molino abandonado, al linde del pueblo, seguirá ardiendo con el mismo trémulo brillo en la vida del escritor. Su obra sucesiva en el extranjero no cambia el fondo de su perspectiva espiritual, porque al enriquecerlo en el detalle, y hasta al hacerlo dueño de una ironía castiza, es decir picaresca, deja en pie al d'Halmar de antes y de siempre. En su diario de viaje por el Oriente y por Italia, en «La Sombra del Humo en el Espejo» (característicamente lo inasible, algo más y algo menos que la sombra de una sombra), da la sensación de una película de almas y lugares que pasan ante un espectador inmóvil. Su filosofía parece advertirnos a ca-

da paso que lo importante no es lo que ocurre en torno nuestro, sino lo que pasa dentro de cada uno de nosotros.

Así llegamos, por gradación armoniosa, a «La Pasión y Muerte del Cura Deusto», Ya el título nos advierte que cada criatura humana ha de ser crucificada con los clavos de sus propias pasiones. En este caso, al igual que el que insinúan con tan piadosa nobleza de artista «La Muerte en Venecia» de Tomás Mann o *The Well of Loneliness*, de Mrs. Hall, o algunas obras de André Gide, ciertas pasiones se redimen por el sufrimiento, por la orfandad espiritual a que sirven de escape.



¿Con qué palabras podríamos resumir la obra humilde por la concentración y altiva por la perseverancia, de d'Halmar? El poeta. Sí, un poeta que gasta en dar la más fina intención posible a las palabras, esa energía que otros gastan en cazar la rima o la imagen extravagante o sorpresiva. Un poeta es un hombre capaz de afrontar la realidad y vaciarla en el molde de su fantasía. Un poeta es un hombre que piensa con el espíritu. Ese es d'Halmar. Perdonémosle que suela embriagarse con sus propias palabras, como el fraile que en el sótano del monasterio saborea demasiado el zumo de las parras y de las yerbas de la montaña con que prepara su cordiales. Perdonémosle su divagación, para que él quiera

perdonarme el que haya intentado medir la proyección de sus sueños con la vara de esta prosa. A él le debemos mucho; horas espléndidas de emoción, indecibles de encanto por la música de las palabras y por la reverencia del arte que supo infundir en derredor. Su simpatía más constante ha sido para las vidas frustradas y para los destinos que no se colman. ¿Y qué destino se colma antes que llegue la Muerte, la Impasible, la ajustadora de todas las cuentas? Dejemos en paz a este hombre para quien ha sido más capitoso el vino añejo de la amistad que el mosto agridulce del amor; que Robinson más que cualquiera de nosotros, en su ínsula, no ha hecho más que escribir su diario de destierro a la luz de cada nuevo día. Se reincorpora por un tiempo más o menos largo a su tierra, a nuestra tierra, donde los frutos parecen tener un sabor más a nuestro paladar y las palabras del idioma común a la raza, un acento más cargado de intención para nuestro oído. Se abren muchos brazos para recibirlo, reconociendo en d'Halmar un artista que ha sabido permanecer fiel a sí mismo, y que por ello ha acrecentado la herencia patria.

Arturo Torres Rioseco

“Rubaiyat” de Omar Khayyam

INTRODUCCIÓN

M*I distinguido amigo, el señor Carlos Muzzio Sáenz-Peña, publicó, hace ya varios años, una versión en prosa del Rubaiyat, de Omar Khayyam. Creo que es lo único completo que existe en nuestra lengua. La traducción presente, de la primera edición de Edward FitzGerald, ofrece las setenta y cinco estrofas que adaptó el poeta inglés, según su propio genio, del original persa. FitzGerald interpretó estas estrofas libremente y a la distribución de ellas en el texto persa, según el orden alfabético de las rimas, substituyó su propio arreglo, dando al todo un sentido, escribiendo el monólogo trágico de un alma.*

FitzGerald se sirvió para su maravillosa traducción, de una copia facsimilar hecha por Edward Byles Cowell, rector del colegio sánscrito de Calcuta, de los manuscritos de la Bodleian Library.

*En la primera mitad del siglo XVII, cita Thomas Hyde, en su libro *Veterum Persarum Religio*, algunos pensamientos de Omar Khayyam; a principios del XVIII Sir Gore*

Ouseley traduce algunas cuartetitas al inglés; en los primeros años del XIX se hacen versiones parciales al alemán, pero sólo en 1859 aparece la verdadera traducción, la obra maestra de FitzGerald, 250 ejemplares editados por Quaritch, a cinco chelines. La edición fué un fracaso, y el Rubaiyat pasó a la caja de libros que se vendían a penique en la puerta de la librería. Un día, Dante Gabriel Rossetti compró el tomito y quedó encantado con su lectura; lo leyó a su amigo Swinburne y a otros grandes poetas, y todos proclamaron su alto mérito. Desde aquel día empieza la fama de esta traducción, asegurada hoy por centenares de ediciones.

Omar Khayyam, nació en Nishapur, por el año 1040 de la era cristiana, y murió alrededor de 1123; fué director de un observatorio astronómico y colaborador en la reforma del calendario musulmán de 1074. Se sabe que escribió varias obras científicas, pero sólo dos han llegado hasta nuestros días: una *Demostración de problemas de álgebra*, traducida al francés por Woepke, y publicada en 1851, y un *Tratado sobre definiciones de Euclides*, inédito aun. Matemático, astrónomo y poeta, Omar Khayyam, fué uno de los grandes sabios de su tiempo; su reputación le granjeó la amistad del Sultán, pero no la de las masas, que veían en él un libre-pensador. Los místicos de su tiempo le atacaron, y Omar se encerró en un silencio indiferente.

Sería inútil buscar en su poesía el sentido religioso, como lo ha hecho M. Nicolás, en Francia. Si en muchos pasajes de su libro hay ese tono especial de la escuela sufista, hay que atribuirlo a ciertas inclinaciones de su juventud; por lo demás, muchas veces se burla del panteísmo místico de los sufís. Omar Khayyam es un vitalista. El drama de su vida fué la lucha constante entre su voluntad y su inteligencia; como hombre de ciencia conoce todas las

limitaciones humanas, toda la inutilidad del esfuerzo; como temperamento busca siempre la acción; de aquí el conflicto. Y hastiado de dudas y misterios, busca en la libertad individual, en el amor y en el vino su verdad. Pero este ensueño trunco, que le arroja a los placeres fáciles, le deja un fondo de desencanto y de escepticismo. En toda esta poesía voluptuosa, fresca, fragante a vinos viejos y a carne de mujer, hay una espina. El poeta se detuvo en el festín de la taberna y comprendió la fugacidad del amor, de las rosas, de la vida; de aquí su risa trágica, su desesperación. Entre el presente y el futuro la onda de su pensamiento, entre la vida y la muerte, ahogada en vino la dogmática fórmula, en soledad del alma; así vivió Omar, hombre ante todo, poeta siempre, señor de su voluntad y de su verbo, Anacreonte pérsico.

Puede que quede algo de su espíritu en estos versos castellanos, de su espíritu trasegado en jarras nórdicas y otra vez en vasos de latinidad. El gran poeta que pudo traducirlo dignamente, el cantor de las rosas, de la vida y la muerte, el gran Rubén Darío, no lo hizo. Sirvan de excusa la humildad en el intento y el deseo de guardar en nuestra lengua algo de lo mucho que se ha perdido del exquisito Omar Khayyam.

I

Despierta, el alba disparó sus flechas
a las estrellas, que en derrota van,
y el Cazador del Este ha cautivado—
lazo de luz—la torre del Sultán.

II

Soñando, con la aurora aun en el cielo,
escuché en la taberna este rumor:
despertad, hombres, y llenad la copa
antes que el tiempo agote su licor.

III

Mientras cantaba el gallo los que estaban
esperando gritaron: la taberna
abrid, que es sólo breve nuestra estada,
luego partimos a la sombra eterna.

IV

La primavera enciende los deseos,
a soledad el alma se retira,
donde la mano de Moisés florece
y Jesucristo a nuestros pies suspira.

V

Se fué Iram con sus rosas y Jamshyd
su copa de oro y ámbar perdió al fin,
pero aun la viña sangra sus rubíes
y al lado de la fuente hay un jardín.

VI

Los labios de David están sellados,
pero en divino idioma el ruisenior
dice a la rosa: Vino, Vino, Vino,
su mejilla tiñendo de rubor.

VII

Llena la copa. El arrepentimiento
queme en el sol su túnica de hielo;
el tiempo es ave de delgadas alas,
y el ave-tiempo ya ha tendido el vuelo.

VIII

Mil floraciones se abren con el día,
mil se pudren en polvo y humedad,
y el primer mes que hará brotar la rosa
se llevará a Jamshyd y a Kaikobad.

IX

Dejad a Rustum solo, a Hatim Tai,
dejad a Kaikhosrú y a Kaikobad,
abandonadlos a su propia suerte,
para seguir al viejo Omar Khayyam.

X

Conmigo en fresco prado de verdura
que separa desierto de heredad,
donde no existen ni señor ni esclavo,
y el nombre del Sultán causa piedad.

XI

Una jarra de vino y un pedazo
de pan, algún poema, y tú, mujer
a mi lado, cantando en el desierto...
El desierto se empieza a florecer.

XII

Desean unos el poder presente
otros anhelan el Edén arcano.
Aprovecha el dinero y deja el resto
¡Oh, el bravo son de algún tambor lejano!

XIII

Mirad la rosa que florece y ríe
y se da al mundo en una ofrenda roja,
rompe la fina seda de su cáliz
y su tesoro en el jardín arroja.

XIV

La esperanza mundana que los hombres
codician, rinde frutos o fenece,
y luego, como nieve en el desierto,
brilla una hora o dos, y desaparece.

XV

Y los que cultivaron grano de oro,
y los que lo tiraron en el viento,
vieron, ya sepultados, que los otros
se olvidaron del grano y del intento.

XVI

Por este asilo de las caravanas
cuya puerta está abierta noche y día,
pasaron los sultanes uno a uno
y se perdieron en la lejanía.

XVII

Donde Bahram, el Cazador, reposa,
busca el asno salvaje su ración,
y en el palacio de oro de Jamshyd
duermen la lagartija y el león.

XVIII

De la tumba de un rey, roja en su sangre,
nace a la luz la más perfecta rosa,
y el jacinto de aroma más sutil
cayó al jardín de una cabeza hermosa.

XIX

Sobre esta yerba fresca y olorosa
posa tu planta dulce y suavemente,
porque ¿sabes acaso si es la yerba
o es el latido de una boca ardiente?

XX

Llena la copa y mata los dolores
de lo pasado y de lo no vivido;
¿mañana? Sí, mañana dormiré
en los siete mil años del olvido.

XXI

¡Ay, los mejores y los más hermosos
amigos, bien dotados por la suerte,
ya bebieron su copa y ya partieron
a las playas tranquilas de la muerte!

XXII

Nosotros, celebrando en este sitio
que ellos dejaron—hoy florido Edén—
pronto descenderemos a la tierra
a preparar un sitio ¿para quién?

XXIII

Gozad de la alegría del momento
antes de entrar al lóbrego camino
sin retorno, a dormir polvo en el polvo
y eternamente, sin cantor, sin vino.

XXIV

Para los que preparan el presente
y los que anhelan salvación futura.
«La recompensa no está aquí ni allá»
grita el Muezin desde su torre obscura.

XXV

¡Ah, los sabios y santos que discuten
de estos mundos de hoy y de mañana!
Sus palabras se rompen en el viento
y juega el polvo con su lengua vana.

XXVI

Venid, gozad del mundo con Khayyam,
dejad al sabio, de palabras lleno,
lo único cierto es que la vida vuela,
la rosa abierta morirá en el cieno.

XXVII

Yo también cuando joven visité
al santo y al doctor, y en una incierta
discusión perdí el tiempo, pero siempre
entré y salí por una misma puerta.

XXVIII

El grano del saber sembré con ellos,
y con mi mano obtuve el rendimiento,
y esta fué la cosecha recogida:
vine como agua y me alejé cual viento.

XXIX

Sin saber ni de dónde ni por qué
se entra en el mundo, como el agua brota,
y después, como viento en el desierto,
se sale de él hacia una playa ignota.

XXX

¡Sin preguntar de dónde ni hacia dónde,
ni si es destino o es casualidad!
Bebamos una copa y otra copa
para olvidar esta barbaridad.

XXXI

Me levanté del centro de la tierra
y llegué hasta Saturno en mi camino,
mudos enigmas descifré en el viaje,
a excepción de la Muerte y el Destino.

XXXII

Hallé una puerta y no encontré la llave,
y encontré un velo tras el cual no vi,
una conversación de mí y de ti
y después nada más de ti y de mí.

XXXIII

Y al cielo pregunté ¿qué luz has dado
a tus criaturas en la obscuridad?
«Sólo el instinto de una mente ciega»
dijo la voz de la divinidad.

XXXIV

A esta copa de tierra puse el labio
inquiriendo el secreto de la vida,
y ella me contestó: bebe tu copa,
que será muy en breve tu partida.

XXXV

Y esta copa de arcilla que responde
a la ansiosa pregunta de mi boca
fué también labio en día no lejano
y gustó el néctar de una boca loca.

XXXVI

Porque un atardecer en el mercado
observé al alfarero en su labor,
y oí a la greda murmurar muy bajo
«trátame con dulzura, por favor».

XXXVII

El tiempo se desliza a nuestros pies,
llena tu copa, olvida tu querella.
¿Qué importan el mañana ni el ayer
si el vino es dulce, si la tarde es bella?

XXXVIII

Un momento de olvido, sólo un rato
para gustar la fuente deseada.

Apresuraos, ya la caravana
parte para la aurora... de la nada.

XXXIX

Cuánto tiempo en la búsqueda infinita
de esto y aquello, de disputa larga,
bebe el placer en el racimo de uva
y no tristeza en una fruta amarga.

XL

Para mis bodas, jóvenes amigos,
os ofrendé una ardiente bacanal,
y divorciando a la razón estéril
llevé a la uva al tálamo nupcial.

XLI

Aunque el Ser y el No Ser con regla y línea
y sin ellas Allá y Acá defino,
de todo lo que supe en este mundo
profundicé sólo una ciencia, el Vino.

XLII

Ultimamente, amigos, una sombra
angelical a la taberna vino,
sobre los hombros una fresca jarra.
Me hizo probar y era ¡Oh, delicia!: Vino.

XLIII

Las setenta y dos sectas se confunden
con la absoluta lógica del Vino,
ese alquimista sutil que transforma
el metal de la vida en oro fino.

XLIV

Capitán victorioso, que a las hordas
de terrores y angustias interiores
vino a vencer con su divina espada
adornada de pámpanos y flores.

XLV

Sé tú el titiritero y el muñeco
sea el destino, ayer titiritero,
deja al sabio agitarse en su demencia
y en su discordia al universo entero.

XLVI

Sólo linterna mágica es la copa
que nosotros llamamos firmamento;
el sol, la luz; el mundo la linterna;
nosotros, las visiones de un momento.

XLVII

Y si en la nada ¡ay! termina todo,
el Vino, el beso de la boca amada,
guardarás tu ilusión creyendo ahora
que eres lo que serás mañana: nada.

XLVIII

Mientras florece en el rosal la rosa
bebed el Vino rojo con Omar,
y cuando llegue el ángel con su sorbo
más negro, bebed ése sin temblar.

XLIX

Todo no es más que un juego de ajedrez
en que el destino hace la gran jugada,
hace lances, da jaque, mueve y mata,
y nos mete en la caja de la nada.

L

No hace ociosas preguntas la pelota,
salta sólo al placer del jugador,
y aquél que te echó al campo de la vida
es la conciencia, es el definidor.

LI

El dedo en movimiento escribe y pasa,
no borrará una línea tu piedad
ni tu ingenio; no borrará una letra
el llanto amargo de la humanidad.

LII

Bajo la copa azul que nos circunda
vivimos y morimos fatalmente;
no imploréis su socorro porque rueda
como nosotros, impotentemente.

LIII

Primera arcilla, última forma, y última
cosecha en el primer grano fecundo;
la sentencia postrera estaba escrita
en el primer amanecer del mundo.

LIV

Cuando Mushtara y Parwin se lanzaron
sobre los lomos del córcel alado,
la viña había echado sus raíces
en el terreno a mí predestinado.

LV

Y si mi alma se embriaga con la viña,
maldiga el Sufi y vuelva a maldecir,
de mi metal común haré una llave
para la puerta que él no pudo abrir.

LVI

Me inspire amor o en odio me consuma,
sé que de la divina claridad
vale más un reflejo en la taberna
que en el templo perfecta obscuridad.

LVII

Oh, tú que la jornada de la vida
de celadas y trampas has sembrado
¿preparaste primero mi caída
para acusarme luego de pecado?

LVIII

Oh, tú que hiciste al hombre de la nada
y pusiste a la sierpe en el Edén,
por el pecado que ennegrece al hombre
dale el perdón, y pídelo también.

KUZA NAMA

LIX

Una noche, al final de Ramazán
—no brillaba la luna todavía—
con un mundo de arcilla y de misterio
me encontré en una vieja alfarería.

LX

¿Cuál es el alfarero y cuál el vaso?
una forma de súbito gritó,
porque en ese universo de figuras
algunas se expresaban y otras no.

LXI

Y otra dijo: seguro que no en vano
sacaron de la tierra mi substancia
para que el mismo que me dió la forma
me rompiera otra vez con petulancia.

LXII

Y otra exclamó: jamás romperá el vaso
de leche y miel, el niño petulante,
y el orfebre del ánfora divina
¿podrá romperla, airado, en un instante?

LXIII

Nadie le contestó. Después de un rato
desde su triste forma habló otro vaso:
todos se burlan de mi absurda hechura,
¿tembló la mano del artista, acaso?

LXIV

Y uno exclamó: con fealdad de infierno
pintan otros a un viejo cantinero
que nos somete a pruebas. Psh, yo creo
que él es un bondadoso compañero.

LXV

«Con tanto olvido se secó mi arcilla»
dijo otro, en un suspiro de tormento,
pero, llenadme con el viejo jugo,
me sentiré mejor en un momento.

LXVI

Mientras unos hablaban otro expiaba
la anhelada subida del Creciente;
luego dijeron todos: ya se acerca
el bodeguero con el Vino ardiente.

LXVII

Con Vino alimentad mi última hora,
con él lavadme al fin de mi festín,
de hojas de parra hacedme mi sudario
y enterradme a la orilla de un jardín.

LXVIII

Para que de mis huesos se desprenda
ese perfume que la jarra escancia,
y que todo creyente que allí pase
sea preso en la red de esa fragancia.

LXIX

Me han desacreditado ante los hombres
los idolillos que yo quise tanto,
ahogando mi honor en baja cepa,
vendiendo mi renombre por un canto.

LXX

Ebrio de Vino muchas veces hice
seria promesa de arrepentimiento,
pero la primavera con sus rosas
rompieron mi promesa contra el viento.

LXXI

Y a pesar de que el Vino arteramente
el honor y la hacienda me ha robado,
el viñatero en todo el universo
no encontrará un tesoro máspreciado.

LXXII

Se irá la primavera con sus rosas,
se irá la juventud como la flor,
y no veremos más entre las ramas
ebrio de luna y canto al ruiseñor.

LXXIII

¡Oh, Amor, si dominásemos el mundo
en su forma aparente y en su esencia!
Lo haríamos pedazos. . . para hacerlo
más de acuerdo con nuestra preferencia.

LXXIV

Oh, luna del placer, que no declinas,
luna que brillas en el cielo ufano,
al alzar te mañana en este sitio,
llena de amor, me buscarás en vano.

LXXV

Y cuando estés, Copero, entre los huéspedes,
sobre la yerba, ¡Oh, cielo constelado!
y llegues al lugar donde yo estuve,
vierte un vaso vacío, Saki amado.

Historia amarilla

I

POR las noches, después que cerrábamos, a las 11 justas, si algún coche no venía a esa hora precipitada a pararse ante nuestra puerta, el Viracho y yo apagábamos las luces de la tienda, y nos íbamos por el depósito de los ataúdes baratos, al taller del fondo, donde siempre había trabajado hasta esas horas un carpintero gordito, el maestro Simón González, especialista en la confección de ataúdes finos, ochavados, y de urnas «importadas». Al vernos, el maestro González dejaba el escoplo, se sacudía las virutas, y encendiendo un cabeceado tacneño, se disponía a irse.

Era entonces cuando el Viracho, escurriéndose por entre los bancos de los carpinteros, se iba muy despacito hacia el otro lado, hacia el tabique que separaba el taller, de la casa vecina. Ahí se quedaba escuchando, pegada la oreja a la madera, mirándonos en tanto muy

bobaliconamente. Y gritaba, en seguida, con grito sorprendente, por una y dos veces:

—¡Llo-lí-ko lan-cháa pa-thé, vecino! llo-lí-ko lan-cháa pa-thé!, o algo parecido. ¿Qué decía? El decía que eso era, en chino, un insulto muy grande, algo feo y sucio, por lo que no voy a traducirlo; algo así como esas «rendidas» que suelen echar los cargadores en el puerto. Y así debe de haber sido, seguramente, porque acto seguido se armaba un grande alboroto en el tugurio del lado, con chillidos y exóticas imprecaciones, que, por supuesto, tampoco entendíamos, al mismo tiempo que amagaban el tabique a fuertes golpes.

—¡Vos, compale, coméle latón!... ¡Llo-lí-ko lan-cháa pa-thé!, les gritaba aún el Viracho, viniéndose prudentemente hacia nosotros.

Celebrábamos con grandes risotadas, al principio; pero después nos quedábamos en silencio. A mí me daba miedo; porque pensaba en todas esas caras oblicuas que desde la primera madrugada hasta la última hora de la noche veía entrar y salir por el largo y lóbrego pasadizo de la casa del lado. Nadie sabía lo que había en esa casa. Algunos decían que eso era un fumadero de opio; otros, algún garito, u otra cosa peor.

—Estaban soñando, los compales, y los desperté,— decía al fin, riéndose muy ufano, el Viracho.

El maestro González se ponía la chaqueta, y le auguraba, entre sonriente y serio:

—Algún día no más te van a hacer pasar un susto

grande, los chinos. Mira que son vengativos . . . y comen hasta ratones . . .

Después que el maestro González se iba, el Viracho encendía un fuego, con virutas y puntas de tabla, en el calderillo de hojalata donde los carpinteros calentaban la cola, y ahí ponía agua a hervir. Nos sentábamos en cualquier parte, esperando que hirviera el agua en los tarritos de duraznos, y esperando además, otra cosa. Y esa cosa era un olorcito tibio y goloso que venía reptando e infiltrándose por entre las rendijas de los tabiques, desde la panadería de la vecina calle de Serrano. Entonces, al grito de: «¡Ya salió, el pancito!», el Viracho se paraba de un salto, hacíamos una rápida y dolorosa sangría a nuestros bolsillos anémicos, y el muchacho se iba con tres monedas, dos de veinte centavos y la otra de cinco, a comprar pan y café.

Nos tomábamos, casi al dar las 12 de la noche, una jarrada cada uno, de un café bien caliente y sin colar. Y mirándonos recíprocamente, devorábamos los opíparos cuarenta centavos de pan, suficientes para haber hartado, bien hartos, a un par de barreteros de la pampa. Y, mientras comíamos, y bebíamos el café oloroso, conversábamos, el Viracho y yo.

Conversábamos del terruño, y mirábamos a la vez el fuego que ardía con nostalgia en el calderillo. Yo, por supuesto, hablaba, con palabra entrecortada y húmeda, de mi tierra de lomas asoleadas; y él, chungueándose, hablaba también de la suya, de la mojada tierra de los chilotes. Porque, según lo aseguraba, él era de allá, de

la isla grande de Chiloé; y había llegado a Iquique sin saber cómo, como llegamos todos los chilenos a cualquier parte. Ahí, era barnizador y mozo al mismo tiempo; y a ratos empuñaba la muñequilla en el taller, y a ratos el plumero, o la escoba, en la tienda. Desde un principio, desde que me había ocupado ahí, «para mientras encontraba otra cosa mejor», se había burlado un poco de mí; pero me quería, y en el transcurso del día venía a cada instante a la tienda, a bromear conmigo. Se asomaba a la puerta, a mirar a mi lado, y cuando pasaba alguna chiquilla, le decía unas cosas con un despapajo muy inverso al acholo que yo deliciosamente sentía.

Después que hablábamos de las cosas lejanas, saboreábamos lo presente.

—Hoy no pasó, la Rompe-tacos,—me decía, soplando la vaharina del café, y mirándome con los burlescos ojos que se le querían trepar sobre la nariz.

Yo callaba un momento, con el sorprendido pudor de los dieciocho años. Pero después, con la fanfarronería de los dieciocho años, le aseguraba:

—Pasó... pasó cuando tú estabas adentro, repasándole el barniz a la urna de mister Lockett. Me entré cuando venía saliendo la Profesional, y me escondí en la oficina, detrás de la vidriera... ¡Vieras cómo miraba para adentro, así... como que no miraba, cuando pasó!

El Viracho sacaba su larga nariz del tarro con café, y afirmaba doctoralmente:

—¿No ve?... ¿No le decía yo que a las mujeres no

hay que aguantarles? Si ellas le dan a uno un coleo, uno tiene que . . . —se interrumpía a sí mismo, e iba a contar: —Una vez, en Punta Arenas, antes de que me viniera para el norte . . .

Pero en esos momentos solía llegar el patrón, don Agustín Barrales, un chileno, soltero, muy buen mozo, muy mujeriego, y . . . muy chileno. Es decir, muy poco asiduo a su negocio, en el que tenía, sin embargo, tanta suerte como con las mujeres. Rara vez venía a dormir a la casa, que estaba en los altos, hacia un lado, (el lado opuesto a la casa de los chinos); y cuando venía, tenía que golpear, porque la casa habitación no tenía puerta propia a la calle, y nosotros, muy juiciosamente, trancábamos al cerrar la puerta de la tienda. Al sentirle, yo corría hacia los altos, a mi pieza, y me desvestía a oscuras. El Viracho iba a abrir, y después volvía a acostarse a un cuartito que había abajo, al lado del taller.

II

De noche, yo tenía unas horribles pesadillas. Generalmente, a pesar de que me levantaba a las 6 de la mañana, a abrir la puerta de la Gran Empresa de Pompas Fúnebres, no podía de noche conciliar el sueño, hasta dos o tres horas después de haberme acostado. El café excitaba mis nervios, y el pan, caliente aun con calor del horno, dilatava pesadamente mi estómago. Y así, me revolvía durante largo rato en la cama, entre la pe-

sadez de la hartura y la vigilia del estimulante. Además, el miedo, el miedo solitario, me desvelaba también. Yo dormía solo, como acabo de decirlo, en los altos, puesto que el patrón, como también lo he dicho, raras veces dormía el honrado sueño de su lecho; y por las piezas abandonadas correteaban de noche los ratones, y mordían las maderas. Y de abajo, del tenebroso y pintarrajeado local con grandes vitrales alusivos a la calle, contiguo a la tienda, en el que, sobre hileras de pedestales, aguardaban «a sus dueños» esas «cosas» largas y estrechas que siempre teníamos tapadas con anchos paños de satín negro, venía a veces por la obscuridad el crujido medroso de las tablas que se desajustaban, en algún ataúd... En medio de estos temores y malestares, estrechándome contra la almohada, recordaba yo mis recuerdos, próximos y lejanos. Recordaba, en primer lugar, a la señorita Rompe-tacos, (fué el Viracho quien la bautizó con este nombre enérgico), alumna de la Escuela Profesional, que pasaba muy tiesa y campante, sin dignarse mirarme, cuando yo esperaba a que pasara, encogido y orgulloso, en la puerta... Pero un día, era verdad, había mirado, disimuladamente, es cierto; pero, por lo mismo, significativamente, a mi parecer, hacia adentro. Yo estaba en la oficinita, escondido detrás del humo azulenco y espeso de un cigarrillo Bastos, que había cogido del escritorio del patrón, y ella, la señorita Rompe-tacos había pasado taconeando muy reciamente y hurgando con el rabillo del ojo, hacia adentro... Sí; tenía razón el Viracho: a las mujeres había que...

¿qué sería lo que había que hacerles a las mujeres?... ¿Y qué iría a contarme de Punta Arenas esa noche cuando llegó don Agustín?... Ponía, en el recuerdo, un paréntesis de evocación, y me imaginaba por un momento la albísima y fabulosa ciudad austral. ¿Había estado allá el Viracho? Claro: ¿por qué no, cuando quedaba ahí no más, al lado de Chiloé? (en ese tiempo los trancos de mi juvenil fantasía eran muy largos...) y si ahora estaba en Iquique, ¿por qué no podía haber estado en Punta Arenas, que estaba tan cerca de su tierra?... Bueno; pensando, pensando, el pensamiento se me deshacía, y se alzaba de nuevo la sensible espiral de los recuerdos. Recordaba... la tragedia pasional de la calle de Vivar, donde un ciudadano griego había matado a otro ciudadano griego, y a la hija de éste, y después se había herido él, mortalmente. La hija muy bella, como una Heros, se llamaba clásicamente, Eurídice; y hasta después de mucho tiempo me parecía verla aún, como la había visto por entre los policías apostados en el vestíbulo, palpitar agonizante, en el suelo, con el blanco pecho y el cuello florecidos de rosas de sangre. ¡Qué bárbaro de hombre! El asesino más acá, tendido también en el suelo, lanzaba aún imprecaciones contra el padre, ya rígido, y contra la hija agonizante, alzando dificultosamente la mano trágica. Yo, como los periodistas reporteros, estaba ahí, entonces, por razones de oficio... También recordaba una tarde en que había ido a la calle de Baquedano a cobrar una cuenta antigua. Había llamado, y abrió al rato la mampara una señora

—creo que era la mujer de nuestro deudor—muy joven y muy distinguida, y tan hermosa acaso como Eurídice. Venía enjugándose los ojos con un pañuelito blanco, de batista, bordado... ¿Por qué lloraría?... Yo, era la primera vez que veía llorar a una mujer, y como no acertaba a decirle a qué iba, ella me miraba con sus ojos húmedos, interrogándome, y oprimiendo el pañuelito en la mano... Al fin, al final, venían los recuerdos hogareños, el aroma persistente del terruño, desde donde mi madre me miraba y me cuidada con su santo pensamiento.

También tenía que preocuparme de si alguien acudía en horas intempestivas a pedir nuestros servicios. El carácter del negocio, y la competencia de otra empresa recientemente fundada; no admitían postergación ni propias consideraciones; y yo, a pesar de mi edad escasa y del poco tiempo que ahí estaba, era al fin y al cabo el representante del patrón, y tenía que atender los intereses que él no atendía, en estas ocasiones.

Y, como también lo he dicho, al día siguiente debía levantarme a las 6 de la mañana, mal dormido y, fuerza es que lo diga, mal alimentado. Es decir, no estaba mal alimentado; estaba sólo mal atendido, que, para el caso, venía a ser lo mismo. Desde afuera, desde una «casa amiga», nos traían la pensión, para don Agustín, para mí, y para el Viracho. Parece que los hábitos desordenados de don Agustín Barrales fueran causa y ejemplo para que desde la casa amiga nos mandaran el almuerzo y las comidas a horas desordenadas, a veces

fríos, y a veces con tantas salsas y cilantros, que no los podía pasar. Acostumbrado a las comidas prontas, sencillas y sabrosas, de mi casa, no podía, en realidad, comer, a esas horas perdidas. Era por eso que en las noches el hambre me ponía voraz, después de haberme puesto durante el día, nostálgico o neurasténico. Sólo durante algún tiempo, una sirvienta boliviana muy morenita, había venido desde la «casa amiga» a hacernos de comer en nuestra misma casa. La «amiga» de don Agustín Barrales venía, entonces, al almuerzo, y yo almorzaba con ellos. Ella, de cuyo nombre no me puedo acordar, tendría unos treinta años, y era bonita y picaresca. En la mesa había una botella barriguda de vino Chianti. Yo bebí al principio un poco, y no me gustó. Ella, que me había estado observando durante el almuerzo, me preguntó de pronto, a quemarropa.

—Bueno; ¿y por qué se salió usted del colegio?

Claro que no supe qué contestarle. Si me hubiera preguntado el porqué había salido de mi casa, y estaba ahora ahí, se lo habría dicho; nada tenía de particular... pero el porqué me salí del colegio, ¿qué tenía que ver con el caso?

Después me preguntó otras cosas.

—¿No tiene miedo de dormir solo, aquí arriba, encima de los ataúdes?

Demoré un poco, aun, en contestarle. —No, señora, le dije al cabo—. Ya estoy acostumbrándome...

—Abajo duerme el Viracho... —agregó don Agus-

tín, que había estado mirándonos, a ella y a mí, por bajo sus pestañas conquistadoras.

Estuvieron conversando entre ellos, y oí que hablaban de un sobrino. Ella se volvió, y me dijo aún:

—¿Le gustaría que le mandáramos una compañía?

—Depende, señora...—le contesté, pensando en un muchachote cabezudo, que había venido dos o tres veces a la tienda, a preguntar por el patrón.

Pero ella se volvió, riéndose como una chiquilla, hacia don Agustín:

—¡Mira!...—le dijo.

—Deja, mujer...—le contestó el patrón, mirándome a mí, severamente.

A los pocos días, ya no vino más la morenita boliviana, a hacernos el almuerzo, y menos don Agustín, a almorzar...

III

Una noche,—don Agustín estaba por ese entonces, y en consideración a su calidad de regidor municipal, preso «condicionalmente» por un delito amoroso, en la casa misma del alcaide de la cárcel, de quién era muy amigo—el Viracho, después de haber hecho rabiarse hasta más no poder a los compales durante todo el día, había estado en la noche un tanto desganado y perezoso. Quizá sería porque esa tarde había ido, con el cochero de la carroza, a ver a unos amigos que tenía por el

barrio del Colorado. El maestro González le había dicho, encendiendo su cigarrillo para irse:

—¡Qué hubo! . . . ¿Ya les agarraste miedo a los chinitos?

Era cierto que, después que cerráramos, no les había dado las buenas noches intraducibles, a los irascibles súbditos del Dragón Alado. ¿Se habría olvidado, o sería que les estaba «agarrando» miedo, como decía el maestro González? ¡Quién sabe! . . . Lo cierto es que, sentado delante de mí con el humor alicaído, se tomó media jarrada de café, con poco más de la mitad de una marraqueta de a diez centavos. Yo, en cambio, debido a que ese día había descubierto, y declarado, acaso por la primera vez en Chile, la huelga del hambre, en protesta a la desatención creciente en las comidas, tenía una hambre enfermiza y voraz, muy digna de nuestros vecinos amarillos; y por eso, y porque no se perdiera el café que vaheaba olorosamente en el tarrito del Viracho, me lo bebí con fruición, después de haberme bebido el mío.

—Tengo más sueño que un gato . . .—dijo, sin mirarme el Viracho, alzando los hombros y bostezando.

—Bueno, pues, vayámonos a dormir, entonces, le contesté, deseando yo también irme a acostar más temprano.

Nos fuimos; él a su cuartucho junto al taller, y yo a mi pieza, en los altos.

Esa noche, contra la costumbre, no me debatí entre el insomnio y el malestar. El sueño, de improviso, había

caído sobre las noctívagas cavilaciones, que ya empezaban a ratonear por mi magín, y me quedé muy pronto dormido. Estaba durmiendo con un sueño obscuro y pesado, cuanco oí golpear repetidamente en la puerta de la tienda. Me vestí a medias, y bajé apresurado, desliziéndome receloso por entre los ataúdes y los negros crespones para las capillas ardientes. Encendí las luces en la tienda, y abrí la puerta. Ahí, apegados al marco, dos señores estaban esperando, y en la calle, allegado a la acera, un coche esperaba a esos dos señores. Cuando entraron en la tienda, vi que ambos eran asiáticos; el uno de largo cuello, y algo jibado, con unos dientes colgando sobre el labio inferior; y el otro, chico, y magro, también. Pero vestían decentemente, y parecían empleados de alguna casa importadora de té, o acaso, agentes de emigración clandestina. Buscaban un ataúd, y los pasé al pomposo local contiguo, donde había pintadas en el vitral a la calle una capilla ardiente, al centro, y en ambos lados sendas carrozas fúnebres, con sus caballos empenachados, y su cochero de levita, y sus lacayos. Les mostré las urnas alemanas, de encina, forradas en doble zinc, y los ataúdes de imitación que hacía el maestro González. Todos con sus grandes asas, y adornos y tornillos de metal plateados. Y también, indicándoles la vidriera, les ofrecí carroza, «regia carroza de caballos cuarteados», y demás honras y servicios inherentes a nuestro ramo. Incluso también, los certificados y trámites legales de sepultación.

No me contestaban, y hablaban entre ellos misterio-

samente, martirizándome el oído con sus sílabas descuar-
tizadas. Eligieron al fin un sólido y buen ataúd, no de
los «importados» que fabricaba el maestro González, si-
no de los legítimos, sin esquinas. A pesar de mis ofre-
cimientos melosos y muy convincentes, no logré conven-
cerles de que debían honrar a su deudo utilizando el
resto de nuestros suntuosos servicios; lo que, por cierto,
no dejó de extrañarme.

Cuando los amarillos dolientes se fueron, llevándose
la urna atravesada en el pescante del cochero, yo me
quedé en la puerta unos instantes, mirando en la noche.
Por la calle lateral de Barros Arana, pasó hacia Ca-
vancha un victoria flamante, llena de mujeres que can-
taban:

«Sin patria, sin familia,
sin honra y sin hogar . . . »

Estaba aún escuchando el eco pecaminoso y lejano
de la canción, disponiéndome a cerrar, cuando vi el co-
che,—la misma victoria, estoy seguro de ello—que,
dando probablemente la vuelta a la manzana, venía por
la calle de Tarapacá hacia arriba. Pasó ante mí, ro-
zando la acera, y las señoritas alegres que lo ocupaban,
estiraron los brazos, muy escotados y albos, entre las
blondas y las muselinas, haciéndome señas, atrayéndo-
me . . .

Yo me quedé clavado, mirándolas alejarse, silencio-
so, deseoso y temeroso . . . Después, al entrar, me con-
solé:

—¡Psch! mujeres de la vida! . . .

Y el Viracho, ¿por qué no habría venido a ayudarme, el Viracho? ¿Estaría enfermo? ¿O no me habría sentido? . . . Iba a pasar a verle. Apagué las luces en ambos locales, cuyas llaves estaban en la tienda, y me fuí a obscuras por entre los ataúdes desenfundados, siguiendo instintivamente el trayecto que siempre seguía cada vez que iba a mi pieza de los altos, o hacia el interior. De pronto tropecé en la obscuridad con algo largo, duro, de nudosa punta, como la tibia de un esqueleto, y grité . . . sí, no pude contener un grito de terror. El golpe metálico del objeto al caer, me hizo reconocer que era un candelabro.

Encendí un fósforo, y me dirigí al cuartito del Viracho. Estaba al fondo, al lado del taller. Me metí por entre las maderas, andando, sin saber por qué, cautelosamente; y al pasar junto a la carpintería vi en un rincón, parado contra la pared, con la tapa abierta, el ataúd provisional en que había bajado el día antes de la Oficina Puntunchara, el cadáver de un mecánico inglés. Le llamé a la puerta, al Viracho, y no me contestó. Empujé entonces, y entré, dando vuelta al interruptor de la bombilla eléctrica. ¡Diablo! no estaba ahí dentro . . . ¿qué se habría hecho, el Viracho? . . . Tuve un escalofrío trágico, absurdo; y lleno de un estúpido presentimiento, escurriéndome de nuevo cautelosamente, me fuí hacia el taller de carpintería, y miré, al frente, el tabique de los chinos. . . y en la obscuridad, vi . . . ¡claro que vi!, una enigmática y truculenta cara de ojos

largos, que miraba por un hueco en el tabique, con una mueca horrible...

Huí... huí tropezando, escala arriba, y me encerré en mi pieza... ¿Qué iba a hacer?... Ahí estuve, pronto y atento, durante un rato, temblando a cada pequeño ruido. Al fin me acosté, con la luz encendida. ¿Cómo pude conciliar el sueño? No sé...

IV

¿Y el Viracho? ¿qué se había hecho, pues, el Viracho? ¡Ah! esta era la historia, terrible, de su desaparición. Sencilla, pero terrible. Voy a contarla, sencillamente.

Al fondo de la casa vecina, al otro lado del tabique donde el Viracho les gritaba a los compales, aguzando malignamente las partículas, como cuchilladas: «¡Llo-líi-ko lan-cháá pa-théé!»; había, ahí precisamente, en ese patio, no un fumadero de opio, ni ninguna otra cosa,— el fumadero estaba más a la calle, casi a la entrada, en unas salas muelles donde los muelles asiáticos se tumbaban a soñar sobre unos cojines de seda, o de saten, mugrientos y desgastados—, había ahí, como digo, al fondo de esa casa, un gran sótano o recinto subterráneo, de forma cuadrangular. Escondido, disimulado bajo unas losas anchas que hacían de pavimento, ¡raro pavimento en una casa sórdida como esa! se bajaba hasta él por una escalerilla secreta, incrustada sinuosamente por

no sé dónde. Hacia el lado oeste, sobre el piso lustroso, se abría la puerta de una pequeña pagoda de porcelana roja; pero no era una pagoda del rito del buen Buda, ni lo era tampoco de la sabia doctrina de Confucio. Era más bien, un bárbaro templete de la Mongolia, en cuyo fondo, sentado con las rodillas abiertas, en un alto, y hundido en su panza, un terrífico ídolo de fauces colmilludas, tendía en una mano una gran escudilla vacía. En torno, escamosos dragones, alertas y rampantes, vigilaban hacia la puerta... ¿Qué extraños ritos se oficiaban ahí?...

Ahora, en el patio del cuadrángulo, había... una gran marmita, del grandor casi de un tonel, de un metal rojizo y reluciente, como la porcelana de la pagoda. La tapa, que estaba a una altura como de dos metros, del piso del subterráneo, era negra, y se levantaba desde abajo por medio de un largo fierro a modo de palanca. ¿Qué relación tenía, esa gran marmita, con la pequeña pagoda? ¡Quién sabe! Todos esos detalles están declarados en el sumario instruído por la justicia. Por ahora, me concretaré a la relación que en síntesis tienen con esta historia.

Yo ignoro en gran parte esos detalles... Pero, ¿cómo se descubrió entonces esa trampa, esa misteriosa fábrica subterránea?... No lo sé bien, como lo he dicho. Imaginemos que alguien, en un momento determinado, o casualmente, tocó, o pisó algún oculto resorte, al andar investigando la extraña desaparición del Viracho; y de pronto, como un gran sésamo, se abriera el pavi-

mento de losas anchas, y ante sus ojos atónitos quedara manifiesta la soterrada arquitectura del cuadrángulo. Imaginemos que fué así. Un chino muy alto y muy delgado, ¡el mismo chino que había venido la noche del suceso, con otro chino, a nuestra Empresa de Pompas Fúnebres, a buscar una urna, nada más que la urna! vestido de unas largas vestiduras amarillas, de sedas bordadas, levantaba en esos momentos la tapa de la marmita, oprimiendo, con un pie largo, calzado de una chinela, amarilla también, el largo brazo de la palanca. Debajo de la olla, en un horno de ladrillos pulidos, ardía un fuego. Al destaparse la marmita, en el preciso instante en que desaparecía la enlosada cubierta del subterráneo, quedó ante los ojos de Jacques Valladares —sí, ahora recuerdo, fué el agente Valladares quien investigó este crimen horrible y estúpido—, un líquido espeso e hirviente que llenaba la caldera, y en el cual sobrenadaban fragmentos blancos, largos, de formas acuchilladas o redondas. Se quedó, a pesar de su hábito y de su reconocido coraje, estupefacto, reteniendo el cuerpo que se le iba hacia adelante, fijos los ojos en el misterioso caldo que borbotaba dentro de la olla. El chino, sorprendido también, con los largos dientes amenazando hacia arriba, se recobró con pronta rapidez, y huyó de dos zancadas dando chillidos de alarma, al interior de la pagoda. En ese momento llegaban, de inspeccionar el resto de la casa, otros dos agentes, con uno de los cuales, ayudándose de cuerdas y otras cosas, descendió el agente Valladares al cuadrángulo. El otro,

con una pistola automática, contenía a la chusma enfurecida de los chinos, que arriba, se acercaban siniestros y amenazadores, al mismo tiempo nos ordenaba a nosotros, a través del tabique, que pidiéramos refuerzos a la Prefectura.

Nosotros salimos desaforados a la calle. El patrón no estaba; y yo mandé entonces, al Picado, a buscar guardianes. El Picado era el cochero de la carroza de primera—en esa ocasión estaba ahí, lista para unos funerales, junto a la acera de enfrente—; un hombre alto de buenas facciones; pero con un no sé qué en la cara. Ese no sé qué, serían probablemente las huellas, muy visibles, dejadas por las viruelas, y cierta huella indeterminada dejada por el aguardiente. Le decían el Picado, (creo que fué el Viracho, también, quién le bautizó tan pícaramente) y él no se enojaba, porque, si estaba bebido, suponía que la alusión era a las picaduras de su rostro, y si no estaba, la alusión podía ser a que estaba «pique», y como no era así, no le importaba. En ese momento parece que estaba en el primer caso; pero lo disimulaba con dignidad y tiesura, y además la rigurosa levita y el pomposo colero que llevaba puesto, un poco ladeado, en la cabeza, le hacían a la vez tan respetable como ornamental. A largas zancadas los faldores de la levita arrancándoseles al correr, salió por entre los curiosos que comenzaban a apiñarse ante nuestra puerta, apelando agentes y policías por la calle Tarapacá abajo. Al darse cuenta acaso de lo ridículo de su facha, el buen Picado se detuvo bruscamente en su

carrera, y dió en seguida unos saltos tan descompasados y grotescos, que la gente soltó la carcajada.

Yo volví adentro. En el taller crecía el alboroto, y algunos curiosos se habían metido hasta allí, y le indagaban a los maestros. No recuerdo como pudo haber sido, pero en un momento de excitación me metí, yo mismo, por un extraño hueco—¡ahí, ahí mismo ví la siniestra cara del chino la noche en que desapareció el Viracho!—disimulado en el tabique, y me encontré al otro lado, junto al agente que contenía a los asiáticos revólver en mano. Tampoco me acuerdo de cuándo llegaron los policías que fuera a buscar el Picado, y más agentes, y de cómo bajaron al fondo del cuadrángulo por la escalerilla secreta. Mis ojos desorbitados perseguían obstinadamente los fragmentos mundos y blanquizcos que aparecían y se sumergían en el caldo hirviente de la marmita... Sí; eran tibias, y costillas, y fémures gruesos como candelabros... ¡Quería comprender, y no comprendía!... Cuando pude arrancar la mirada de esa olla de Mácbeth, ví todo el cuadrángulo, abajo, revuelto de policías. De adentro del templete salían funestos chillidos, y aprestos descomunales, y como rugidos de dragones. Ahí, ante la dura puerta, estaba también el Picado.

—Sí, la urna!...—gritaba, con la pomposa chistera en la mano, haciendo graves ademanes—. Ahí tienen que tenerla, también... ¡La urna, con la cabeza!...

Los chinos habían enmudecido siniestramente dentro de la pagoda. Entonces el agente Valladares dió la

orden de echar abajo la puerta. «¡Tah!... ¡tah!... ¡tah!...» resonaron los golpes aunados de los hombres contra la gruesa madera, «¡tah!... ¡tah!... ¡tah!...». Yo, inclinado, hipnotizado al borde del subterráneo, miraba ahora hacia la puerta: ¿Qué cosa horrible habría ahí, detrás de esa puerta que se cerraba tan obstinadamente? «¡Tah!... ¡tah!... ¡tag!...»; ya iba a ceder. Otra vez: «¡Tah!... ¡tah!...».

Me desperté sobresaltado, sin poder darme cuenta de que estaba despierto. «¡Tah!... ¡tah!... ¡tah!...» resonaban abajo, los golpes, en la puerta de la tienda. Me levanté entonces, lleno de temores y flaquezas, y me fuí a asomar por el balcón de la calle: Abajo, apoyado en el marco de la puerta, golpeando reciamente, más reciamente cada vez, estaba el Viracho...

“Cantaclaro” el nuevo libro de Rómulo Gallegos



HISTORIA y poema de la vida de uno de los cantadores del llano de Venezuela, tan errabundo como sus coplas, es el nuevo libro del gran escritor. La Editorial Araluce lo presenta en un volumen correcto y sobrio.

Menos llena de peripecias que «Doña Bárbara», la cual puso el nombre de Gallegos en primerísimo término de la literatura de América, esta novela la supera por su uniformidad y armonía, por el timbre firme y suave que va desde la primera hasta la última página de «Cantaclaro». Novela de técnica superior, de esbelta arquitectura. Tersos contornos los suyos, que no impiden que en las entrañas del libro—las de esa tierra venezolana, fascinante para los que recuenden su «Guerra a Muerte» con su Boves y su Bolívar, y toda su historia trágica—se asomen las poderosas psicologías de los pobladores del llano.

«La sabana arranca del pie de la cordillera andina, se extiende anchurosa, en silencio acompaña el curso

pausado de los grandes ríos solitarios que se deslizan hacia el Orinoco, salta al otro lado de éste y en tristes planicies sembradas de rocas errátiles languidece y se entrega a la selva. Pero quien dice la sabana dice el caballo y la copla. La copla errante. Todos los caminos la oyeron pasar. ¡Y mire que hay caminos en el llano! Allá va por delante de la punta de ganado, a través de la muda soledad de los bancos y a veces se queda en cueros de tonada, silbido lánguido y tendido. Allá viene, compañera del caminante solitario con varios soles a cuesta. Allí entona galerones y corridos al son del arpa y las maracas. Aquí llega, rasgueando el cuatro a porfía de los cantadores alardosos:

Desde el llano adentro vengo
Tramoliando este cantar.
Cantaclaro me han llamado
¿Quién se atreve a replicar?

Desde las galeras del Guárico hasta el fondo del Apure, desde el pie de los Andes hasta el Orinoco ¡y más allá!, por todos esos llanos de bancos y palmeras, mesas y morichales, cuando se oye cantar una copla que exprese bien los sentidos llaneros, inmediatamente se afirma: Esa es de Cantaclaro... Pero el llano es ancho, inmenso, y de los Cantaclaros ya se ha perdido la cuenta».

X ahí viene la leyenda del llanero poeta y tarambana, revendedor de ganados más por pretexto de aventura

que por oficio, parte del llano que es sol y mil caminos solitarios, libertad y peligro. «Esta vez se llamaba Florentino y él se añadía Quitapesares». Juglar y enamorado, recorre la sabana de punta a punta para beberle su poesía y tirarla después en coplas semilleras que germinan en el viento del llano y florecen en todos los labios, y para robarle sus muchachas bonitas y llevárselas en la remonta, siempre lista para los «porsiacasos».

Todo el heroísmo de la raza buena que ama, sufre y espera, lo recoge Cantaclaro en sus coplas. Y así va el rapsoda recogiendo y creando la mitología de la sabana ilímite, terminando el trazo de los Hércules y los Teseos que bullen en las mentes fantásticas e ingenuas de los llaneros y que se llaman, entre muchos otros, el General José Antonio Páez,—el héroe fabuloso de las Queseras del Medio—y Juan Parao, el glorioso negro pata-en-el-suelo, emulador candoroso de los blancos de la Iliada,

«El del caballo jerrao
con el casquillo al revés».

Panorama fantástico en acción sobre una raza sensitiva: «los versos están en las cosas de la sabana. Tu te le quedas mirando y ella te los va diciendo», opina el juglar. Peleas líricas y sangrientas con los rivales, a cuyo desafío se acude para empezar con el arpa y las maracas y terminar a golpes de lanza o tiros de pistola, con esa impavidez típica del hombre rural de América —el americano verdad—ante la muerte:

«De lanza e cacho e ganao
según y como barruntas,
o de punta de costao
siempre se muere de puntas»,

canto poco menos fatalista que nuestro decir mexicano —México: suma y compendio de fatalismos indios beberes—de que «no habíamos de morir de parto ni de cornada de burro». Cuentos de los espantos que pueblan el llano, fantasías del llanero ignorante, imaginativo y palúdico: la mujercita rezandera que llaman el Anima Sola, errante en el boquerón de Banco Largo; una de las Lloronas continentales, que se aparece por la Llanura del Término y que «a las diez leguas se le escucha el quejido»; el Bongo del Diablo, que llega y no llega a un punto maldito del Arauca, en los mediodías calurosos; el Blanco, que no admite mujeres en Hato Viejo y recorre la noche llanera en un caballo retinto... Desfile de tipos de acerada psicología, de los cuales Florentino no es el más interesante, sino que sirve al novelista como su descubridor y enlace. Revelación a América,—en suma—la que hace Rómulo Gallegos, revelación de su mitología: el héroe de a caballo, el centauro de grandeza psicológica y grandeza plástica, descuidado por los preciosistas y criollistas que allá nos malnacen, seducidos, boquiabiertos y almiquebrados por una Europa que no entienden y que los desdeña; el héroe, el centauro que es el gaucho en la Argentina, el llanero en Venezuela, el charro en México.

Recogedores de las gestas heroicas de América, interpretadores de las almas desmesuradas de sus hombres, entendedores de nuestra copla y nuestro corrido, los escritores como Gallegos, los americanos ciento por ciento, tienen la gloria de ser los Homeros que comiezan con estas Iliadas y estas Odiseas la gran literatura americana de América.

Humanidad novelada de América la que nos ha dado ya Rómulo Gallegos en sus cuatro novelas: los jóvenes citadinos, ajenos a las tragedias nacionales, apóstatas y cobardes cuando no desorientados y suicidas, que nos presentó en su primera novela, «Reinaldo Solar», cuadro del fracaso de toda una generación de América; el bárbaro vencedor, posible caudillo, sin Dios ni ley, en «La Trepadora»—porque el caudillo en la América es el centauro hecho mandón, resumen y símbolo del Continente por la superior biología y el alma a ratos inmensa y a ratos monstruosa;—la cacia bruja, la dañera, y el letrado masculino, varonil y recto y AMERICANO a pesar de las letras desvirilizantes, en «Doña Bárbara»; el Doctor y General Juan Crisóstomo Payara, «que hubiera querido llegar a la muerte sin mancha de homicidio», según dramáticamente dice, y a quien la vida bárbara y la maldad de otros transforma en justiciero implacable, tipo el más férreo y de más honda psicología americana de cuantos ha pintado Gallegos, y Juan Parao, y Florentino—aventurero de psicología sonriente que ata el llano por las cuatro puntas—en esta armónica obra que es «Cantaclaro».

Pero hay dentro de la literatura de Gallegos algo más que pura literatura, y sin que el arte se vea avasallado por un propósito político: toda ella rezuma revolucionarismo, insurgencia frente a la injusticia feudal de América. En «Cantaclaro» es símbolo de justa venganza Juan el Veguero. «Retaco, macilento, canijo, pie en el suelo nidal de niguas, un mandil de coleta cubriendo las partes pudendas, la piltrafa de un sombrero pelo-de-guama sobre la greña piojosa... duende de un hombre que tuvo unas vacas y se las robaron quienes debían protegerlo, y tuvo tres hijos que se los mataron el brujo, la culebra y las fiebres». Víctima de un Jefe Político como hay millones en América, Juan el Veguero se incorporó a la montonera de Juan Parao para «saciar su hambre y su sed de venganza, para morir en seguida, hartos de ella: aquella ruina humana a quien primero sostuvo una inmensa resignación y luego una cólera inmensa». «Lo espiazaaron—cuenta la mujeruca loca que presenció el arrasamiento del poblacho y la muerte del coronel Buitrago—y luego uno llamado Juan lo roció con kerosén y le pegó fuego. Uno llamao Juan, que parecía que no podía con su alma y fué el amo del machete que más roznó. Uno y a quien el coronel Buitrago le había quitao unas vacas, allá por los laos del Yagual». «La corneta describe su furia sombría, su ensañamiento terrible y calmoso, el fuego infernal que le brillaba en los ojos, antes de mansa mirada que se echaba sobre las cosas como una bestia pesante y despeada, sus palabras lentas sílaba a sílaba, mientras contemplaba

los descuartizados miembros del coronel Buitrago consumiéndose entre las llamas: Asina se esté quemando tu alma en las pailas de los quintos infiernos».

La obra toda de Gallegos está vigorizada por este impulso justiciero. Es la América entera, aunque el cuadro observado hasta hoy sea Venezuela: lleva su realidad y su poesía, su vigor y su exasperante injusticia social. Lleva dentro el alma del Continente.

Ramón Subirats

Noticia acerca de su vida y su arte



He visitado a Ramón Subirats en Mendoza. Vive en el edificio de un antiguo convento. Su existencia ofrece el ejemplo aleccionador de un artista consagrado, de pleno, a su vocación y a las exigencias de su arte. Poco importa que a cada paso surjan dificultades de todo orden y contratiempos de esos que amargan y ponen a prueba la vitalidad del ideal que se abraza. Nada puede torcer el rumbo del angustiado artista cuando su ruta es segura y la firme mano puesta en el timón ha de vencer todas las borrascas del camino.

Subirats tuvo la fortuna de encontrar apoyo en sus padres a favor de sus inclinaciones pictóricas. Ellos estimularon su precoz vocación, inspirados en la generosa idea de abrirle, por la senda del arte, un porvenir de más honra.—¡quién lo duda!—que provecho.—José Francés, el recio crítico español, comentando este aspecto de la infancia de Subirats, anota: «No suele ser

frecuente esa clara visión del porvenir en la disculpable ceguera sentimental de quienes por desconocer la vida artística, [y a veces por conocerla demasiado!—desean para sus hijos una defensa social más positiva que el afán de dibujar líneas, mezclar colores o rimar vocablos».

El apoyo paterno creó la tibieza interior indispensable para cuajar en bellos frutos: medalla de plata, en 1908, y premio de honor, en 1911, otorgados por la Escuela de Bellas Artes, de Barcelona.

Con tal bagaje llegó a nuestro país, Ramón Subirats. Desembarcó una tarde de Carnaval y empezó a caminar por nuestra calle San Martín. Su indumentaria de recién llegado, su paso calmo y su mirada observadora ante cada detalle de la ciudad, llamaron la atención de algún porteño gracioso que desde un portal volcó sobre el cuerpo del nuevo bienvenido inmigrante, un recio balde de agua. No podía ser más frío ni más absurdo el recibimiento de la ciudad.

Ambuló un año por Buenos Aires, amargado, sin brújula, indeciso. Deseaba retornar a España exponiéndose a que lo detuvieran por desertor y lo enviaran a prestar servicio, por seis años a Marruecos.

El conocimiento de unos parientes, lo llevó a Mendoza. Allí no tardó en sentirse renovado para el trabajo de creación artística. Los tipos de la cordillera, restos de tribus dispersas, llamaron su atención de inmediato. Sin vacilación empezó a trabajar de firme con ellos. Una necesidad interior lo impulsaba a fijar los rasgos de aquellos rostros en los cuales su paleta pri-

mero, y su carbonilla, más tarde, descubrían matices de una profunda riqueza expresiva. Cargaba sus caballetes, sillas, pasteles y cajas y salía en busca de los elementos nativos para fijarlos, en trazos recios, seguros y definitivos, en cada uno de sus cuadros.

Afluían, por supuesto, los comentarios; desdeñosos y mezquinos. No pierda tiempo con esa gente. Son plebe, raza de indios. Nadie les lleva el apunte,—le expresaba algún adinerado viñatero, bodeguero o político.

Y una tía, una de esas tías que el destino pone en el camino de todo artista, dió también su nota sentenciosa y profunda.

Más te valiera trabajar, ganar dinero. Vete a vender papas. No pierdas tiempo. Pintar es recreo de ricos y tú, bien pobre eres.

Y sin embargo, pese a todo, Subirats realizó su obra. Así surgió, en la pintura, el tipo cuyano que no tardaría en significar toda una modalidad dentro del arte pictórico nacional.

Pero el artista, que ya creara obras de indudable aliento, seguía viviendo bajo el peso de las cotidianas preocupaciones. La vida lo asediaba con rudeza. Había que pintar y producir mucho, pero era indispensable también, trabajar para obtener el diario sustento, el pan nuestro de cada día. Para lograrlo dejó de lado pasteles, óleos y acuarelas, dedicándose a pintar letreros comerciales. Mas, ¿qué importaba todo esto si de ello dependía la realización de sus proyecciones artísticas? Pues a pintar letreros, frentes, paredes o lo que fuera.

Ya vendría la hora del desquite. (¡Cuanto tardas en llegar, ansiada hora!)

Un día se le empastelaron los pinceles. Negligencia o descuido, pero se quedó sin ellos y lo que es peor, lejos estaba de poder comprar otros nuevos.

Pequeñas causas, grandes efectos.

Frente al espejo ensayó, por vez primera, el uso de la carbonilla realizando un autoretrato. De este modo surgió en Subirats el carbonista, en cuyo género no tardó en lograr magníficos cuadros de tipos autóctonos.

—El colorista se durmió y surgió el carbonero,— nos dice risueñamente. Al revés de lo que aconteciera a Quinquela Martín.

A partir de este momento, Ramón Subirats se entrega, febril y apasionadamente, a sus carbones, abandonando toda otra forma de creación pictórica. En Mendoza quedan, dispersos, tipos de las tribus que habitaron su territorio; ejemplares de calingastas, huiliches, malcayaes, picunches y pueches, sin citar a los huarpes que ejercían un dominio mayor. Fué en busca de todos ellos y muestra de su afán, de su desvelo y de su consagración sacrificada, son los cuatrocientos dibujos de tipos que el artista lleva realizados.

Con profunda verdad se ha dicho que los trabajos de Subirats significan el documento étnico más directo para conocer la historia racial de la provincia y asomarse al pasado de una raza que se extingue y cuyo reflejo más fiel y acabado lo constituye el valioso archivo de carbones ejecutados por este pintor. Quien observe la

galería de sus cuadros, no podrá sino admirar la fuerza de expresión que cada rasgo denota, la riqueza y hondura que señala cada matiz. La mano que ha trazado las líneas de esos rostros curtidos por las huellas del dolor, de la miseria y de los años, no revela vacilación ni tanteo. Firmes, recios, certeros, cada detalle es un signo de perfección que concurre a robustecer el concepto que inspira la apreciación total de la obra.

Hay en estos dibujos de Subirats una profunda vitalidad, de tal manera que de ellos se desprende el conocimiento de no pocos de sus aspectos étnicos o raciales. La carbonilla, en sus manos, realiza verdaderos prodigios de sutileza, alcanzando relieves tan finos que parecieran escapar a las posibilidades del género. La fuerza de expresión que denotan muchos tipos y la sensación de pieza lograda que ofrece el conjunto, se vinculan a una pródiga revelación de rasgos incisivos, unos, y sutiles, otros, que dicen de la maestría con que Subirats maneja el instrumento.

Dispuesto a vivir y a conocer la realidad de los tipos que pinta, un día lió sus caballetes y cajas y se fué a Chile, al Sur, a Temuco, a Valdivia, a Concepción, a Tinguiririca, allí donde el clima exige de quienes han de soportarlo una fuerte dosis de sacrificio. Seis meses trabajó en aquellas tierras, seis meses de los que obtuvo cincuenta carbones por los cuales campean ejemplares, cuadros y expresiones de la aguerrida raza araucana.

Fiel a su consigna y al mandato interior que se impusiera, Ramón Subirats realiza su labor silenciosamente,

sin estridencias, sin temores por las nuevas formas ni renunciamiento a sus conceptos y modalidades artísticas. Sabe su rumbo, conoce el derrotero y venciendo todas las contingencias de la marcha, avanzando va. Bien ha podido decir José Francés acerca del género pictórico de Subirats y de su temple creador que «desprecia, con la arrogancia sana del verdadero artista, las fáciles añagazas del simulador y las piruetas impotentes del arrivista». Y Zuloaga, al referirse a esta hora de fuegos de artificios en el arte, no vacila en decirle: «No haga caso de los que por creerse más sabios siguen tal o cual moda. La moda es para las señoras o para los hombres afeminados».

No ignora este concepto, quien, como Subirats, ha hecho de su vida un permanente motivo de dolor y de sacrificio en holocausto a su arte. Hablando de esto, él mismo expresó en oportunidad propicia.

El arte es una cosa muy seria y como tal es preciso tomarla. No hay que intentar el manejo de los colores sin antes saber dónde y cómo deben ser ubicados. Yo sé que la voluptuosidad del color atrae a los espíritus dúctiles a manejarlos. Mas, si el color no está sabiamente acompañado, la obra que brote de este pincel no subsistirá más de lo que duró el momento fugaz en que ha sido concebida».

Ramón Subirats ha realizado 13 exposiciones individuales y su labor alcanza, en la actualidad, a doscientos setenta retratos y cuatrocientos dibujos de tipos. Obras suyas se encuentran en el Museo de Bellas Artes

de Buenos Aires, Santiago de Chile, Montevideo, Rosario, Córdoba y Mendoza. En Chile, el gobierno dispuso la reproducción, en tarjetas postales, de los más característicos de sus hijos araucanos, para distribuirlos en las escuelas y colegios.

Sin embargo, Ramón Subirats me ha dicho:

Toda mi obra está amasada con el espectro de la miseria económica a la puerta.

Pienso que en muchas partes del mundo, el autor de una labor tan meritoria y de una trascendencia tan honda como la realizada por Ramón Subirats, sería, no sólo rico y poderoso, sino también un ciudadano conspicuo, de esos que honran y dan lustre a una nación.

Buenos Aires—Julio de 1934.

El castillo desmantelado y las huertas de Camacho ⁽¹⁾



LO primero que dejamos atrás, no sin visitarle, es un viejísimo molino de agua, de los que suplantaron a los de viento y que, a su turno, arruinados fueron por los eléctricos. Y digo: no sin visitarle, porque cuando me salen al paso los miro y remiro, con esa trágica insistencia con que a ratos contemplamos a los seres que, por su decrepitud, ya no hemos de ver largo tiempo. A los hombres entre dos edades, de este siglo entre otras dos, nos ha sido dado encariñarnos así con unas cuantas cosas, poco a poco desterradas por el progreso.

De este molino en desuso, no se nos ha borrado la impresión de un azulejo sobre el dintel, representando a la Virgen de Peñarroya, y de la indigencia de su recinto, donde apenas si la única torcida de un velón de aceite y una lumbre menguada de rastrojos, esclarecíanlo

(1) Reproducimos, como una primicia, este capítulo del bello libro de D'Halmar, *La Mancha de Don Quijote*, que será publicado en breve, por la editorial chilena, Ercilla.

a medias, y a medias lo entibiaban. Las vigas como nevadas y los rimeros de sacos, se adivinaban más bien que divisarse. Entre tamaña incuria, dos pobres viejos, tan viejos y tan pobres como todo, hacíanse la ilusión de la luz, del fuego y del hogar.

Del otro lado caía la presa ahogada de zarzas. Y esa respiración desigual del agua que no impulsaba ninguna noria, fué por un momento la mejor imagen de toda la actividad inútil de nuestra existencia. Tan sólo los viejos sonreían viéndola no arrastrar en su caída sino sus divagaciones.

Y paso tras paso, porque ahora no llevábamos otro HP. que las iniciales con que Hermann Paul había firmado sus pinturas en la tartana, fuimos llegándonos, sin embargo, hasta el castillo de Peñarroya, cuya ingente mole coronaba la altiplanicie y dominaba la planicie. Hicimos parar al pie. Y tampoco olvidaremos cuando esotra fábrica obsoleta pero superviviente, se cernió sobre nuestras cabezas de criaturas de una jornada en la tierra, pasajeros de una vez por aquel camino. Fué una de esas cuatro o cinco intermitencias que pueden contar como vivientes en medio al sonambulismo de todo y en las cuales parece haberse parado sobre nosotros el sol.

Y, sin embargo, estaba hecho con nada ese instante: Un cielo de mar; la fortaleza moruna arriba, y Paulina y yo en sus repechos, mientras abajo dibujaba el dibujante, asistido de «Cavilote». El silencio, tan profundo que parecía oírsele como un mar, no era turbado

de cuando en cuando sino por el estremecimiento de cascabeles de la collera de «Artillero», o por la voz del tartanero Paco, (a. q. D. C), repitiendo un estribillo, con aire de «Las Corsarias»:

El español busca el sol,
Porque el sol es español.

En la plataforma alta nos acogió también una anciana y nos preguntó si habíamos visto por el camino al «hermano» que había bajado con su mulilla a subir una carga de agua. Eran, desde toda la vida, los santeros de la ermita del Castillo, en la cual se venera la Virgen de Peñarroya, patrona de los contornos. Y la «hermana», sin cesar de surcir unas ropas de hombre, seguramente del «hermano», es decir, de su viejo marido, se condolió de tenerlo medio baldado por una caída entre esos riscos y breñas, y lamentó que aquellos tiempos de peregrinaje cuando se reunían hasta dos mil carros, acaso diez mil almas, en la explanada, no volvieran ya, por disquisiciones entre los partidos judiciales que querían acaparar cada uno la Virgen, mientras los dejaban reducidos a ellos a la triste peseta diaria. Tanto le cuadró esta expresión a Hermann Paul, víctima del desigual cambio francés, que, de allí en adelante, no lo llamábamos sino «El Caballero de la Triste Peseta».

Vimos la Virgen, no precisamente la que de continuo andurrea por su jurisdicción y tan pronto está en

Tomelloso, como en Socuéllamos, o en Argamasilla, sino una pequeñita, la auténtica, la sedentaria, de la cual no es la otra sino ampliación portátil. En la desnudez suntuaria del santuario, aparecía constelada de dádivas y exvotos, con tantos aljófares, como garbanzos se hubieran deseado para el cocido algunos de sus devotos, y, por lo pronto, sin ir más lejos, estos menestorosos guardianes suyos.

En día muy próximo, ya no estará uno, ya no estaremos ninguno de nosotros, ni de los otros, ni en la Mancha, ni en ninguna parte. Y este camino será siempre el mismo bajo el cordial sol de octubre y la fortaleza árabe atalayará como hoy las llanuras, sirviendo de camarín inmenso a una virgen cristiana, diminuta como una muñeca. La divina Dulcinea mística que mece los sueños infantiles de las pobres gentes.

Cuando nos íbamos, el santero volvía y saludó humildemente al paso «la triste peseta» que les representaba nuestra visita. Con que hiciera una vez Don Quijote esta etapa, forzosamente hubo de aparecérsele Peñarroya como el único castillo real, pues si muchas ventas lo fueron para él, el de los duques, más quimérico que todas sus quimeras, no pasó de ser una mala venta donde ventera y ventero, es decir, castellana y castellano, se cobraron venterilmente de haberle fiado posada y mantenido a manteles, siendo que más que a cuerpo de rey tratáronle «in anima vili» y envilecieron indeleblemente su prosapia por befar y escarnecer en él aquella

superior a ninguna que nos constituyen la *ánima* y el *ánimo*: *Anima est in sanguini, animus in corde.*

El camino solía ser o tan malo o tan estrecho, que tuvimos que recorrer mayores trechos a pie que en tartana, cuyos vuelcos habían infundido en «Cavilote» un pánico tan saludable como para despavilarlo y hacerle recuperar y emplear, de una vez por todas, sus propios medios locomotivos.

A no mucho trecho volvimos a hacer alto para almorzar allí donde la vega, cruzada por el Guadiana, toma en sus bordes el nombre de Huertas de Agua, entre las cuales aquella donde se celebraron las bodas de Camacho. Pero quedaba del otro lado del río y no era cosa de vadearlo. Así habíamos de estar en breve a un infranqueable paso de otro lugar del «Quijote».

Fué, pues, aquí, en la ribera opuesta, donde tuvo lugar uno de esos ágapes o panzadas a la antigua usanza, la cual todavía conservaba mucho de la romana, y conforme a la cual solían confeccionarse platos de resistencia, monumentales platos, en la calumniada España gastronómica, como la *Aceituna en Ave*, que no subsisten sino en memoriales culinarios, ¡ah nuestros clásicos! para aguarnos la boca y aguzarnos los dientes, en vez de relamernos y chuparnos los dedos. Y aunque aparentemente fuera de tiesto, ya que no de sazón, ve, lector, por no resistir a «quedármela», dicha majestuosa receta, en el estilo interpelante propio de cierta gente:

Rellena una buena aceituna con alcaparras y anchoa

y después de haberla echado en adobo con aceite, mé-tela dentro de un picafigo o cualquier otro pajarillo minúsculo de averiguada delicadeza, para introducirlo en otro pájaro mayor, de limpia ejecutoria, tal como un hortelano. Toma luego una cojugada sin cabeza ni patas, que sirva de cubierto a los otros; envuélvela en un forro muy tenue de tocino y ponla dentro de un zorzal, éste en una codorniz, ésta en una avefría, estotra en un perdigón, estotro en una chocha, y la chocha en una cerceta, la cerceta en una pintada, la pintada en un ánade, el ánade en una gallina y la gallina en un faisán, que se cubrirá con un pavo, cuyo pavo ha de caber en una aburtada. Los vacíos entre ave y ave rellénalos con relleno. Y el todo acondiciónalo en una marmita, con ajos, cominos y pimienta majados, clavos de especia, setas, criadillas de tierra y trufas, cebolletas y manzanas picadas, apio, zanahoria, huevos duros, tocino y jamón en lonjas, butifarra, salchichas blancas, picadillo de pichón y ancas de rana y vino y caldo por mitades, (lo espumado y catado por Sancho). Y déjala rehogar y cocer veinticuatro horas a fuego lento.

De haber establecido comparaciones, nuestra refacción hubiera resultado una colación. Pero era «bucólica» tomada en el santo suelo bajo las encinas, árboles que por guardar distancia entre sí, nunca crecen apretujados. Un carrascal es una sucesión de claros de bosque, que no se embosca, y por eso su terreno consérvese enjuto y apisonado como el de los olivares.

Comíamos en patriarcal comunidad, con «Cavilote»,

quien, debiendo servirnos, se hacía servir de Paco, y con éste que habiendo desenganchado el asno, lo dejaba pacer cerca de nosotros. Y en parajes con rumores de gesta, irresistiblemente nos asediaban las reminiscencias, sea de cuando Sancho perdió al Rucio, sea de cuando se avino D. Quijote a tomar parte en el festín de Camacho, o en ese otro mucho más parco de los cabreros. Uno como aquellos, precisamente, volvió a llegarse hasta donde acampábamos, para obsequiarnos, en retribución del vino que le habíamos brindado antes, con frutas y bellotas. Y yo vi a mis compañeros franceses, sin decidirse a probarlas, teniendo un puñado dellas en actitud de resucitar aquel parlamento de «¡Dichosa edad y siglos dichosos aquellos a quienes los antiguos pusieron el nombre de dorados, y no porque en ellos el oro, que en nuestra edad de hierro tanto se estima, se alcanzase en aquella venturosa sin fatiga alguna, sino porque entonces los que en ella vivían, ignoraban estas dos palabras de tuyo y mío!».

El otro episodio que se nos representaba a la memoria en estos lugares, remueve insolucionables disquisiciones. Ese burro—perdonando la palabra—que le es robado a Sancho: («¡Oh, hijo de mis entrañas, nacido en mi misma casa, brinco de mis hijos, regalo de mi mujer, envidia de mis vecinos, alivio de mis cargas!»), reaparece sin haber aparecido y vuelve a desaparecer por arte de birlibirloque, pues tan pronto Sancho sigue a su amo, «a pie y cargado», tan pronto «de muy mala gana sobre su jumento», tan pronto agradece «a quien

le quitó el trabajo de desenalbardarlo», tan pronto, finalmente, lo recupera de su raptor: (¿Cómo has estado bien mío, Rucio de mis ojos, compañero mío?). Pero este es un pleito,—perdonando la comparación,—como el del nombre de la parienta del mismo Sancho, a la cual nombra al comienzo de la Primera Parte, «Juana Gutiérrez mi oislo, o Mari Gutiérrez» y al final «Juana Panza, que así se llamaba aunque no eran parientes sino porque se usa en la Mancha de tomar las mujeres el apellido de sus maridos». Todo lo cual no obsta para que en la Segunda, se presente ella misma como Teresa Cascajo «porque Teresa me pusieron en el bautismo y Cascajo se llamó mi padre» y para que, hacia el fin de fines del libro, Cervantes se indigne de que en el apócrifo de Avellaneda, «se llame Mari Gutiérrez la mujer de Sancho, y no tal sino Teresa Panza».

Camacho y las Bodas, por su parte, me traían una inesperada asociación de ideas. Porque hay en la Pasión del Señor, los versículos cuando llega a Gethsemaní con sus discípulos y les dice «mi alma está triste hasta la muerte: quedaos aquí y velad conmigo»:

«Y yéndose un poco más adelante se postró sobre su rostro diciendo: Padre mío, si es posible, pase de mí esta copa; empero no como yo quiero, mas como tú».

«Y vino a sus discípulos y los halló durmiendo y dijo: ¡Qué! ¿no habeis podido velar conmigo una hora?»

«Otra vez fué y oró diciendo: Si no puede este caliz pasar de mí sin que yo lo beba, hágase tu voluntad».

«Y vino y los halló durmiendo».

«Y dejándolos fué otra vez y oró una tercera».

«Entonces vino a sus discípulos y les dice: Dormid ya y descansad».

«Levantaos, vamos, basta ya: he aquí ha llegado la hora».

Ahora bien: sin hablar de la penitencia de Don Quijote en Sierra Morena, que es ni más ni menos la cuaresma de Jesús en el desierto, existe una correlación secreta entre la Sagrada Escritura y esta otra escritura sagrada, cuando en el susodicho capítulo de las Bodas de Camacho, (que por otros respectos recuerdan las de Canaán), Don Quijote se pone en pie «apenas la blanca aurora había dado lugar a que el luciente Febo, con el ardor de sus rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase», y tras de estos ditirambos enfáticos, habiendo llamado a su escudero, que aun todavía roncaba, antes de despertarlo le dice:

«¡Oh tú bienaventurado sobre cuantos viven sobre la haz de la tierra, que sin tener envidia ni ser envidiado duermes con sosegado espíritu, ni te persiguen encantadores, ni sobresaltan encantamientos! Duerme, sin que te tengan en vigilia celos de tu dama ni te desvele lo que has de hacer para comer otro día tú y tu pequeña y angustiada familia. Ni la ambición te inquieta, ni la pompa vana del mundo te fatiga. Duerme el criado y está velando el señor, pensando como lo ha de sustentar, mejorar y hacer mercedes. La congoja de ver que el cielo se hace de bronce, sin acudir a la tierra, no afluye al criado, sino al señor. Duerme digo otra vez y lo

diré otras ciento». A todo esto—prosigue el relato—no respondió Sancho, porque dormía, ni despertara tan presto si Don Quijote con el cuento de su lanza no le hiciera volver en sí».

Tal modo de despertarle, después de haber repetido con pertinacia que siguiera durmiendo, tiene de todo en todo la patética inconsecuencia y la falta de transición evangélicas: Dormid ya y descansad. Levantaos, vamos, basta ya: he aquí ha llegado la hora». (*Sufficit venit hora*).

Había llegado también la de recoger nuestras vituallas y levantar el campamento. Era ya esa entre dos luces en que uno se pierde y se encuentra, y parecía humo de una fogata de pinos el olor de la tarde.

El vagabundo del espejo



UANDO Miguel Contreras se anudó al cuello la chalina, extrajo del bolsillo un espejo pequeño, como un disco de plata, lo pesó en sus manos curtidas, y el reflejo corrió por los muros sucios del cuarto. Se entretuvo en jugar con el rayito captado, de una sombra de sol, casi milagrosamente por la ventana, y de seguir la persecución de saltos sobre la luz de un gato negro que acababa de penetrar por la puerta, con la misma fascinación del animalito.

Cautivado por la lumbre errante cegábase los ojos, queriendo extraer el diamante de luz, o la dejaba escurrir de sus manos, igual a su pensamiento por esos rincones torcidos del alma. Nada producía en Miguel una más fantástica sugerencia que el pedazo de espejo que siempre llevaba consigo, y en el que contemplaba su rostro con remilgos y muecas. Ni mujer, ni amigo, ni perro le habían sido más fieles en las vagancias por América. En las cuevas de los cerros chilenos, tirado a

la sombra de un ombú en la pampa, en los malecones de los puertos del Pacífico, durante las horas interminables de espera en los paraderos de trenes, sentado en el banco de alguna plaza destartalada, en las horas en que el mundo no oía su voz de angustia, Miguel era atraído por la luna alucinada del espejuelo. Sacábalo de un monedero, cerca del corazón, y se ponía a monologar, con sus ojos de zorro, malignos y brillantes, que veían a larga distancia el humo de la vivienda acogedora, como los indios las fogatas de los tambos, a través de cumbreres y serranías. Algunas nubecillas rojas que manchaban sus pupilas amarillentas, recordábanle los solazos de la pampa calichera y los caldos gruesos de las viñas; cuando fruncía el ceño, las cejas espesas le daban fiero aspecto de bandolero montañés; pero, si sonreía, el alma generosa asomaba por su boca, de dientes de perro. El pasado revivía en su imaginación a través del espejo. Sacaba del pecho unos suspiros que, al echar su aliento sobre la luna, la empañaban por largo rato, hasta que el rostro de Miguel volvía a recobrar los rasgos toscos y herméticos. ¡Cuántos antepasados suyos buscaban su imagen, queriendo precisar en su fisonomía huellas del patrimonio? ¡Vaya a saberlo el que nunca conoció a su padre y en la mocedad lo tuvieron por «huacho»!

El soliloquio se desvanecía, y empezaba a sobar con sus dedos las facciones, extraños masajes de modelador de arcilla, que tiraba la nariz chata y granujienta, las mejillas acangrejadas y los pocos pelos ralos de la barba. Sus ojos achicábanse como los de un japonés, y, sin

querer, de esos tanteos surgía el mascarón del antecesor.

—Estás viejo y feo, Miguel—terminó por expresar en voz alta, desconfiado—¿No te has visto esas patas de gallo? Eso te pasa por irte lejos, por ambicioso... fuiste vaporino hasta California... tienes en tu cuenta la vida de un náufrago que salvaste de la barra en Antofagasta cuando eras botero, y un bochinche con yanquis en Colón, donde escapaste jabonado... Has hecho maromas en un circo... Has tenido en las rodillas a una cubanita más linda que el lucero... Y todavía no puedes sentar cabeza... ¡Qué le vamos a hacer! El que nace chicharra tiene que morir cantando... no más!...

Dió vuelta el espejuelo y los recuerdos ayunos se despabilaron.

El niño que poquito a poco le salía, quedóse manipulando las bolitas rojas y blancas que en la tapa posterior circulaban entre el vidrio y el grabado del fondo de un payaso, con oyuelos en los ojos y en los dientes, hasta colocarlas en su sitio, una a una. Miguel dió en el blanco más rápido que otras veces. Después de guardar el espejuelo mágico salió a la calle.

Quedó sorprendido de la diafanidad del aire. Desde que llegó, sólo había contemplado una atmósfera nebulosa y triste. Era un contraste desusado frente a las masas blancas de nieve que lo rodeaban. Recordó otros cielos más claros, más tónicos para el pobre, y donde las perspectivas de una risueña esperanza quitábanle de encima muchas penas. En Río de Janeiro pasaba días

enteros en las playas, en un abandono consentido, sin afligirlo las preocupaciones, frente a la naturaleza arrulladora; en cambio, en Buenos Aires recorría las calles, sin chapa en el bolsillo, espoleado por el tráfago de la urbe. Soportaba el hambre pero no el apuro violento de caminar, que lo obligaba a correr al atravesar la calzada. Para él las calles en las ciudades grandes ya no servían. Prefería que lo voltease el pampeano en camino abierto; encontrarse con una potrada disparada hacia la tierra libre, campo afuera, antes que dejarse arrollar por 40 ó 60 caballos que juntos se vuelven H. P. Si el mundo se le iba haciendo chico, todavía le quedaba el polo sur, aunque tiritase de frío como en este pueblo patagón, porque al menos su naturaleza vagabunda tenía la compensación que no se compra con ningún dinero. ¡Allí estaba la Tierra del Fuego, donde erraban seres libres y bandoleros, riéndose de los pilotes fronterizos!

Miguel Contreras salió del Plata contratado para Río Gallegos, y prefirió a la dura vida de los frigoríficos, vagar por las calles vendiendo latas de parafinas. El amaba esa independencia, aunque el Cónsul lo tuviera por un «pata rajada». Nada de raciones medidas ni de camarotes para dormir. Nada de trabajos forzados, como en los penales. En esos enganches se asfixiaba; le faltaba espacio. ¿Cómo dar a conocer el tesorillo de ternuras que escondía su noble pechazo? ¿De qué le servía ser señor de recados fieles y dar al cielo las manos ganosas si tenía encima el ojo vigilante del capataz?

No olvidaba que, siendo muchacho, para verse libre

de ese continuo celo, huyó de la casa de su madre, y que, desde entonces, un curioso pudor enfriaba sus actos afectivos, como si cayera sobre ellos, de cuando en cuando, un poquito de nieve cordillerana. Lo creían hombre de cáscara amarga, cuando solamente en la cáscara tenía su amargura. Había que mirarlo por dentro. Sus virtudes afloraban como en los lavaderos las pepillas de oro. Por haber perdido el gusto al moscatel era sombra de su sombra, sin chispa ni para requebrar a las buenas mesas, pues sus palabras no le obedecían y sus gestos se desmayaban en una cobardía inexplicable. Los trancos de experiencia por otras tierras no habían extinguido aún esa apatía, y si alguna lágrima emborronábale la mirada y daba a sus palabras un color desesperado, rápido las hacía desaparecer detrás de una tos o de una fingida carraspera, porque desde niño sabía aquello de que «los hombres no deben llorar».

Claro que no se amilanaba por pequeñeces y no era suya la culpa de que en un trabajito se descompusiera más lo que iba a arreglar. ¿Qué pedía un adelanto? ¿Qué no salía un día a trabajar? ¿Qué se bebía lo que ganaba? ¡Injusticias humanas, como llamarlo «pata rajada» por no haberse quedado en los frigoríficos!

A Miguel no le gustaba apolillar cobres en ninguna parte de la tierra. La vida esclavizada de esos gringos de las estancias—que le ponían por ejemplo—no merecía la pena de vivirse. El dinero en el bolsillo le cosquilleaba para cosas más gratas que estar a prueba de

dureza física y moral. Los billetes juntos le producían un vértigo que acaso fluía de algún silo del alma.

—¿Ahorrar? ¿Pa qué? Hoy día es la mala, mañana será la buena. Los compañeros que hacen plata se convierten en explotadores. Los pesos son pa gastarlos.

En el fondo, era su ansia de realizar algo que no aparecía escrito en los libros ni brillaba en los palacios de los ricos. Él estaba seguro que de esos arrebatos, en que perdía el sentido, nacería lo grande y heroico, capaz de elevarlo sobre el nivel de los mortales. Para esto se fortalecía en su fe tosca y milagrera.

—¡Déjenme solo y saldré con la mía!

Lo único que a Miguel indignaba era la mala voluntad del Cónsul para los compatriotas andariegos.

—¡Fíese de los representantes de la patria! ¿Acaso valen más cien letrados que un roto trotamundos? No porque las pilchas estén viejas uno se acerca al Consulado a pedir plata no más! Yo sólo me contento con que me recomienden pa cualquier trabajito, y en vez de poner caritas pregúntenme lo que no sé, porque soy bastante hombre pa decir la purita verdad. Nunca falta en una casa algo qué hacer: limpiar un cañón de cocina, componer un reloj, encerar un piso, colocar un vidrio, podar un arbolito, y hasta afinar un piano, porque también he sido filarmónico en mis buenos tiempos—refunfuñó recordando unos años felices pasados en las canchas del salitre.

Había amanecido con la garganta seca: lo peor que podía sobrevenirle en medio de sus penurias, porque,

en estas regiones, no lograba hacerse el desentendido como en otros lugares donde las pasaba «al seco». Era el único inconveniente que le encontraba a la vida patagónica. El frío se soportaba, pero el cuerpo exigía algunos tragullos parecidos a esos piscos de Elqui o a un vinillo delgado de Itata, de inocente presencia, que se pudiera tomar hasta ensordecerse. Este deseo venía de adentro, como si el jugo mareante de la uva le fermentase de nuevo, en el pensamiento, cálido y turbador. Su sed de exilado era de ese caldo bendito, cuya virtud consistía en llevarse los achaques del pobre. Paladeaba como un niño su maternidad embriagadora. ¡Ni para soñarlo! ¿Qué sacaba con atormentarse?

Pero en el camino Miguel tuvo un escalofrío. En el boliche del chilote Pérez divisó flamear la bandera de la patria.

—¡Hei tá! ¡No había caído! Me estoy desmemoriando... ¡si es Dieciocho, por Diosito!—exclamó, tomándose la cabeza a dos manos.

Sacó el espejuelo.

—¡Vamos, un relaucheíto! ¡Ni niña bonita!—dijo irónico.

Y antes de aparecer en la puerta subió los hombros y levantó pecho para darse importancia.

No supo explicar su emoción cuando el chilote Pérez lo abrazó: —¡Adelante, don Miguelillo! Al alba le esperamos pa irle a tocar la diana a mi Cónsul. ¿No le pasaron recado?

—¡Nadita!

—Pu hace treinta años que no me olvido de darle esta tocata a mi Cónsul, con todos los niños. ¡Oiga! ¡Lo hago por la representación no más! Aquí pa los chilenos no hay más autoridad ni más Cónsul que yo! Ven-ga a ponerle la jeta a este «potrillito»!

—¡Qué estoy soñando!

—¡Psh! Despierte entonces paisano...

A Miguel que ni le hubieran adivinado el pensa-miento. Dió un paso como vencedor.

—¡Si no fuera por el chilote Pérez, los que venimos de los trópicos nos moriríamos de frío por dentro y por fuera.

—¡Atrácale el bote no más!

—¡Deje que lo mire! Hacía tanto tiempo que no te veía en el vaso madre. ¡Quién se crió con tu caldo! ¡Quién te soñó en la ausencia!

Se reía solo, diciendo despachurratadas.

—No se me ponga nostárgico—dijo el chilote Pérez.

Miguel tragaba entre risotadas feroces.

—¡Deje un poquito a los paisanos!—alguien aludió a la desaparición rápida del vino.—¡Cha!, el resuello largo!

Pero Miguel se había visto en el caldo rojo como en la luna de su espejo, y bebía su mismísima imagen con ansias de olvidar el mal rato de vivir. Nunca su gusto se unió a la acción con más fervor y violencia. Creía recobrar la sangre generosa, perdida en sus va-gancias, y que había de nutrirle poniéndolo vigoroso y decidido para nuevas empresas.

Cuando salió a orearse del boliche, sentía los pies livianos, y la felicidad, que trasudaba de su cuerpo, lo hizo efusivo y espontáneo. Ya no recordaba el tiempo que estuvo dentro, ni si hubo boche, o si lo despidieron. A Miguel le parecía que caminaba en la ciudad como por una viña vendimiada, y que era el gran señor de la calle a quien los transeúntes debían acatamiento. Su cabeza daba vueltas de carrousel y de adentro escapábase una fiesta de pájaros habladores. Dos delicadas niñas que pasaban a su lado se llevaron el primer canto. Les tiró un beso. Fué un chasquido largo y sonoro.

—¡Pa las dos, mi hijita, pero no peleen!...

Eructó satisfecho de su genio y siguió la dificultosa marcha.

Iba por la calle principal. Era una arteria ancha, de varias cuadradas de longitud, y sus esquinas formaban por ambos lados pequeñas callejuelas como vértebras de aquel gran espinazo.

El cielo azul vaciaba una transparencia sobre las casas de madera, que las aumentaba de tamaño, quitándoles el aspecto de juguetes y aun duplicándolas en su imaginación. En torno suyo pululaba una muchedumbre regocijada y agresiva, a la que se vanagloriaba de mantener en un solo puño. Cada tranco se convertía en una interjección de asombro constante que lo hacía acrecerse hasta sus héroes:

—¡Balmaceda!... ¡Qué hombre!... ¡Pancho Villa!... ¡Qué hombre!...

La voz salía entre hipos de su garganta enronquecida, seca y precisa.

Se sujetó a un farol, y seguro de no caerse, extrajo del paletó una botella de vino, apretándola contra el pecho. Le hacía cariños como a una criatura, con dengues y arrumacos. ¿Cómo llegó a su bolsillo? El mismo asustóse del escamoteo, no por su valor sino por el resentimiento del chilote Pérez. Y le entró una pena.

—¡Si soy mal agradecido! Me la hacen con trago y a la descuidada me traigo esta Santa Rita reservada... Es la mala cura... aunque yo tengo de las mejores... Ha sido por jugar no más... ¿Qué es una bottellita pal boliche? ¡Hei tá! ¿Por qué le ponen nombres de santos a los vinos? ¿A que no saben ustedes? Pues yo les voy a decir... Es pa que nos vayamos más ligerito al cielo... ¿Ven?... Yo... ya... quiero volar...

Y empezaba a dar grandes saltos y a aletear con los brazos. Sentía Miguel las piernas envueltas en torbellinos que lo levantaban de la tierra soplándolo como plummilla de nieve. Devoraba alas al viento dando tumbos por el medio de la calle, entre las carcajadas de la muchedumbre. Su chalina roja batía las puntas de borlones que caían sobre la espalda como una carnada de zorros; el pequeño sombrero de paño negro parecía un solideo en la cabeza desmelenada, y sus botas, bien podrían ser las de siete leguas por lo grandes que calzaban.

No se dió cuenta cómo saltó de su bolsillo el espejuelo y rodó por la calle, vertiginoso, captando la lu-

minosidad del día. Corrió tras el disco, en medio de la expectación de la gente, como si persiguiera la felicidad misma. El espejo, a cada inclinación suya para atraparlo, se escurría y seguía rodando tal si se burlara de su afán. También tenía alitas que lo suspendían en el aire como una lentejuela de sol. El esfuerzo de la carrera enturbió su vista con los vapores del vino . . . y ya no lo veía . . . Algo, sin embargo, rechinó bajo sus botas y dió con su cuerpo en el suelo. Medio se incorporó. Por algunos minutos quedó sentado, con las piernas estiradas, sin atinar a comprender bien lo que le había ocurrido.

Al fin reaccionó, burlón:

—¡Hei tá! ¡Compré sitio! Chita, ahora soy estanciero! . . . ¿Qué me icen, niños?

Pero al acordarse del espejo empezó a buscarlo en torno suyo, hasta que sus dedos tropezaron con algo áspero que le clavó como agujetas: eran trocitos de la luna hecha añicos en el marco de metal.

—¡Mi mala pata! ¡Perro chuncho! . . . ¿Qué me va a suceder ahora?—exclamó con la corazonada del supersticioso que sabe que un espejo roto trae desgracia.

Y se echó a llorar a gritos, con un llanto destemplado que se le quebraba en la garganta; toda su jocunda alegría de antes se trastocó en profunda pena; gemía como un niño, desembuchando grandes hipadas y sollozos, con las manos en la cara, enjugando con el dorso los gruesos lagrimones que le inundaban las mejillas, sin soltar la botella de vino que había librado en la caída apretándola contra el pecho instintivamente.

Poquito a poco se fué consolando. Ya no hablaba solo ni se lamentaba. Sus ojos no se movían de la botella cuya etiqueta descifraba como si fuera un jeroglífico.

—Es Panquehue reservado . . . no . . . no . . . apuesto que es . . . Casa Blanca . . . ¡Psh! . . . es puro Santa Carolina corriente . . . ya ni me acuerdo cuanto pagué por esta botellita . . . ¡Preciosura! . . .

Y la acariciaba sobre el pecho.

La multitud lo había dejado solo.

Se levantó penosamente.

Tranco a tranco llegó a las afueras del pueblo. Ni un rumor se sentía en las peladas lomas. Sólo su sombra proyectada en la nieve, le acompañaba en la marcha errante. El paisaje era desconocido para Miguel Contreras, pero no le llamaba la atención. ¡Si parecía la pampa con sus montículos de salitre recién sacado de las bateas! ¡Qué novedad! Anduvo hacia unos corrales de caballos por los que dió un rodeo que lo condujo a las barrancas del río. Desde una altura vió las aguas laminadas.

—¡Por Diosito!—gritó. ¡Ay, mi espejo ya lo encontré!

Y loco de alegría corrió desenfrenado hacia el ribazo.

—¡Mi espejo! . . . ¡Mi espejo lindo! . . .

En su borrachera lo veía refulgente como una sola gran mancha de azogue. Llegó al borde del río por la arena blanca. Se acercó andando a gatas, y pasó sus manos callosas sobre el agua fría y brillante.

—¡Y se quedó estático, mirándose el rostro en las aguas quietas como si se volviera a encontrar a sí mismo! Se fué dando confianza y sonrió. Hízose varias muecas burlescas, sacando la lengua.

—Estas feo, Miguel Contreras!... Ningunita mujer te va a querer...

Y de rabia tiró el sombrero al agua viéndolo hundirse lentamente.

Después pensó que podía pasar el río usando las alas que tenía para volar.

Levantó la botella de vino en alto:

—¡A ti, primero, pa que me sirvas de mástil!

Y echó un pie sobre las aguas pero se detuvo, chistoso:

—Me parezco a San Martín!...

Volvió a meditar unos minutos, como lo hacía frente a la luna de su espejuelo en los momentos de azarosa indecisión. En ese fondo infinito estaba su ansia inconfesada de hombre: las penas y deseos; lo que no podía expresar ni realizar por falta de medios materiales. Era el cielo de sus andanzas, el mismo de todos los países que había recorrido, con menos o más azul, pero el mismo cielo del espejo alucinado.

Y empezó a penetrar en el agua como si se resbalara por la lunita amada, hacia un mundo nuevo. Llevaba la botella levantada como bandera de aquella aventura única. Sintió que sus miembros se helaban. Diéronle deseos de volver pero no pudo: el agua iba subiendo y le alcanzaba la cintura. Una fuerza extraña lo empujaba a

atravesar el río. Entraba por fin al palacio que le negaban los hombres y que tenía en el vértice de sus cúpulas, esmeraldas enormes que brillaban como fanales. A su encuentro salían mujeres más bellas que las que viera desnudas en un teatro de La Habana, formadas como en una revista militar, para llevarlo hasta el trono de oro cubierto por un dosel bordado de perlas. Las sirenas portaban espejos pulidos que resplandecían como brillantes. Miguel contemplaba su rostro, lleno de juventud arrebatadora, cuyo color rivalizaba con la eternidad de la piedra. En su diestra sostenía, para siempre, el cetro del poder sobre el mundo que había recorrido «para que no le contaran cuentos».

Al día siguiente llevaron la noticia al boliche del chilote Pérez, de que en el río, se veía un brazo rígido que denotaba la presencia de un ahogado. Acudió con policía a verificar el extraño denuncia. Enfangado bajo el agua ribereña, encontraron el cadáver de Miguel Contreras, cuyo brazo, semi petrificado por el frío, sostenía aún la botella, sin destapar, de su aventura postrera.

Agustín Edwards M. C.

La Cuestión de la Plata ⁽¹⁾

PRIMERA CONFERENCIA

- I. A manera de prólogo.—II. Monedas de oro y plata.—III. La fuente y el antro de la plata.—IV. Breves noticias sobre la desmonetización de la plata y el simetalismo.—V. Los productores de la plata.—VI. La libra esterlina y la plata.

I

A manera de prólogo



Después de un letargo de poco más de medio siglo, como el Ave Fénix de sus cenizas, renace en el mundo la plata, no ya ciñendo en sus sienes la corona real de la soberanía monetaria, ni llevando en sus manos el cetro único que en otras edades empuñó gobernando los trueques primitivos, sino ofreciendo a la vista de los mortales como la vieja y abandonada compañera del oro, que busca el techo conyugal de otros tiempos más felices para la humanidad. Un largo y penoso divorcio, fruto del menos-

(1) Conferencias leídas en el Teatro de la Universidad de Concepción el 22 y 23 de Junio. La segunda conferencia se publicará en el próximo número.

precio, primero, y de la humillación después, la tenía reclusa, olvidada, vilipendiada, desfigurada por las sangrías de su fina contextura, mientras su rígido y soberbio consorte, el oro, iniciaba una loca carrera de conquistas, escalaba las alturas, dominaba el mundo y acaparaba para sí la corona y el cetro que compartía con ella, por lo menos desde 2500 años antes de Jesucristo. Empero, al oro le llegó después de la conflagración mundial de 1914 su hora de prueba y, perseguido por la codicia humana, se ve obligado a batirse en retirada en una guerra de trincheras. No sale a campo abierto. Teme verse dispersado, aventado, pulverizado, y en vez de las nobles y magníficas funciones de signo monetario para medir los demás valores, ejerce tan sólo el rol de talismán en manos de unos mortales que esperan seducir a otros a que lo tomen a más alto precio cuando se haga aún más escaso, pues saben que su producción es cada día menor en relación con la producción de todas las materias primas que el hombre necesita para su sustento o su solaz..

El oro, acorralado, se esconde tímidamente, y queda vi- viendo como ermitaño en el fondo de los cofres de los Bancos Centrales y en las cajas de los Tesoros Públicos, y el hombre de la calle, ese que pasa la vida sorprendido de lo que ocurre y, pensando en seguida cómo pudo ocurrir, se percata que el divorcio con la plata ha esterilizado al oro privándole de un auxiliar que le era indispensable para alcanzar la tan anhelada estabilidad monetaria, en cuyo nombre se comió el crimen de descartarla y repudiarla.

Es lo que está ocurriendo ante los ojos asombrados de los economistas ortodoxos, que no cenciben cómo los acontecimientos pueden generarse y desarrollarse sin someterse a principios y reglas científicas y lógicas, que su ciencia y experiencia había sentado como verdades inmutables.

La fijeza del valor basada en la escasez del metal, tan pregonada como verdad de fe, resulta una falacia; la regulación automática de los cambios internacionales mediante las remesas

metálicas de oro, una ilusión, y la retención natural y obligada de las reservas de oro metálico merced a las alzas sucesivas de la tasa de interés, una utopía.

La fijeza no existe. Juegan con el precio del oro todos los precios de todos los demás productos, que bailan una danza frenética remecidos por las mil y una medidas que los gobiernos toman para derrotar los efectos de la ley de la oferta y la demanda en toda la escala, desde la materia prima pura y simple hasta esa misma materia valorizada por el artífice. No hay tal regulación de los cambios con remesas metálicas, porque apenas se pretende ejecutar la operación material en aquellos casos en que surtiría un efecto inmediato y radical, intervienen los embargos y sólo se toleran las remesas cuando son inocuas. No hay tal freno del interés alto, porque se hace lo contrario; se baja la tasa de interés cuando las reservas de oro alcanzan su más bajo nivel, y se aprisiona a estas últimas fuertemente para protegerlas contra los efectos de la ley natural.

Estos fenómenos, que nos dan a veces la sensación de vivir en un mundo que ha perdido la razón contradicen todos los principios y las sanas doctrinas monetarias que hemos oído con respeto reverencial durante una vida entera. Debemos convencernos que cada época del mundo determina y señala nuevas necesidades. En el orden monetario, como en todos los órdenes de la vida humana, no hay ni puede haber doctrinas absolutas sino relativas. Somos un conglomerado de seres vivientes que presentamos a cada paso distintos aspectos, experimentamos diversas necesidades, reclamamos automáticamente, a veces inconscientemente, un reajuste de ideas y de medios. Y mientras la humanidad sea una masa dinámica y transformable, no podemos someter su vida y sus acciones a ideas estáticas y medios inmutables.

Tenemos que acostumbrarnos a pensar remontándonos, como el cóndor, a la altura infinita, para ver más allá del estrecho horizonte en que nos movemos. No podemos seguir con la vis-

ta fija tan sólo en el rincón que habitemos para aquilatar un problema cualquiera. No hay ninguno en nuestra época que no afecte, en alguna forma, a otros pueblos. Esta afirmación es más exacta en el orden monetario que en cualquier otro.

Al escoger para tema de estas conferencias la cuestión de la plata, que se encuentra en el tapete de la discusión internacional desde la Conferencia Económica Mundial de Londres, entiendo tratar un problema que tarde o temprano, en forma directa o indirecta, habrá de alcanzarnos. No sería prudente esperar que llegara ese momento sin haberlo analizado y sin escudriñarlo a través de un criterio más amplio que el de las ideas preconcebidas y arraigadas en nuestro espíritu merced a ciertas nociones básicas que se nos han señalado, sólo en el último medio siglo, como piedras angulares de todo sistema monetario sano y racional. Quedan hacia atrás cuarenta y cinco siglos en que las nociones fueron otras, como luego se verá a través de los recuerdos históricos que me permitiré traer a la memoria de los que me oyen.

II

Monedas de oro y plata

Es difícil definir lo que ha sido, es y debe ser la moneda. En la antigüedad los metales preciosos se tomaban por su peso y no dividiéndolos y contándolos por piezas acuñadas. Su valor se juzgaba en el platillo de una balanza y no por el número convencional estampado en el cuño. Llenaban, no obstante la función necesaria de moneda o medio de intercambio. Abandonada por engorrosa, difícil y aún peligrosa esa primitiva forma en que los metales preciosos, el oro y la plata, servían esas funciones, e iniciada la era de la acuñación de piezas metálicas, comenzó la confusión de lo que es moneda con lo que es circulante, de

lo que es circulante con lo que es «dinero en Caja» y a la sombra de esa confusión nació el engaño que la humanidad ha sufrido desde los más remotos tiempos a manos de los monarcas apurados de fondos, de los gobiernos en bancarrota, de todos los países y de todos los tiempos, que no han cesado de cercenar el peso y el contenido fino de las monedas de oro y de plata, aunque en mayor escala en estas últimas, para enderezar finanzas averiadas con exacciones ocultas e insensibles, ya que la denominación permanecía inalterable y la sustracción era imperceptible.

En este triste privilegio ocupa en los anales de la historia un lugar predilecto Nerón que, siguiendo el ejemplo tímido e incierto de Calígula y de Claudio, redujo el peso del «aureus» de Augusto a las cuatro quintas partes de una libra, el denario a 9/16 avos y agregó 10% de liga de baja ley a las monedas de plata.

«Moneta» llamaban los romanos una pieza acuñada, acaso por derivación del verbo «monere», recordar, ya que informaba por medio de una inscripción o sello cual era su valor real. En las acuñaciones febles puede por lo tanto decirse con propiedad que hubo hasta una injuria a la exactitud del lenguaje, «Moneta» fué, además, originalmente apelativo inseparable del nombre de la diosa Juno, que en la mitología romana figuraba como la Reina del Cielo y de la luz celestial. Su templo en la Roma de los Césares llevaba el nombre de «Juno Moneta» y era, en verdad, el sitio en que se acuñaban las monedas. Era, por lo demás, el más antiguo y venerado. Siguiendo una costumbre que se remontaba a los tiempos de Numa Pompilio, el segundo de los legendarios reyes de Roma (715 A. J.) cada vez que nacía un hijo varón se depositaba una moneda de oro en el Templo de Juno. Hay, pues, algo de sagrado y reverencial en su origen, que el hombre ha pervertido más tarde.

La palabra «circulante» emana seguramente del latín «cu-

rrere» que significa correr, o sea, estado corriente en el cual pasa de mano en mano como medio de intercambio.

«Caja», en el sentido de dinero, es acaso un término de origen más antiguo. No corresponde a la palabra latina «Cassa» o cofre, sino más bien a la palabra «kasu», moneda pequeña, de la lengua tamil (1). De la influencia que esta confusión de la moneda con el circulante y el concepto de moneda en la época contemporánea me ocuparé en la segunda conferencia mañana.

Ocho siglos antes de Jesucristo, con la aparición de las primeras monedas acuñadas comenzaron para la humanidad las tribulaciones monetarias. Desde entonces pensó el hombre en economizar el fruto de su trabajo escondiendo las monedas; desde entonces se abrió la puerta al abuso de la moneda falsa; desde entonces comenzó la circulación de oro y de plata a fomentar el comercio entre regiones apartadas del globo. Y así es como se encuentran con frecuencia enterradas en la India monedas de oro del Imperio Romano, enviadas allí para pagar artículos de lujo que producía y los sibaritas romanos consumían, como refiere Plinio: así es como suelen encontrarse en Escandinavia, enterradas también, monedas árabes de plata enviadas allí, en remotos tiempos, para pagar las pieles que compraban los ricos samánidas de Persia y los abbasidas, aquellos súbditos de la segunda dinastía de califas árabes. Empero, viajaban a comarcas lejanas sólo aquellas monedas de oro y plata que encontraban favor y acogida fácil, y no la encontraban sino las que inspiraban confianza por la pureza de su contenido. Así vemos difundirse los «tetradracmas» de Atenas, y los «dinars» de los primeros califas, los «ducados» de Venecia, y, en los tiem-

(1) Nombre genérico que en sanscrito (la lengua de la India) se le da a la lengua que hablan los hindúes del sur de la India, y es todavía la lengua principal de Madrás.

pos modernos, los pesos mexicanos, como moneda de plata, y los «sovereigns» británicos, como moneda de oro.

La historia económica y comercial del mundo está ligada al desarrollo de las monedas de plata y oro, su depreciación a la inflación, su apreciación a crisis parecidas a la que nos azota por el valor del oro en nuestra época; como puede comprobarse desde los primeros tiempos del Imperio Romano.

¿Por qué busca la humanidad el oro y la plata y no algún otro producto para vehículo de sus transacciones? ¿Cual fué la razón que la llevó a calificarlos de metales «preciosos»? Difícil es precisarlo; pero lo más probable es que resida en la inmunidad de ambos metales a la oxidación. Las cosas terrenales son perecederas y corruptibles: la roca misma se desgrana y pulveriza. Esa propiedad del oro y de la plata que resisten la acción del tiempo y de la atmósfera, le dió a los ojos de los mortales la aureola y el resplandor de lo imperecedero.

De los dos metales preciosos, la plata tiene más larga tradición e historia. «Oro blanco» la llamaban los antiguos. Quince siglos antes de Jesucristo valía más que el oro. En Arabia, por ejemplo; una onza de plata valía diez onzas de oro. Pero antes que eso, en el Génesis, el primero de los cinco libros del Pentateuco, que comienza con la creación del mundo, aparece Abraham riquísimo en caudal de oro y de plata («Erat antem diver valdi in possessioni auri et argenti») y más adelante comprándole a Efron en cuatrocientos ciclos de «plata de buena moneda corriente» (Cap. XXIII, versículo 16) un campo y cueva en Chanaan para darle sepultura a su esposa Sara, que «le fué cedido en pleno dominio» para el objeto. Y en el libro del Exodo el señor le dice a Moisés: «Las especies que debéis recibir son estas; oro, plata y cobre».

Los egipcios, los sirios, los griegos, los fenicios y los romanos recurrieron libremente a la plata como moneda, y la emplearon en la fabricación de alhajas y vajillas. En las excavaciones hechas por Schlieman en 1874, continuadas por Dorfield

en 1891, en la cuesta de Hissarlik, en donde es fama que ocurrió el sitio de Troya, se encontraron escondidos en las ruinas de la fortaleza de «Pergamos», armas, vajilla, adornos, discos, braceletes, ídolos y otros objetos de oro y plata, que hoy pueden admirarse en el Museo de Berlín.

«Ridet argento domus»—la Plata ríe en mi vivienda, dice Horacio en su Oda Cuarta «A Filis», recordándonos que los romanos lucían esplendorosas vajillas del precioso metal.

Cicerón nos habla de los cargamentos de plata labrada y estampada que llegaban a Roma. Plinio relata festines servidos—según dice—en plata antigua y pura. Se conocen y pueden admirarse en los museos de antigüedades egipcias joyas de plata labrada de la XVIII^a. dinastía, esto es, 1450 a 1350 años antes de Jesucristo.

Hay, pues, razón para decir que la historia de la plata se interna en el laberinto de los siglos hasta perderse y confundirse con los anales de la vida humana misma. Por eso parece difícil, sino imposible, condenarla a la proscripción en los tratos de los hombres aun cuando puede sufrir, como ha ocurrido ahora, un eclipse de poco más de medio siglo.

III

La fuente y el antro de la plata

La plata empezó a desaparecer gradualmente como moneda en el mundo contemporáneo hace poco menos de sesenta años. «Los ídolos de una generación son el hazmerreír de la siguiente, pero si creéis en los ídolos no os desesperéis, porque pueden volver a ser ídolos otra vez»—ha dicho un pensador. Es lo que está ocurriendo con la plata. En el Oriente, principalmente en la China, no ha cesado, hasta hoy, en su rol de patrón monetario. En la India, si bien no llena esas funciones porque en 1896

se estableció un sistema de «gold Bullion Standard», tiene las no menos importantes de servir de Caja de Ahorros. Setecientas mil ciudades y aldeas hay en la India y sólo una en cada mil cuenta con instituciones locales de crédito, pues estas últimas alcanzan en conjunto sólo a setecientas. En tiempos de prosperidad sus habitantes—vieja raza de experiencia secular—guardan caudales para los inevitables años de tribulación, y compran y esconden plata de la misma manera que la gente de otros pueblos depositan en las Cajas de Ahorros. Una costumbre semejante prevaleció en Chile en la época colonial y años después de la Independencia hasta que se crearon las instituciones de crédito. El dicho vulgar y corriente de «la plata labrada, de la familia» con que se aludía al mejor retoño de un hogar correspondía a la costumbre de guardar como en la India Oriental, objetos de plata, a guisa de ahorro. Subsiste la plata como patrón monetario en ciertas regiones de nuestro propio continente. México desde la conquista española, ha llevado triunfalmente en sus manos el cetro de la plata. Desde entonces ha marchado a la cabeza de la producción de ese metal. Hoy día produce 42.5% de la plata del mundo. Le sigue Estados Unidos de América con una producción que es menos de la mitad, o sea, 21%. Permítaseme agregar que el continente americano, desde el Estrecho de Alaska hasta los confines del Cabo de Hornos, produce hoy día el 84.7% de la plata del mundo. En 1929 la producción mundial alcanzó a 261.000.000 de onzas, bajó en 1930 a 248.000.000, en 1931 a 196.000.000 y en 1932 a 160.000.000. En estos 160.000.000 de 1932 nuestro continente contribuyó con 133.280.000 (1). Y es paradójal que la China, único país fuera de México que conserva el patrón de plata, produzca hoy ape-

(1) La plata se calcula en unidades de onzas troy. La palabra «troy» tiene su origen en Troyes (Francia) centro de gran movimiento mercantil en el siglo XI en donde se ideó esta medida de peso, 1 onza troy es igual a gramos 31.1035.

nas un décimo por ciento de la producción mundial. Más extraño, todavía, es que el peso mexicano de plata fuera moneda legal en la China y en una gran parte del Asia durante más de trescientos años. Sólo en Junio de 1930, esto es, hace cuatro años, dejaron los pesos mexicanos de ser moneda legal en Hong-Kong.

¿Cómo y por qué llegó a aquellas regiones remotas a servir de signo monetario? La historia es interesante y curiosa.

En los estrechos de Malacca, en donde reinaba gran confusión en materia de unidades fijas de cambio para las transacciones, los comerciantes portugueses introdujeron la pieza de plata llamada «Carolus», acuñada en el reinado de Carlos V. Su peso y contenido fino era tan constante y preciso, que pronto se conquistó el favor de toda esa región. En las primeras monedas llamadas «peso Carolus», aparecían los pilares de Hércules con la divisa «Plus Ultra», en vez de la más antigua «Non Plus Ultra», porque Cristóbal Colon había probado que existían otras tierras y otros mundos bastante más allá de los límites señalados por Hércules. Esos pesos acuñados en México fueron llamados por los malayos más ignorantes «pesos cañón», creyendo que los pilares de Hércules simbolizaban piezas de artillería, el arma por excelencia de la civilización occidental, según decían.

Mantuvo el peso mexicano en la China desde aquellos remotos tiempos una situación privilegiada en medio de la infinita variedad de circulantes con que ha contado desde que la memoria humana se pierde escrutando los siglos pasados, y procurando descubrir el comienzo de un sistema de circulante de oro, plata y cobre allá en el reinado de T'ai-hao, (2.953 años A. J.). Mantuvo la China hasta el año próximo pasado (5 de Abril de 1933) su unidad monetaria del «tael» de plata aún cuando no produce ese metal, ni ha contado a través de los siglos hasta hace cuarenta y cuatro años (1890) con una casa de acuñación de monedas. Y aún desde entonces han si-

do tales las variaciones en el peso y contenido fino de las unidades acuñadas, que nadie las acepta por su valor nominal, y ha perdurado la costumbre de recibirlas pesándolas y no contándolas. El familiar «tael» (peso chino) no fué nunca una pieza acuñada sino una ecuación equivalente a un peso de 1/13 de onza avoirdupoids de plata. Apesar de las dificultades de conversión a las monedas efectivamente en circulación continuó considerándosele la unidad de cambio aceptada. Para las grandes transacciones comerciales y de intercambio se ha utilizado, no la unidad monetaria propiamente tal, sino la barra de plata de 1.000 onzas troy cada una enviada desde Inglaterra a Estados Unidos. Esta falta de una pieza monetaria propia es la que dió al peso mexicano tan grande auge en la China. La confusión monetaria existente llevó al Celeste Imperio a decretar la abolición del «tael» hace poco más de un año y a crear un dólar standard de plata al cual debía convertirse el «tael» a razón de 71.50 taels de Shanghai por cada 100 dólares standard. Esta nueva unidad con ley de 88% de fino contiene 23.493.448 gramos de plata pura.

A fines de 1933 el nuevo dólar standard de plata valía en moneda americana 33 centavos, en moneda inglesa 1 sh 4 d., en moneda india 0.87 de rupees, y en moneda japonesa 1 yen. Son estas cuatro monedas las que interesan más a la China, porque, casi la totalidad de su comercio se hace con los Estados Unidos, Gran Bretaña, la India y el Japón.

Si fuese permitido dividir geográficamente en términos de metales preciosos el hemisferio occidental del oriental, pudiéramos decir que la América es la fuente y el Asia el antro de la plata del mundo. La Europa, que ha desmonetizado su plata y posee la mayor parte de la reserva del oro del mundo y gobierna una proporción considerable de la producción de este metal, es la muralla monetaria corta-fuego entre ambos hemisferios. ¿Se convertirá un día de éstos en el lazo de unión?

IV

Breves noticias sobre la desmonetización de la plata y el simetalismo

La existencia total de plata en el mundo entero se estima en 12.000.000.000 de onzas. El oro que figura en las reservas metálicas, aproximadamente en trece mil millones de dólares (1). Luego hay casi una onza de plata por cada dólar de oro. Su precio a comienzos de este año era de cuarenta y cinco centavos moneda corriente americana la onza que, con la depresión del dólar, equivale a veintinueve centavos oro. Sin embargo, el Gobierno americano aceptó la plata a razón de 0.50 centavos americano la onza en pago de deudas británicas de guerra en Junio de 1933, y recibió 20.000.000 de onzas por ese concepto. Todavía, anunció en Diciembre último que el Tesoro Americano compraría anualmente en los cuatro años siguientes—hasta 1937 inclusive—24.421.410 onzas de plata, cifra a que alcanza por ahora la producción americana, al precio de 0.64 1/2 centavos americanos la onza, o sea, la mitad del precio de \$ 1.29 la onza que representa la relación oficial de la acuñación de plata sobre la base de 16 a 1. Tenemos, pues, la plata, cotizada hoy en moneda americana a más del doble de su precio hace poco más de un año.

Este solo antecedente hace pensar que no está tan remota como se cree la restauración de una relación comercial efectiva entre el oro y la plata para los intercambios internacionales. Otras observaciones que formularé más adelante confirman esta impresión.

Nadie piensa hoy día, por cierto, en un bimetalismo en que

(1) A fines del año próximo pasado (1933) se estimaba ese stock en £ 2.740.000.000 oro, a 32 chelines 11 1/2 peniques la onza.

opere de nuevo la ley de Gresham (que—a mi juicio—no tiene hoy significación práctica alguna) haciendo desaparecer la moneda firme acosada por la moneda feble, sino en algo que comienza a denominarse «si-metalismo», esto es, una función copulativa de la plata con el oro como cimiento metálico para construir un circulante universal por manera que en tiempos de grandes fluctuaciones en el precio del oro, sea porque su escasez lo sube inmoderadamente de precio o porque su abundancia lo deprecia, pueda la plata actuar como correctivo temporal, aumentando su producción en el primer caso y disminuyéndola en el segundo.

El profesor Edgeworth describía gráficamente esta figura monetaria diciendo que los vaivenes combinados de dos borrachos con los brazos entrelazados, habrían de resultar menos violentos y expuestos que sus tambaleos individuales.

Examinaré mañana en otra conferencia el rol que a la plata puede caberle en la cura de la enfermedad monetaria que el mundo padece. Entraré hoy sólo a reseñar someramente la historia de este metal, que ha desempeñado en los anales humanos un rol político bastante más importante que el oro; por lo demás de muy reciente data, pues sólo en los últimos sesenta años ha podido destronar a la plata de su sitio privilegiado como moneda universal.

Es probable, más que probable seguro, que la guerra franco prusiana y la victoria de Alemania en 1870 sean la causa determinante e inmediata de su desvalorización en 1873.

Hasta 1875 Francia mantuvo una acuñación libre de plata y oro, en la proporción fija de 15 1/2 onzas de plata por una onza de oro. Alemania triunfante compelió a Francia a pagarle en oro su indemnización. Amenazada de un *dumping* de plata alemana que ya no llenaba una función esencial en aquel país, Francia se vió forzada a prohibir la acuñación de plata. La Unión Latina siguió su ejemplo y Europa, el continente más rico en monedas, se encontró de la noche a la mañana con que

la plata estaba desmonetizada. Comenzó su carrera descendente, perdió su relación tradicional con el oro y poco a poco fué decayendo el valor intrínseco de las monedas todas del mundo que reposaban sobre el bimetalismo, en la inteligencia y convicción de un eterno e indisoluble consorcio de los metales codiciados desde el Génesis. Comenzó la plata a experimentar fluctuaciones violentas, hasta bajar a 1 s. la onza a fines de Febrero de 1931, para subir a 19 1/2 d. hoy día. Hace catorce años, en 1920, alcanza una hora de esplendor fugaz y sube a 89 1/2 peniques la onza. Tan violentas fluctuaciones la descalifican como medida de los valores.

No obstante, la plata y no el oro sigue siendo el circulante aceptado por las tres quintas partes de los habitantes del globo, que ni han visto ni desean poseer oro, abominan del papel moneda y sospechan de los bancos. El metal que, desde los Ptolomeos hasta comienzos del siglo XVII, había permanecido estable en la relación de 12 a 1 con el oro, y queda posteriormente en la de 16 a 1, pierde su equilibrio en esa época de 1870, y numerosos factores, a que me referiré en un momento más, precipitan y agravan su caída, con grave detrimento del comercio de las regiones del globo, semidesarrolladas o francamente en estado primitivo, incapaces, económicamente, de absorber el exceso de producción industrial, agrícola y minera del mundo occidental, porque sus unidades monetarias y sus ahorros han sufrido, con la caída de la plata, mermas que los dejan escuálidos y los reducen a la impotencia. Aun aquellos que se han visto forzados, en razón de vínculos políticos o de necesidades de intercambio con Europa, a adoptar—agregaremos nominalmente—el patrón de oro, han sufrido gruesas y perturbadoras pérdidas en sus economías, colocadas, precisamente, en objetos o escondites de plata en bruto.

Si examinamos, individualmente, el caso de cada uno de los países del Asia, nos encontraremos con la misma trágica y penosa historia de su depresión económica, en razón de la desvaloriza-

ción de la plata, después de haber servido por más de 2,500 años de moneda que, en su caso, era además signo material de acumulación de riqueza.

El rix dólar de Ceylan, con sus 144 challes por dólar, convertido, en 1884, en el «rupee» indio, era de plata. El «kran» de Persia, cuyo origen se pierde en la noche de los tiempos, era moneda de plata, pesaba 71 granos, (1) y contenía 89 1/2% de plata. Había, además, y esto es interesante recordarlo en estos momentos en que se habla de una combinación de oro y plata para restablecer cierta fijeza y estabilidad en el sistema monetario mundial, una moneda que llamaban «toman», amalgamación figurada de oro y plata, que no existía sino como signo de contabilidad, y equivalía a 10,000 dinares, moneda que tampoco existía comercialmente. La antigua Grecia tuvo algo parecido en el «electrum» combinación de oro y plata de las primitivas monedas griegas acuñadas en Asia Menor, hasta que Creso las reemplazó por oro puro. En el V y IV siglo antes de Jesucristo se recurrió también, artificialmente, al «electrum», en Cartago y en Sicilia. El «toman» era equivalente a 10 «krans» de plata, y su valor efectivo, expresado en moneda inglesa, era de 5 sh. 9 d. oro. Reducciones sucesivas en el peso de esta moneda fueron disminuyendo su valor intrínseco, hasta que en tiempos recientes llegó a valer 4 3/4 d.

Desmonetizado en 1930, el «kran», fué reemplazado por una moneda llamada «ryal» (suena como el real español, pero se escribe de otra manera) que contiene 4,5 gramos de plata pura. Hace dos años, el 13 de marzo de 1932, una ley fijó al «ryal» un peso de 4,15 gramos de plata pura. Creó también una unidad monetaria de oro que no ha circulado jamás.

Ya hemos visto que en los estrechos de Malacca circuló por varios siglos el peso mexicano. En 1906 se adoptó el patrón de oro y se dió al peso un valor equivalente a 2 sh. 4 d. oro. Empero,

(1) El grano es igual a 0,647 decigramos.

comenzaron poco después las reducciones sucesivas del contenido fino de 0,900 hasta dejarlo casi en la mitad, o sea, en 0,500, catorce años después (1920).

El Japón mantuvo hasta 1897 un régimen mixto de oro y plata, dentro del cual circulaban más de sesenta tipos diversos de monedas. Creó, en 1882, el «Nippon Ginko» (Banco de Japón) y le dió el privilegio de emitir billetes contra oro y plata y, bajo ciertas limitaciones, contra valores de Tesorería y efectos comerciales.

Se advertía una marcada predilección por la plata hasta que, en 1897, a base de la indemnización de guerra pagada por la China, se adoptó el patrón de oro, dándole al yen—unidad no acuñada—un valor intrínseco equivalente por ley a 0,75 gramos de oro fino, o sea, 2 sh. y 1/2 d. oro. En septiembre de 1917, en plena guerra mundial, se ve el Japón obligado a abandonar el patrón de oro, y después de grandes esfuerzos y sacrificios lo restablece en enero de 1930. Dos años, apenas, alcanzó a mantenerlo, y las circunstancias lo obligaron a abandonarlo de nuevo en diciembre de 1931. Hoy día, el yen vale bastante menos de la mitad, pues se cotiza en moneda inglesa de papel a 1 sh., 2 1/16 d. El patrón de oro ha sido, pues, en el Japón, fugaz e inestable.

Hemos visto que en Hong-Kong han circulado por más de trescientos años los pesos mexicanos, y que los pesos acuñados en la China misma no gozaron de favor. Hemos visto, también, que el «tael» no era una moneda acuñada, sino un determinado peso específico de plata. El año pasado, el 1.º de marzo de 1933, el «tael» fué legalmente abolido, y una nueva moneda, el «Yuan-shi-kay», le substituyó, sobre la base de 100 de estos dólares por cada 71,50 taels. Y a este dólar se le da un contenido de 26,697 gramos de plata de 0,900 de fino. Como se ve, perdura en la China y en otras naciones del Asia, adheridas nominalmente al patrón de oro, la unidad monetaria de plata. Hay, además de las nombradas en la Indochina, el «peso»; en Siam, el «baht»

o «tical»; en Java, el «guilder» o «florin», todas monedas de plata.

En la India, las existencias de plata son considerables. Se ciernen como una amenaza permanente sobre el precio de este metal. De allí que en la Conferencia Mundial de Londres, se limitara a 35.000,000 de onzas la cantidad que la India podría lanzar al mercado. Se calcula que en manos del Gobierno de la India hay 100 crores de plata. Cada crore equivale a 100 lakh y y cada lakh a 10,000 libras esterlinas. Las existencias de plata en manos del Gobierno de la India pueden estimarse, por consiguiente, en 100.000,000 de libras esterlinas. Más difícil es calcular la cantidad de plata en manos de particulares.

Por muchos años compró la India alrededor de un tercio de la producción mundial. En los últimos treinta y cuatro años se estima que ha comprado 3.000.000.000 de onzas, y no es aventurado estimar en esa cantidad la plata que hoy día está en manos de particulares: ya que la India ha importado grandes cantidades de plata desde tiempo inmemorial, y no consideramos sino la importación de los últimos 34 años.

La unidad monetaria de la India hasta que se paralizó en 1893 la libre acuñación de la plata, fué el rupee, que pesaba 180 gramos y contenía 165 gramos de plata pura. Hasta veinte años antes (1873) el rupee valía dos chelines oro, pero desde esa fecha empezó a depreciarse y llegó a la mitad de su valor primitivo. Se estableció el «gold exchange standard» y funcionó normalmente y robusteció su sistema monetario hasta 1914. Por ley tenía el rupee una paridad de 16 d. La guerra mundial destruye las reservas laboriosamente acumuladas en oro y plata, y la situación se hace tan grave en 1918 que los Estados Unidos acuden a socorrer a la India vendiéndole doscientos millones de onzas de plata de la reserva americana. ¡Nuevamente la fuente de América arroja sobre el antro insondable del Asia sus caudales de plata! Acuña la India, gracias al aporte americano, 1.390.000,000 de nuevos rupees (£ 93.000.000) y a

poco andar la situación de la plata da un un vuelco. Sube el valor de la plata con relación al oro a cifras desconocidas por muchos años. El rupee, que originariamente valía dos chelines, que en 1893 había bajado a 1 chelin, que por ley valía 16 d., pasaba a valer dos chelines diez peniques con el alza. Se exporta en grandes cantidades y vuelve a bajar el valor del rupee a los 16 d. Tan violentas perturbaciones llevan a la India a establecer en 1926 el sistema monetario que tiene hoy día, esto es, un rupee con un valor equivalente a 18 d. oro, bajo un régimen de «gold bullion standard», con puntos máximos y mínimos correspondientes a esa equivalencia, que resguardan comprando y vendiendo libremente oro a tasas fijadas de acuerdo con la paridad oro del rupee.

Cálculos seriamente compilados hacen subir a 15.704.000,000 de onzas de plata lo producido en el mundo desde la conquista de México en 1521 hasta fines de 1933. Antes de 1521 la producción mundial de plata era insignificante, La quinta parte de la producción mundial en cuatro siglos está, pues, según estos cálculos, en la India en manos de particulares. No es extraño que la Conferencia Económica Mundial de Londres, al abordar el problema de la plata, señalase como factor previo primordial para revalorizarla, la restricción de las ventas de plata de la India.

V

Los productores de plata

La producción de plata ha acelerado su ritmo notablemente en los tiempos modernos. El término medio de producción del último siglo es muy superior al de los tres siglos anteriores. Hay métodos de extracción y fundición que fueron desconocidos en los siglos XVI, XVII y XVIII. La plata ha pasado, además, a ser un sub-producto de la fundición de otros metales: cobre, es-

taño, zinc y plomo. Pero así y todo, si tomamos la producción del año 1932, de 168.737,400 onzas, podemos comprobar que la India tiene en manos de particulares una cantidad de plata fina equivalente a la producción del mundo entero durante 18 años.

En los cuatro siglos transcurridos desde la primera mitad del siglo XVI, así como la India ha marchado a la cabeza de los consumidores de plata, México ha marchado a la cabeza de los productores. Ha contribuído desde entonces, 1521, hasta ahora, 1934, con el 36% de la producción mundial de plata. Podemos clasificar esa producción cronológicamente:

De 1521 a 1820, o sea, durante trescientos años, en 1.710.000,000 de onzas.

De 1821 a 1905, o sea, en ochenta y cinco años, en 1,857.000,000 de onzas.

De 1906 a 1933, esto es, veintiocho años, en 2,107.000,000 de onzas.

Todos los centros de gran producción de plata de México a través de estos cuatro siglos fueron conocidos, y muchos explotados, por los conquistadores españoles del siglo XVI. En su sed de aventuras y en su empuje recorrieron aquellas dilatadas comarcas en todas direcciones, buscando oro y plata, y extrayendo estos metales por los más rudos y complicados métodos medievales. Desde entonces se conocieron y explotaron Pachuca, Guanajuato, Fresnillo, San Dimas, Zacatecas, Catorce, Taxco y otros. Allí en las montañas mexicanas se inventaron procedimientos metalúrgicos que perduraron por 3½ siglos. El procedimiento de amalgamación para la extracción del oro y la plata conocido con el nombre de «patio», fué inventado en Pachuca, en 1557, por Bartolomé de Medina, e implantado después en las celebérrimas y ricas minas de Potosí.

La producción de México en grande escala comenzó con los procedimientos de cianuración. Hasta 1905 se consideraba aplicable sólo a los minerales de oro. Comenzó entonces a aplicarse a los minerales de plata en Guanajuato. Mayor vuelo tomó to-

davía con la instalación de los hornos modernos de fundición, en los cuales la plata se obtiene como sub-producto del cobre y del zinc.

Sigue a México en importancia como productor de plata, Estados Unidos de América. Hasta 1848 su producción alcanzó sólo a 309,500 onzas, pero desde ese año hasta 1933 subió a la suma de 3,242.800,000 onzas, o sea, un término medio de 38.150,000 onzas por año. En 1932 la producción de plata de los Estados Unidos de América bajó a 24.762,000 onzas, debido a que proviene en gran parte de la fundición de cobre, y la producción de este último metal, como se sabe, fué entonces y continúa considerablemente restringida.

El descubrimiento del oro de California provocó también el de minas de oro y plata, entre ellas la famosa «Comstock Lode» en Nevada, en 1859, que desde entonces hasta 1911 produjo Dls. 381.400,000 de los cuales 228.400,000 provienen de la plata. En Colorado el «Estado de Plata» (Silver State) como se le llamó en un tiempo, fueron famosas las minas de Leadville, Aspen, Creed, Ouray, Tellurine, Silvertown, Rico, Clear Creek y muchas otras. En Arizona también se ha producido plata en grande escala, pero como sub-producto de la fundición de cobre.

Poco conocida es la posición que la plata ocupó en el sistema monetario americano, aun después que la ley de 12 de Febrero de 1873 estableció el patrón de oro. Aunque desde ese momento el peso plata perdió su carácter de moneda legal, el Gobierno americano continuó acuñando moneda divisionaria de plata standard. Cinco de esos dollars contienen 3,9 onzas de plata, y cualquiera que fuese el valor de la plata en el mercado se mantuvo el precio de la onza de plata, a \$ 1.29 por onza; precisamente el precio al cual el Presidente Roosevelt ofrece ahora comprar toda la plata que produzcan las minas de los Estados Unidos de América, aunque exige la mitad de ese precio para el Tesoro, por concepto de tasa o impuesto gubernativo. Cinco de aquellos dollars standard, o sea, 3.9 onzas de plata podían siempre cam-

biarse por una pieza de oro de cinco dollars. Un simple cálculo revelará que con esto se mantenía entre la plata y el oro la relación de 16 a 1 que el Presidente Roosevelt trata ahora de mantener. Una ley reciente del Congreso americano (lleva fecha 12 de Mayo de 1933) declaró que todas las monedas americanas de plata tenían curso legal para el pago de toda clase de deudas públicas o privadas. Poco falta, pues, muy poco, para que el sistema monetario americano vuelva a los tiempos anteriores a 1873. Para la remonetización de la plata allí sólo falta, en verdad, que se restablezca la libre acuñación de la plata nacional y extranjera. Trataré esta materia en mi segunda conferencia, y continúo señalando a grandes líneas las principales fuentes de producción de plata.

Bajo el término comprensivo de «América del Sur», figura en las estadísticas mundiales el tercero en importancia de los productores de plata. Una sexta parte de esta producción es un sub-producto de la extracción de estaño en Bolivia, y proviene de minerales que no tienen ley de plata bastante para ser tratados sólo para extraer ese metal. Otra sexta parte proviene de minerales complejos de plomo, zinc y plata de la misma procedencia, y los dos tercios restantes son sub-productos de las minas de cobre y plomo de Chile y el Perú. De la producción e historia de la plata en Chile me ocuparé especialmente, en primer término, mañana. El Canadá ocupa el cuarto lugar, apenas inferior por sí solo a la producción de todo el continente sud-americano. En 1932 el Canadá produjo 18.347,907 onzas, de las cuales proviene casi la mitad (45%) de las provincias de Columbia Británica (30%) de Ontario y el resto del territorio de Yukón (14%), Manitoba (5%) y Saskatchewan.

La producción de plata del Canadá, como el territorio mismo, es casi contemporánea, y en su mayor parte sub-producto de la explotación de otros metales; ya oro, cobre, cobalto, zinc y otros.

Centro América produce el 1,4%.

El continente americano, que apoya su cabeza en las regiones

polares del hemisferio norte y descansa sus pies en los hielos del polo austral, produce, como se ha dicho, el 847%, de la plata del mundo. A ninguna otra región del globo, aparte de la China y de la India que guardan reservas escondidas del metal, le significa mayor prosperidad que a la América entera la restauración monetaria de la plata. Los demás productores del metal no influyen en su precio. Toda Europa produce sólo el 4,8%, la Oceanía 4,1%, el Asia 5,9% y el Africa 0,5%.

Merece anotarse, además, que la China, único país fuera de México que ha mantenido y mantiene el patrón de plata integralmente no produce como acabo de decir, sino un décimo por ciento de la producción mundial; y la India, que si bien no mantiene la plata como unidad monetaria la venera como un fetiche y la guarda como un tesoro, apenas produce el 2,9% de la plata del mundo.

La producción europea de plata, tan pequeña hoy, nunca fué abundante. La más antigua de sus minas de plata, trabajada en nuestros días por compañías francesas y griegas para extraer plomo, manganeso y cadmio (metal parecido al estaño) es la de Laurium, en Grecia. Lleva ya 2,400 años de existencia conocida. Temístocles persuadió a los atenienses que dedicaran el producto de estas minas, que eran propiedad del Estado, a construir una flota. Esto hizo posible para los griegos la victoria de Salamis sobre los persas sin la cual la civilización de Occidente habría perecido. Tan estrecha es la vinculación de la producción de plata con la historia de la humanidad! Los viejos piques y galerías de aquella remota época pueden todavía admirarse en la aldea de Laurium, que hoy día cuenta alrededor de 12,000 habitantes. Descubierta la rica veta de plata de Laurium poco después de la expedición griega de Xerxes, 481 años antes de Jesucristo, el Tesoro ateniense recibió sumas estimadas en cien talentos (alrededor de £ 24,000 de hoy) cantidad que a los ojos de los contemporáneos aparece insignificante, pero que en aquellas remotas edades representaba una riqueza considerable.

Los alquimistas europeos llamaban a la plata «Luna» o «Diana», atribuyéndole ciertas propiedades como símbolo de la Luna en creciente. Hasta ahora en ciertos países suelen llamar «cáustico lunar» al nitrato de plata.

Los romanos obtenían de España la mayor parte de la plata a que aludía Cicerón, según he dicho hace un momento.

En Kongsberg, Noruega, también se han explotado por varios siglos minas de plata, y se la ha encontrado en estado nativo. En una ocasión extrajeron de las minas de Kongsberg una piedra de plata nativa que pesó 697 kilogramos.

VI

La Libra Esterlina y la Plata

Empero, la producción de Europa fué siempre escasa, tan escasa, que en las postrimerías de su reinado Enrique VIII de Inglaterra, siempre urgido de dinero por sus desordenados gastos, recurrió al socorrido expediente de rebajar el contenido fino de las monedas de plata en circulación en aquella época (1491-1547) aumentando así el numerario y alimentando con este procedimiento clandestino las escuálidas arcas reales. La escasez, sin embargo, tocaba a su término, y dos años antes de su muerte, en 1545, las minas de plata de Potosí comenzaron a inundar a la Europa con sus fabulosas riquezas. La abundancia del metal trajo una depreciación rápida y violenta, y la hija de Enrique VIII, la reina Isabel, se encontró al sucederle con una crisis económica y monetaria que provocó la revolución agraria, esto es, la consolidación de las pequeñas propiedades agrícolas y la substitución de la labranza por el pasturaje en los campos. La reina Isabel era más que económica y parsimoniosa. Llegó a acusársele de avaricia. Su frugalidad le permitió hacer frente a la tormenta económica que las minas de plata de Potosí desencadenaban so-

bre las Islas Británicas dislocando los precios. No pudo, empero, impedir que la tempestad estallara en grandes escala por la misma causa sobre sus sucesores, los Estuardos. Entre 1570 y 1648, gracias a la abundante e inesperada producción de plata del mundo, el precio del trigo subió en 250%. Jacobo I vivió en grandes apuros. Su hijo, Carlos I, hubo de recurrir constantemente al Parlamento pidiendo nuevas y mayores entradas, y de emplear otros procedimientos a espaldas del Parlamento, que fueron descubiertos y le costaron el trono y la cabeza. Cayó la monarquía sobrevino una dictadura militar; todo debido a las minas de plata de México y del Perú, que habían trastornado la relación de los valores en Europa!

No hay que olvidar que la libra esterlina era y fué hasta el siglo XIX unidad monetaria de plata. La «libra» era una libra de plata, que equivalía a 240 peniques de plata (silver pennies). El oro circulaba también en un régimen bi-metálico que perduró hasta fines del siglo XVIII. Sólo en 1798 suspendió Inglaterra la acuñación de plata, y desde entonces hasta después de las guerras napoleónicas quedó bajo el régimen del papel moneda de curso forzoso. En 1816 volvió a un régimen monometálico, sobre la base de oro, pero, no obstante, el «Bank Charter Act» de 1844, obra de Sir Robert Peel, para salvar una de las más graves crisis que ha sufrido Inglaterra estableció que la reserva metálica que respaldaría la emisión de billetes podía ser de pastas de plata hasta en un 25%. ¡Extraña analogía con la política monetaria del Presidente Roosevelt 90 años más tarde! Ciertamente es que nueve años después, en 1853, se abandonó ese porcentaje de reserva de plata, pero no menos cierto es también que desde 1931 Inglaterra ha abandonado el patrón de oro, y hoy los dos metales preciosos se esconden en los cofres y no circulan.

La libra esterlina, unidad monetaria inglesa desde los tiempos de los sajones, se basó durante novecientos años sobre la plata y no sobre el oro. Las ventas de tierras, las hipotecas, los contratos, se hicieron sobre la base de moneda de plata. El célebre filósofo

inglés, John Locke, en su famoso Discurso sobre las «Consecuencias de bajar el interés y subir el valor de la moneda» («Consequences of the lowering of interest and raising the value of money») publicado en 1692, declara que la moneda de plata «es la única moneda que cuenta y que sirve de medida de la propiedad en el mundo entero. Todos los contratos se cumplen y las cuentas se llevan en moneda de plata». «Está»—agrega—«seguro que es así en Inglaterra».

La libra esterlina no fué nunca, sin embargo, una moneda material ni de plata ni de oro ni de metal alguno hasta 1817. Su venida al mundo monetario aconteció originalmente como moneda de contabilidad, que representaba tantos o cuantos peniques de plata. Tuvo otras subdivisiones para efectos de contabilidad: como, por ejemplo, «scillings» en sajón, u «ora» o «marks» en danés, hasta que de aquella nomenclatura cambiante e informe surgió, después de la conquista normanda, el sistema latino de 20 «solidi» cada uno de 12 «denarii» que conserva hasta hoy, aun cuando no se acuñaron monedas que representasen esas subdivisiones sino centenares de años después. Durante no menos de quinientos años, el penique de plata o «sterling» como vino a llamársele en el siglo XII, era la única moneda aceptada.

Obscuro es el origen de la palabra «sterling» o esterlina, como la llamamos en castellano, pero sabemos a lo menos que no expresa necesariamente un contenido de oro metálico de valor reconocido y autorizado. Se refiere al penique «esterlino» de plata de 925 milésimos de plata y 75 milésimos de liga de cobre descrito en el estatuto de Eduardo I (1239-1307) como «*denarius angliae qui vocatur sterlingus*»—el penique inglés llamado esterlino. Doscientos cuarenta de estos peniques formaban la libra esterlina de plata, con peso de 5,670 granos (1).

A la palabra «sterling» se le atribuyen diversos orígenes. Unos dicen que viene de la estrella estampada en los primeros peni-

(1) El gramo es igual a 0,648 decigramos.

ques; otros dicen que viene de «steor»—novillo—, por la misma razón que la palabra latina «pecunia» viene de «pecus»—animal doméstico. Lo esencial para la historia de la unidad monetaria británica es que la palabra «esterlina», que andando los años se considera sinónima de una moneda pura y de sólido valor intrínseco, se aplicó originariamente al penique de plata y no a una pieza de oro.

Por lo demás, la libra esterlina desde la época de la conquista normanda hasta nuestros días, si bien ha sido la unidad monetaria inglesa, se ha depreciado notablemente a través de los siglos. «El Penique inglés—dice Feaveryear en su Historia de la Moneda Inglesa—seis de los cuales en tiempos del Conquistador compraban un bushell de trigo o diez galones de cerveza (y qué cerveza!) compran ahora sólo un cuarto de una marraqueta y la cuarta parte de un cuartillo de la más modesta cerveza. La libra inglesa que el «Domesday Book» (1) anotó como el equivalente a la renta de una propiedad de cien acres, escasamente paga hoy la renta de una semana de dos cuartos sin muebles en una villa suburbana».

Inglaterra no ha escapado al error, o, si se quiere, a la tentación de la humanidad entera, de rebajar el valor de su moneda; aun cuando es la nación que más ha hecho por conservarla intacta. Acaso tengamos que persuadirnos que un circulante ligado inmutablemente a una reserva metálica, sea ésta de oro o plata, sin considerar las posibilidades de abastecimiento de esos metales preciosos, y por consiguiente, sin tomar en cuenta cual puede ser el precio de esos metales expresado en otros productos en un período determinado del desarrollo económico de un pueblo, no es satisfactorio como medida de los valores. Sobre este punto desarrollaré algunas observaciones en la conferencia de mañana.

Entre tanto, refiriéndome a la historia de la libra esterlina, en

(1) El informe de Guillermo el Conquistador hizo compilación sobre el estado general de Inglaterra en 1086,

su origen moneda de plata, cabe observar que en las diversas ocasiones en que el precio del oro ha subido en proporción desmesurada con el valor de los demás productos, ha sido necesario abandonar el patrón de oro; como ocurrió en 1797, en 1817 y ahora recientemente en 1931. Este corolario obligado de todo estudio de regímenes monetarios en cualquiera parte del mundo, no nace del examen de la situación contemporánea. No es la primera vez que se hace esta observación. Ya en 1695, el Secretario del Tesoro Británico en esa época, William Lowndes, en su «Ensayo para la reforma de las monedas de plata», dijo: «Si la moneda fuera sólo una medida y hecha como las demás medidas de un material de poco o ningún valor, no respondería al propósito de hacerla un equivalente. Y si es hecha a fin de responder al propósito de un equivalente de un material cuyo valor está sujeto a frecuentes variaciones, de acuerdo con el precio del cual dicho material se vende en el mercado, falla por esa precisa razón en su calidad de standard o medida, y no continuará siendo perfectamente uniforme y la misma en todos los tiempos».

Es evidente que la libra esterlina es algo distinto a un determinado peso de metal. Tan cierto es esto, que en nuestra época la propia Inglaterra dictó la ley de 1925 (Gold Standard Act of 1925) según la cual la antigua moneda de oro le cedió el paso y la primacía a la barra de oro.

No hay en el mundo entero una sola moneda de oro en circulación; cierto es que tampoco la hay de plata. La circulación metálica de oro y plata es cosa del pasado. El sistema monetario del mundo está fundiéndose en un gran crisol, del cual no habrán de salir—es de temerlo—monedas acuñadas de oro y plata, sino alguna unidad de aceptación universal que represente, en proporciones que guarden relación con su producción, a los dos metales preciosos que el mundo ha conocido desde el Génesis como el signo numérico para justipreciar el trueque de productos.

Sobre este punto habré de volver en mi conferencia de mañana.

No hace mucho, en verdad, a comienzos de este año, el Conse-

jo de la Cámara Internacional de Comercio de Londres adoptaba un acuerdo señalando, en términos perentorios, que «había llegado el momento en que los gobiernos del mundo deben abordar y considerar seriamente el problema de la estabilización de la moneda circulante».

Muchos creen que para conseguir esa estabilización basta con volver, a costa de cualquier sacrificio, al viejo patrón monetario de oro. El procedimiento resulta demasiado simplista para un problema eminentemente complejo.

Desde luego, ¿quién puede asegurar que la vuelta al patrón monetario de oro daría como resultado un nivel más alto de precios para todos los productos? ¿No es más probable que traiga una honda perturbación y una depresión considerable? La verdad es que mientras el comercio internacional no pueda funcionar en una relativa libertad, y mientras no haya suficiente elasticidad en el movimiento de los productos para permitir pagos internacionales en especies entre naciones, mediante un libre y rápido intercambio, no hay medio alguno de mantener estabilidad y fijeza en los cambios; y existe, por el contrario, un grave peligro de introducir con la vuelta del viejo patrón de oro, un elemento, no ya de perturbación transitoria, sino de desequilibrio y desorden de larga duración y graves consecuencias. Mientras no haya libertad de intercambio internacional de productos, no puede haber libertad de intercambio monetario. Lo uno y lo otro se encuentran íntimamente ligados, porque la moneda no es sino la expresión del valor de los productos; y si no han de tener éstos valor internacional libre, porque se les impide tenerlo y se les coharta y aprisiona con licencias y cuotas de importación, y otras gabelas, tampoco podrá adquirir la moneda otro valor que el de mercadería; y si es oro, desaparecería con rapidez vertiginosa a manos de las naciones acreedoras y de los acaparadores sin que alcance a llenar sus antiguas funciones de signo monetario.

La política monetaria y la política comercial tienen, por sobre la voluntad de los hombres, unión indisoluble.

Recientemente a comienzos de Abril último, la opinión pública británica representada por un grupo influyente de hombres de negocios de la «City» se alarma de nuevo y pide «una investigación inmediata por el Parlamento sobre los principios fundamentales que deben gobernar nuestro sistema monetario orientada hacia su reforma en el interés así de los productores como de los consumidores».

El «Times» comentando editorialmente esta petición decía que hasta hace poco las cuestiones monetarias eran consideradas tan abstrusas que sólo los economistas profesionales podían abordarlas. Los legos en la materia debían aceptar los problemas monetarios tal como se los presentaban examinados y dilucidados los economistas ortodoxos. Discutir siquiera la excelencia del patrón de oro era exponerse a ser acusado de chifladura. Hoy se discute el patrón de oro, abandonado, por lo demás, casi en el mundo entero, libremente, y la cuestión ha perdido esa aureola sagrada de inmunidad doctrinaria.

En este período de incertidumbre del mundo contemporáneo en que todas nuestras nociones políticas, económicas, sociales, científicas y hasta matemáticas se funden en un gran crisol a la lumbre de la solidaridad universal que nosotros mismos hemos creado multiplicando los medios de comunicación y de transporte ¿por qué habría de causar extrañeza que se analicen y discutan nuestras nociones de lo que es y debe ser la unidad monetaria? ¿No hemos visto todas las transformaciones que ha sufrido y sigue sufriendo en el más viejo, y en el más nuevo de los continentes del mundo? ¿No vemos, acaso, que Inglaterra, cuna del patrón de oro como moneda internacional, hubo de abandonarlo durante la guerra para readoptarlo y volver a abandonarlo? Algo, hay, pues, en el patrón de oro que no le permite llenar sus funciones en ciertas y determinadas circunstancias y si esto es verdad, y lo es también que las transacciones humanas no pueden jamás paralizarse y exigen un instrumento que responda siempre, día a día, hora a hora, a sus exigencias, hay que concluir en que el sistema

monetario no tiene un cimiento sólido en el patrón de oro. Este es, en realidad, un lecho de arena movediza sobre el cual no puede construirse nada permanente. Hay, pues, que descubrir algo más sólido, o, por lo menos, hay que clavar en ese lecho de arena algunos pilotes que permitan levantar un edificio monetario que no se derrumbe con el primer escurrimiento de un aluvión. Esa es, precisamente, la función que la plata puede llenar, esa es la que llenó durante los cuarenta y cinco siglos anteriores al patrón de oro, esos son los pilotes que todos los pueblos inconscientes, y gradualmente comenzaron a destruir hace poco más de medio siglo cuando, sin buscarlo deliberadamente, se confabularon para arrojar a la compañera legítima del oro del hogar monetario del mundo.

¡Cuántos son los que hoy atribuyen a un sistema monetario trunco y anquilosado la crisis de la producción, la crisis de los salarios, la crisis de pobreza, la crisis de cesantía que, como un negro nubarrón preñado de truenos y relámpagos se extiende sobre el horizonte del mundo y desencadena a cada instante, la tormenta sobre pueblos desesperados! Cuando la ciencia permite satisfacer cuanta necesidad, cuanta ilusión, cuanto capricho se forja la mente humana, los economistas ortodoxos se muestran impotentes para crear un sistema monetario que satisfaga la más elemental, la más simple, la más primitiva de las costumbres del hombre: la de trocar lo que produce por lo que consume valiéndose de una medida común de los valores que realmente sea medida y no una tira de elástico quemado.

NOTAS Y DOCUMENTOS

Memoria presentada por el Directorio de la Universidad de Concepción, correspondiente al año 1933.

SEÑORES SOCIOS:

Obedeciendo al mandato que le impone el Estatuto Orgánico de la Corporación, el Directorio os ha convocado para daros cuenta de la labor que le ha correspondido desarrollar durante el año 1933 y señalaros someramente la situación en que se mantiene la Universidad.

Esta labor se ha encaminado de manera muy principal a defender lo que hasta ahora se ha obtenido con tantas zozobras y dificultades, a afianzar la obra ya realizada perfeccionando lo existente y a proseguir, con la rapidez que le permite la favorable, pero aún débil reacción de sus economías, el vasto plan de construcciones y creaciones nuevas, ya en desarrollo de impulso tan enérgico y convincente que no podría ser detenido sino por la incomprensión o la insistencia en un criterio de inadmisibles centralismo administrativo que impide prosperar con serenidad a las mejores iniciativas de las provincias.

Ha sido, pues, como todos lo sabéis, el trabajo del Directorio en 1933, en primer término una labor de constante defensa de las fuentes de entrada con que cuenta la Universidad: gran

parte de sus sesiones se desarrollaron en un ambiente de inquietud y hasta de alarma, cuando nuestra Institución creía tener legítimo derecho a trabajar sin sobresaltos por haber merecido el reconocimiento de la opinión pública y el respeto a uno de los más grandes esfuerzos colectivos de que pueda gloriarse un país civilizado. El Directorio y los señores socios que en nosotros han puesto su confianza pueden proclamarlo con orgullo, que no es vana jactancia ni inmodesta actitud: esta Universidad nació de un magnífico espíritu público; y ya convertida en una realidad que demostraba irredargüiblemente cómo respondía a una necesidad regional inaplazable, ese mismo espíritu público la mantiene y la mantendrá con cuanto ella ha ideado, organizado y prestigiado para su sostenimiento y su incesante progreso.

El Decreto-Ley de 27 de Julio de 1932 que modificaba la Ley 4885 de 30 de Septiembre de 1930 por que se regía el reparto de las utilidades de la Lotería de Concepción, evitó a la Universidad serios quebrantos como el de cerrar escuelas o disminuir cursos. Después de haber tenido en 1931 un presupuesto de cerca de seis millones quinientos mil pesos (\$ 6.500,000.00) se veía obligada a financiar sus gastos de 1932 con una suma inferior a tres millones. No obstante las severas economías que el Directorio implantó ya en 1931 a raíz de la depresión económica mundial que nuestro país ha sufrido más profundamente que otros, la Corporación directiva comprendió en el curso del año 1932 que amenazaba a la Universidad el peligro no sólo de quedar estagnada para siempre, con sus obras a medio hacer, sino también el de reducir aún más en el futuro sus distintas reparticiones.

Ante perspectiva tan desanimadora, el Directorio no permaneció indiferente. Trabajó para dejar en lo posible a la Institución universitaria a salvo de las contingencias económicas del país. Su aspiración fué modesta en armonía con la sobriedad que impone la pobreza general. No pretendió la Corporación el beneficio de un presupuesto holgado como el de 1931, sino de-

fender siquiera como algo permanente el ya muy castigado de 1932. Fruto de la precaución y del trabajo del Directorio fué ese Decreto-Ley de 27 de Julio de dicho año, actualmente en vigor que establece que de la utilidad de la Lotería se deducirá en primer término, es decir, antes de proceder a todo reparto, la suma de dos millones novecientos mil pesos para la Universidad de Concepción, con el objeto de servir su presupuesto ordinario anual, que era entonces equivalente a dicha cantidad. Tal disposición significaba, como ya se os ha dicho, asegurar la vida de nuestro Instituto.

Un año más tarde la Beneficencia Pública, sintiéndose afectada en sus intereses, propiciaba una vuelta a la Ley 4885. Esta pretensión dió origen al conflicto que todos conocéis. Fracasadas las gestiones que el Presidente señor Molina y el Director señor Coddou, hicieron en Santiago por encargo del Directorio ante la Junta Central de Beneficencia para llegar a un acuerdo que no dañara profundamente a la Universidad, la ciudad de Concepción entera acudió en defensa de sus legítimos fueros; y representada ampliamente en un memorable Cabildo Abierto hizo respetar los derechos de la Institución y mantener el Decreto-Ley de 27 de Julio de 1932 contra las pretensiones de la Junta Central de Beneficencia. En este espléndido movimiento de civismo, provocado con entusiasmo creciente por la prensa de Concepción, la Universidad se sintió amparada por los parlamentarios de la provincia, por lo más representativo de sus Instituciones y Sociedades, sin distinción de clases sociales, credos políticos ni doctrinas religiosas y por el sentimiento de solidaridad de los pueblos de todo el Sur de Chile que encontró expresión en sus órganos de prensa y en centenares de telegramas de adhesión a la causa universitaria. El Presidente de la República supo hacerse intérprete del anhelo de la zona central y prometió entonces solemnemente no proponer al Congreso ningún proyecto que significara innovar en la situación de la Lotería, creada y organizada por la Universidad e impropiamen-

te denominada Lotería de Beneficencia Pública. Con suma complacencia y sincera gratitud recuerda el Directorio esta expresión profunda y vasta de la confianza y simpatía que ha logrado despertar en la conciencia pública. Y si no bastaran a justificar una Universidad del Sur como necesidad nacional su existencia de quince años, su matrícula en pleno crecimiento, su contribución a la cultura del país y del continente y aún a la ciencia mundial, nada mejor que este movimiento de opinión unánime para destruir el prejuicio inconcebible de que las Universidades de Santiago llenan por completo el deber social de darle al país la educación superior que requiere. Aun cuando la estadística no nos fuese favorable—y nos lo es en alto grado—no podríamos renunciar a la idea de que también descentralizar es civilizar: dar oportunidad para que los pueblos se desarrollen con una fisonomía y una personalidad propias.

Al daros cuenta de la marcha general de la administración en 1933, hemos debido detenernos en este largo episodio que os muestra cómo la Universidad mediante el organismo que la dirige se halla en perpetua actitud de combate en defensa de sus muy legítimos derechos. Administrar la Universidad es más que dirigirla. Es menester una actividad de cada momento a fin de que las leyes que la amparan no se deroguen en detrimento suyo y en favor de otras entidades que desearían disfrutar en mayor escala de los beneficios de una institución que como la Lotería ha tenido grandes riesgos que nadie ha compartido con la Universidad y ha importado durante diez años una ininterrumpida sucesión de inquietudes, alarmas y desvelos, los cuales han obligado al Directorio a la extraordinaria e ímproba labor que todos conocéis.

Fuera de esta labor no se ha descuidado la obra que la Universidad realiza por medio de sus Escuelas y Facultades, del fomento de sus institutos, de sus revistas, de su Biblioteca y de su extensión Universitaria en general.

También se ha ocupado vivamente el Directorio en continuar

los trabajos de edificación de la ciudad universitaria, que comienza ya a diseñarse en el hermoso barrio de La Toma y a cobrar halagadora perspectiva con los edificios ya terminados de la Escuela Dental, de la de Ingeniería Química y el Pabellón de Anatomía y el ya casi concluído de Biología General.

FALLECIMIENTO DEL DIRECTOR SEÑOR LUIS URRUTIA MANZANO.

Con hondo pesar recordamos el fallecimiento de don Luis Urrutia Manzano, miembro del Directorio y Director del Teatro Concepción, acaecido en Octubre de 1933. Colaborador activo en la obra universitaria, se distinguía por su reposado carácter y atinado criterio en las deliberaciones de la Corporación. En homenaje a su memoria, el Directorio acordó erogar la suma de quinientos pesos en favor de la casa de Huérfanos de esta ciudad, y comisionó al Presidente para que en representación de sus compañeros hiciera uso de la palabra en los funerales.

NUEVAS CONSTRUCCIONES Y CREACIONES.

En el año que se refiere esta memoria se continuaron los trabajos del Pabellón de Anatomía, para cuya recepción provisional se nombró una comisión el 10 de Mayo. Un mes antes el Directorio había acordado la suma de cien mil pesos con el fin de instalar la calefacción en el mencionado edificio. Posteriormente, el 6 de Septiembre se concedió la cantidad de \$ 78,000.00 destinada a instalación del ascensor y a otros detalles en la misma obra.

Al comenzar el año se aceptó la propuesta de don Juan Villa para hacer el Pabellón de Biología General por la suma de \$ 1.176,000.00. Se autorizó también la inversión de \$ 238,000.00 para los trabajos complementarios de calefacción, cerrajería y artefactos eléctricos y sanitarios no comprendidos en la propuesta anterior. De este modo el valor total de la obra asciende

a poco más de \$ 1.400,000.00 sin contar los planos que fueron encargados a los señores Ramón y Guillermo Infante el año 1932.

En sesión de 5 de Mayo se pidió al Arquitecto de la Universidad un anteproyecto para la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales, la cual se empezará a construir en el presente año de 1934. El anteproyecto ha llamado la atención por lo moderno del estilo y el excelente gusto artístico con que la obra ha sido ideada.

Para terminar los trabajos de calefacción del Teatro de la Universidad, se concedieron \$ 33,534.00 en sesión del 18 de Enero.

No pudiendo la Universidad atender a los gastos de edificación en 1933 con fondos del presupuesto dedicados a este objeto, para suplementar éste se obtuvo en el Banco de Concepción un préstamo de \$ 500,000.00 que a la fecha está casi totalmente cancelado.

FACULTADES Y ESCUELAS.

Se mantuvieron sin modificaciones apreciables las que existían hasta 1932. Cuenta, pues, la Universidad con las siguientes facultades a las que corresponde cada una de las Escuelas que a continuación se mencionan:

- I. *Facultad de Filosofía y Educación.*—Escuela de Educación.
- II. *Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.*—Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales.
- III. *Facultad de Medicina.*—Escuela de Medicina.
- IV. *Facultad de Farmacia.*—Escuela de Farmacia.
- V. *Facultad de Odontología.*—Escuela de Dentística.
- VI. *Facultad de Matemáticas y Tecnología.*—Escuela de Ingeniería Química Industrial y Primer año de Ingeniería Civil.

Del funcionamiento, cursos, matrícula y exámenes de estas Escuelas se ocupan las memorias de las reparticiones respectivas.

El 5 de Mayo se acordó abrir el primer año del Curso Normal. El Estado necesita gran número de profesores primarios y ha manifestado complacencia de que la Universidad sea su colaboradora en la formación del magisterio. Lo que en Alemania y otros países se había obtenido, lo ha conseguido también por primera vez en Chile la Universidad de Concepción al preparar en sus aulas a una parte de los maestros de primera enseñanza del país.

También en el curso de 1933 se repuso en la Escuela de Ingeniería Química Industrial el Item de \$ 4,000.00, destinado al segundo año de Física y se aprobó el proyecto de presupuesto para invertir la suma de \$ 20,000.00 en el funcionamiento de los Seminarios de la Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales.

Cabe recordar en este pasaje de la memoria que en una conceptuosa nota el Ministro de Fomento agradeció la cooperación que la Universidad prestó al Gobierno con los cursos de Pedagogía y Psicología que los profesores de los ramos respectivos hicieron al personal de Talleres y Laboratorios en la enseñanza industrial minera.

En sesión de 10 de Mayo se concedió al Director de la Escuela de Educación, don Samuel Zenteno Anaya, la jubilación que por motivos de enfermedad había solicitado de acuerdo con su contrato; y se nombró en su reemplazo al Profesor de dicha Escuela, don Pedro Gigoux, que lo había subrogado anteriormente.

La labor de investigación científica, de cuyos pormenores se deja constancia en las memorias de las Escuelas e Institutos, ha sido apreciable en 1933. Los institutos de Anatomía Patológica, de Histología, Biología y de Farmacia, han realizado importantes experiencias. Pero sobre todo es muy laudable la actividad del Instituto de Fisiología, cuya labor incesante en 1933 no hace

por otra parte sino continuar una obra de investigación científica de trascendencia mundial, prestigiada por su sabio Director el Dr. Alejandro Lipschtüz.

SECRETARÍA GENERAL.

El movimiento habido en la Secretaría General durante 1933 ha sido el siguiente:

Sesiones del Directorio y Consejo.—Fueron tramitados los asuntos tratados por el Consejo y el Directorio en las catorce y treinta y tres reuniones que respectivamente celebraron estos Organismos.

Correspondencia.—Las comunicaciones recibidas alcanzaron a 1,099 y se despacharon 1,165. Además se remitieron prospectos y pliegos con datos relativos a la matrícula a un gran número de interesados. Durante el año se repartió también una cantidad considerable de circulares sobre matrícula y otros asuntos internos.

Decretos de pago.—En Secretaría se tramitaron 2,604 Decretos de Pago que corresponden a las peticiones despachadas por las diferentes Reparticiones universitarias en la forma que a continuación se expresa:

Secretaría General	886
Escuela de Medicina	482
Escuela de Farmacia	272
Instituto Odontológico	222
Tesorería General	216
Escuela de Educación	182
Instituto de Fisiología	115

Teatro Concepción	108
Escuela de Ciencias Jurídicas y Sociales....	104
Escuela de Ingeniería Química Industrial..	94

lo que significa un total de 2,681 peticiones, de las cuales se anularon setenta y siete.

Decretos de nombramiento.—Los Estatutos en vigor desde 1933, establecen que corresponde al Presidente—a propuesta del Jefe de la Repartición respectiva—designar a los empleados cuyos nombramientos no están especialmente consultados en los Estatutos referidos. Durante el año se extendieron treinta y cuatro Decretos de Nombramientos. Las proposiciones de las diferentes Reparticiones Universitarias fueron las siguientes:

Secretaría General	2
Biblioteca Central	1
Escuela de Ciencias Jurídicas	3
Escuela de Farmacia	10
Escuela de Ing. Química Industrial	3
Escuela de Medicina	11
Instituto Odontológico	4

Matrícula.—La matrícula se efectuó de acuerdo con las mismas normas que se pusieron en práctica en el año 1932. El número de alumnos inscritos para cada Facultad está indicado en cuadro aparte. El total de matriculados en 1933 alcanzó a setecientos setenta y tres estudiantes.

Becas y exenciones.—Durante el año escolar a que se refiere esta memoria, un crecido número de alumnos disfrutó de las becas y exenciones que el Directorio otorga a cada Escuela en proporción al número de matriculados, según puede verse en el siguiente cuadro:

ESCUELA	Matrícula Total	Becas	Medias Becas	Exenciones por el año	Exención un semestre
Ciencias Jurídicas y Soc.	164	29	18	2	6
Educación	154	16	1	95 (C. N.)	1
Farmacia	80	13	1	7	14
Ingeniería Química	58	6	..	3	2
Inst. Matemáticas	41	5	..	4	3
Inst. Odontológico	85	17	11
Medicina	191	42	..	5	17

Institución de nuevas becas.—A principios de Noviembre el Directorio acordó elevar a dos el número de Becas concedidas a los Liceos completos de la región de Talca al Sur del país, y hacer extensivo este mismo derecho, así ampliado a todos los establecimientos de enseñanza secundaria de la zona dicha, cuya adhesión a la obra universitaria se expresó de manera tan entusiasta con motivo de la defensa que de sus fuentes de entrada hubo de hacer la Institución en ese período.

DÍA DE LA UNIVERSIDAD.

Con toda solemnidad se efectuó como en años anteriores en el Teatro Concepción el Día de la Universidad. En la velada conmemorativa que se celebró al efecto, fué otorgado el premio de Ambrossy por el año 1932. A continuación se dan los nombres de los alumnos agraciados con esta distinción:

Facultad de Ciencias Jurídicas y Sociales.—Señor Jorge Benavente Jiménez.

Facultad de Filosofía y Educación.—Señor Jorge Bravo Puga.

Facultad de Farmacia.—Señorita Olga Ramos Quezada y Señorita Elsa Valdebenito Palma.

Facultad de Medicina.—Señor Adalberto Thompson Schwarzenberg.

Facultad de Odontología.—Señor Federico Müller Rychmer.

EXTENSIÓN CULTURAL.

a) REVISTA «ATENEA».—Esta conocida publicación mensual de Ciencias, Letras y Artes de la Universidad cuenta con diez años de vida. Es la única revista chilena en su género que se ha mantenido tanto tiempo. El número 100 correspondiente a Agosto de 1933 se agotó a los pocos días de haber aparecido. Abundantes y elogiosos párrafos de la prensa nacional y extranjera fueron dedicados a «Atenea» con motivo de su décimo aniversario. Todos concordaban en el juicio de que nuestra revista es una de las mejores que se publican en lengua española y que por lo mismo hace honor a la cultura hispano-americana. Numerosas felicitaciones de la Dirección de otras revistas nos han llegado como inapreciable estímulo para proseguir la labor importantísima que por medio de ella se realiza.

Debemos también dejar constancia de que continuamente Bibliotecas Universitarias o Públicas e Instituciones Científicas de Alemania, Estados Unidos y otros países tanto de Europa como de América, y estudiosos de diversas nacionalidades piden ejemplares de números atrasados para completar sus colecciones truncas. Directores de los Institutos en referencia nos expresan en sus cartas que la revista es una de las más solicitadas por el público que domina el español. Por desgracia esas peticiones se refieren casi siempre a números totalmente agotados de años anteriores y no hemos podido dar satisfacción a tan legítimos deseos.

b) *El premio «Atenea».*—Este premio, instituido el 24 de Abril

de 1929 en favor de la mejor obra literaria del año, le fué otorgado a Luis Durand por su obra «Campeños» aparecida en 1932.

c) *Conferencias de extensión universitaria.*—La tribuna universitaria se vió honrada en 1933 por numerosos conferenciantes que desarrollaron los temas que se anotan en el cuadro siguiente:

Jorge Urrutia Blondel.

«El porvenir de la América Latina».

Jorge F. Nicolai.

- 1) «Música popular chilena».
- 2) «Cerebro e inteligencia».
- 3) «Disertación sobre la guerra».

Moisés Poblete Troncoso.

- 1) «Los progresos sociales de España republicana».
- 2) «Bases internacionales del socialismo contemporáneo».

Dr. Alcibíades Santa Cruz.

«Disertación acerca de la uva. Lo que la uva nos da y nos pide».

John Madkay.

«Filosofía de un caminante».

Julio Parada Benavente.

«El Centenario de la Constitución de 1833».

Max Junge.

«Seis meses en la Patagonia Chilena».

Eduardo Cruz Coke.

«Sobre los caracteres del pensamiento contemporáneo».
(A pedido del Centro de Estudiantes de Medicina).

Eugenio Labarca L.

- 1) «Amigas de Luis XV, la Pompadour y la Dubarry».
- 2) «Hombres y mujeres de París».

Alberto Herrera.

«El Código Civil Mejicano». (Patrocinada por el Centro de Estudiantes de Derecho).

Dr. Gilberto Rahm-Liers.

- 1) «Bellezas de Chile—Tras las huellas de Darwin».
- 2) «El Misterio de la Isla de Pascua».

Marcelo Malbec.

- 1) «Recepción»—Reseña histórica sobre Radioelectricidad. Ondas amortiguadas. Ondas continuas. Principios de Radiotelegrafía, telefonía, telegrafía, televisión, telemecánica, cine sonoro. Recepción en general.
- 2) «Transmisión». Transmisión radiotelefónica. Principios de transmisión radiotelefónica, telefotografía, televisión, telemecánica.
- 3) «Transmisión y Recepción combinadas».

Nota: Estas tres conferencias fueron ilustradas con experimentos y construcción de aparatos. Fueron dictadas en la Sala de Conferencias de la Escuela de Farmacia.

Carlos Silva Vildósola.

«Los Profetas de Israel».

- 1) El Profetismo. Influencia política de los Profetas, especialmente Isaías y su obra.
- 2) Vida del rey David. Su política y la constitución del Reino de Israel. Sus salmos como poesías lírica.
- 3) El libro de Job como obra literaria. El problema de la existencia del mal en el mundo.

Dr. Alejandro Lipschütz.

«Fisiología moderna de la digestión».

Mercedes Pinto.

- 1) «Don Juan, su nieto y el amor».
- 2) «Mi mensaje a la juventud».

Hernán Fabres Valdivieso.

- 1) «Pierre Loti».
- 2) «Anatole France».

Víctor Domingo Silva.

«Hombres y cosas de España».

José María Souviron.

- 1) «Hacia un nuevo romanticismo».
- 2) «Juventud y vejez en el arte».

Dr. Carlos Grandjot.

- 1) «La numeración y los números en las culturas del mundo».
- 2) «Logística moderna».

Nota: Esta conferencia fué dictada en la Sala de Conferencias de la Escuela de Farmacia.

Mariano Latorre.

- 1) «El bandido de la literatura chilena».
- 2) «El bandido en la literatura chilena».

Guillermo Feliú Cruz.

«Barros Arana y el método analítico en la historia».

Emilio Rodríguez Mendoza.

«Vicente Pérez Rosales y su tiempo.

- 1) La patria vieja.
- 2) Plena vida.
- 3) La obra pública literaria y artística.

Carlos Keller.

- 1) «El espíritu de la economía chilena».
- 2) «Hacia una nueva organización del intercambio comercial universal».

Amanda Labarca.

«¿Adónde va la mujer?».

d) *Biblioteca Central.*—Al organizar la Biblioteca se ha querido hacer un trabajo prolijo de manera que una vez concluído pueda esta repartición prestar servicios completos a los lectores. Estos servicios están ahora limitados por la labor misma de la catalogación, que no permite el retiro de libros fuera de la sala de lectura. Sin embargo, el público acude a ella en no escaso número. En 1933 fueron consultados más de diez mil volúmenes y cerca de cinco mil publicaciones. Las dificultades emanadas del control de cambios imposibilitan la adquisición de libros y revis-

tas extranjeras e impiden, en consecuencia, un crecimiento más rápido de tan importante sección universitaria.

A continuación se da un cuadro del presupuesto, existencia y movimiento de la Biblioteca:

Presupuesto: \$ 80,000.00 invertido:

En adquirir moneda francesa para cancelar suscripciones y pedidos de libros hechos al extranjero	\$ 34,775.00
Fichas para duplicados Kardex	12,880.00
Empastaduras	5,528.00
y el resto en adquisición de libros y suscripción de revistas y diarios chilenos.	

Existencia.

En 31 de Diciembre de 1933	16,784 volúmenes
En 28 de Abril de 1934	17,599 volúmenes

Atención al público:

Aunque este servicio es limitado, se ha hecho la atención que el cuadro siguiente indica:

Enero a Diciembre de 1933:

Obras consultadas	8,793 con 10,455 volúmenes
Publicaciones consultadas	644 con 4,841 volúmenes
Servicios-Hombres	8,482
Servicios-Mujeres	2,956
	<hr/>
Total	11,438

Lectores que en este año vinieron por primera vez:

Hombres	852
Mujeres	519
	<hr/>
Total	1,371

LOTERÍA DE BENEFICENCIA PÚBLICA.

El siguiente es el resumen de un estado demostrativo de los sorteos verificados durante 1933:

Se verificaron 18 sorteos ordinarios con una emisión de 25,000 cada uno \$ 1.300,000.00	\$ 19.500,000.00
Tres sorteos extraordinarios con emisión de 25,000.00 billetes cada uno \$ 2.600,000.00 .	7.800,000.00
	<hr/>
	\$ 27.300,000.00
	<hr/> <hr/>
Por capítulo de billetes sobrantes se dejaron de colocar	\$ 2.713,417.20
	<hr/> <hr/>
Las utilidades comprendidas, premios prescri- tos, premios obtenidos y entradas extraor- dinarias suman	\$ 5.717,294.49
	<hr/>
Los premios por pagar suman.....	\$ 15.592,500.00
	<hr/>
El impuesto sobre 10% a los premios, suman:..	\$ 1.732,500.00
	<hr/>
Impuesto 4% sobre la emisión, suma:.....	\$ 1.050,000.00
	<hr/>

Las comisiones, suman:.....	\$	1.385,093.75
Los gastos generales suman:	\$	211,926.94
Las publicaciones suman:.....	\$	95,315.27
Muebles y útiles suman:.....	\$	2,000.00
Los sueldos suman:.....	\$	193,700.00
Los fondos de ahorro suman:.....	\$	9,400.00

PALABRAS FINALES.

Con lo expuesto, cree el Directorio haber trazado a grandes rasgos la labor administrativa y docente que el año pasado le correspondió desarrollar. Esta tarea a pesar de las circunstancias desfavorables de que se ha hecho mención es una labor de adelanto, pero sobre todo de previsión y afianzamiento. Debemos sentirnos honrados del prestigio de que goza la Universidad como se puso de manifiesto cuando el año pasado los más valiosos elementos y colectividades de Concepción y de una vasta zona del país acudieron en defensa de sus intereses amenazados. Debemos también concluir esta exposición de nuestro trabajo con una palabra de profunda gratitud para esos elementos y colectividades, sin cuyo concurso acaso habría comenzado a languidecer irreparablemente una obra de creación social que es orgullo de un pueblo entero.

SEÑALES

La risa del oeste y la energía del sur

□ ¿No habéis observado en las fotografías que llegan desde Rusia, con carácter informativo, esa sonrisa tan abierta, esa risa de dientes lucidos que tienen todos los obreros y obreras?... ¿Y tampoco, las que llegan desde Italia, mostrando algún aspecto oficial, esa energía de mentón osado y prominente que ostentan los jefes, las cabezas del régimen fascista?... Se podrían hacer estudios antropológicos llenos de interés. Pero más todavía, estudios escénicos.

Las primeras fotografías tienen esa calidad de la gente que se retrata después de una fiesta, en la que casi todos se han aburrido, pero en la que es necesario demostrar que todo fué maravilloso. Se antoja que, cuando un fotógrafo extranjero espera a la puerta de una fábrica rusa, un delegado del pueblo, entra subrepticamente y dice a los obreros reunidos: Afuera, está esperando un periodista burgués, con su fotógrafo al lado. Es necesario que se demuestre la satisfacción que todos tenéis del régimen soviético...

Y en cuanto a las segundas, se piensa que al darse cuenta un jefe de que le van a retratar, saca el maxilar inferior, enarca las cejas, echa la cabeza para atrás y dice: listo, ya puede usted apretar el botoncillo y que salgan los pajaritos!...

Escenografía. Hace pocos días se ha publicado una maqueta del monumento que los Soviets proyectan erigir a la me-

moria de la revolución. Será el más alto del mundo. La estatua del «bonhomme Lenin» estará en la cumbre, perorando. La estatua es buena. Pero el monumento... Salvando diferencias de calidad, se parece tanto a ese pan de biscocho que en Roma, poniendo una nota blancuzca sobre las pardas piedras de la antigüedad, sirve para los homenajes al soldado desconocido!

Hay mucho que aprender de los dos. Del Oeste; y del Sur mediterráneo. Pero por favor, al retratarse, (¡oh, países!, y perdón por la amplitud del apóstrofe), nada de sonrisas preparadas ni de mentones enérgicos. Sinceridad. El teatro a sus horas.

Drieu, premiado y Baroja, elegido

□ A Pierre Drieu La Rochelle se le ha concedido el Premio de la Renaissance. Por su libro «La Comedia de Charleroi», formado por seis relatos de la Guerra. El escritor combatió a los veinte años; empezó su labor literaria, publicada, después del armisticio. Ahora, la memoria de aquellos días se conserva preciosamente guardada en las novelas breves de Drieu, que son aterradoras en parte, en otros lances sencillamente realistas y siempre llenas de la percepción minuciosa y profunda que caracterizó en todos sus escritos al autor de «Una mujer en su ventana». La guerra es para Drieu una pesadilla que hay que tratar, por todos medios, de evitar que tome cuerpo nuevamente. Una de las preocupaciones de este escritor ha sido, casi centralizando los temas de todas sus obras de carácter político, la del análisis de la guerra.

Mejor dicho, el de sus consecuencias. Drieu ha sido el escritor que más preguntas ha colocado sobre el tapete. A veces no las ha respondido él mismo, sino que, limitándose a exponerlas, suscitaba en los demás el interés por un hallazgo que respondiera tales interrogaciones. «L'Europe contre les patries»; «Genève ou Moscou»; «Le Jeune européen»; «Mesure de la France» y recientemente, «Mesure de l'Allemagne». Al mismo

tiempo, ha cultivado la novela, sin cargar en ella esas extralimitaciones de tesis y contenidos que están fuera del arte; para ello ha separado brillantemente, con un procedimiento digno de admiración, el arte, de la política; la literatura, de la sociología; el argumento, del tema internacional. Las obras citadas más arriba, forman el sector meditativo y filosófico, las sugerencias profundas, las preguntas cuajadas de interés expansivo. Junto a esta clase de producciones, lucen, en distinto plano y a la misma altura, las puramente artísticas: «Bleche»; «L'Homme couvert de femmes»; «Le Fuc Follet».

Admirable separación en días de confusiones, cuando las poesías quieren ser arengas y los códigos, ensayos de psicología sexual. Cuando los médicos hacen la crítica Literaria.

□ Propuesto por el Doctor Gregorio Marañón y los señores García de Diego y Casares, ha sido incluso en el número de los inmortales, (galicismo al canto), el autor de «Camino de Perfección». A Pío Baroja se le ha echado en cara repetidas veces, el desaliño de su estilo. Su ingreso en la Academia Española suscitará, sin duda, unas opiniones harto distintas. Para el que señala, la manera de escribir de Baroja, aparentemente descuidada, es su mejor cualidad. Lo que le hace más universal, más fácil de traducción, sin que el complejo estilístico estorbe, como sucede con otros muchos ingenios españoles. Además, en la novela española contemporánea, no hay tipos que superen en intensidad humana a los creados por Baroja.

El mismo ha tenido buena parte de la culpa en esas miradas un tanto despectivas que se le han dirigido. Su burlón escepticismo literario—por otra parte digno de admiración y lleno de gracia—le ha conducido siempre a mirar su propia obra de una manera despectiva. Ahora, cuando se enteró de su elección académica, hizo unas declaraciones que no desmienten la paternidad barojiana:

«Yo siempre he sido considerado en la literatura como el

novillero más o menos notable, o el cómico de teatro de arrabal a quien se reconocen algunas condiciones instintivas, pero no se cree que debe trabajar en los teatros ni en las plazas de importancia... Con el convencimiento de estar así catalogado ante el público, es lógico que yo no haya tenido la audacia de solicitar el ingreso en la Academia de la Lengua. La iniciativa no ha partido de mí. A pesar de esto, la Academia me ha votado para pertenecer a ella: me ha dado una alternativa oficial que yo no he esperado nunca... Por ahora, en mi vida, no he tenido más que dos éxitos. Uno a los veintiún años, cuando me dieron la plaza de médico, porque fuí el único que me presenté; y ahora, cuarenta años después, que me han hecho académico... Los amigos de mi barrio, que han oído que me han nombrado académico en Madrid, en una Academia a la que pertenece el Presidente de la República, Sr. Alcalá Zamora, creen que mañana andaré con casaca y espadín por la carretera. Yo les tranquilizo y les digo: Yo siempre seré un poco ciudadano del mundo y vecino del barrio de Alzate».

Marina Yurlova

□ Un libro de gran éxito, éste de la muchacha rusa Marina Yurlova, titulado en su versión inglesa «Cossack Girl» y publicado hace un mes por Cassell. Su estilo es sensacional, sencillo, atrayente, lleno de sugestión y con una liviana y certera serenidad que hace recordar mucho a Hemingway.

La venta de la primera edición ha sido tan rápida como buenos los comentarios de la crítica.

Marina Yurlova se fué, a los 14 años, a formar parte de un regimiento de cosacos del Kubán. Una buena parte del libro es un diario de guerra, original por no adolecer de esos lamentables y ya pesados detalles bélicos que se están repartiendo demasiado en la novela contemporánea y, de rechazo, en el cine. Su sexo le hizo favor y desfavor a esta muchacha, mien-

tras fué soldado; atenciones y privilegios, a veces; otras, molestias consecuentes en un regimiento de cosacos. Todo narrado con una ligereza y una falta de importancia por sí misma, realmente encantadora y sugestiva. Obtuvo varias condecoraciones. Al cambiar el régimen huyó de Rusia. Los voluntarios checos protegieron su retirada. Anduvo por Europa y hoy está en Londres.

Obra de una sencillez deliciosa. Nota: Marina Yurlova, según los retratos, es una mujer tan deliciosa como su libro.

Señal de libros

□ «Here to-day and gone to-morrow», novelas cortas de Louis Bromfield. (Cassell). Notas de vida norteamericana. Humorismo de buen tono. Escenas bien dibujadas. A veces, repeticiones de ingenio que podían haberse evitado. Propiamente no son novelas. Son narraciones, cuadros, escenas, con una trama que casi desaparece bajo los detalles que, por expresa voluntad del autor, se trasforman de accesorios en predominantes.

□ «Combat avec l'ange», de Giraudoux. (Grasset). Forma excelente, autobiográfica, si atendemos a que habla el autor; imaginada, si conocemos el detalle; llena de poesía. Un joven empleado en el Ministerio de Asuntos Extranjeros decide cambiar su vida, más que por designio propio, en vista de que los hechos le demuestran esta necesidad. Abandona a su amante, pierde al perro que le acompañó con una fidelidad extraordinaria. Pero sigue asistiendo a su oficina. Y cuando se cree desligado de todo lo que tenía como sistema vital, una mujer se presenta intempestivamente. Espera su llegada en el despacho del ministerio. Un rato antes llegó el rey de Bélgica; para después se espera la visita de un presidente de República. Pero todo se detiene para el protagonista ante la presencia de aquella mujer que le esperaba, porque le conocía. Y a partir de tal

momento. la vida que amenazaba cambiar toma un derrotero semejante a la anterior. No es la novela donde Giraudoux libra sus combates con el ángel. Es en la poesía. En la misma poesía de sus obras pasadas: «La Escuela de los Indiferentes» y «Bella»... La misma poesía predominante de su teatro, vibrante hasta el destello en «Intermezzo». Un detalle: Muchas páginas del «Combat avec l'ange», tienen como decoración el paisaje de los lagos que se reparten fronterizamente entre Chile y la Argentina.

□ John Palmer publica un estudio completo acerca de Ben Johnson. (Routledge). Intelectualmente, Johnson fué un gigante que tuvo la desgracia de encontrarse muy cerca de un coloso: Shakespeare. Así, el tamaño, en esa relatividad de mirada que tan difícil es de sobrepasar, parece más reducido. La obra de Palmer da un buen retrato de Ben Johnson y un excelente análisis de obras tan grandes como «Volpone», «El Alquimista» y «La mujer callada».

□ Ramiro de Maeztu lanza su «Defensa de la Hispanidad». El momento español es tan combativo, que cualquier manifestación de una u otra parte de las ideas políticas tiene una resonancia de ecos prolongados. La hispanidad es un concepto tradicionalista de España: (todos conocemos la evolución de don Ramiro). Para el numeroso grupo que se asustó de las reformas republicanas, este libro es un emblema, un banderín de enganche, una luminaria. No dudamos, (como muchos hacen), de la sinceridad evolutiva de Maeztu. El señalador, puesto a elegir, se queda con la España que le duele a Unamuno, antes que con esta Hispanidad de Ramiro de Maeztu. Bien está el concepto de una España eterna; bien la idea de no sumir en el olvido lo pasado. Pero con evolución, sin aferrarse a las piedras antiguas. Y sobre todo, con mucho cuidado de no confundir a Teresa de Avila, Juan de la Cruz, a Lope y a Cervantes, con Ricardo

León y la tienda de cirios y estampas de la esquina. No es que Maeztu los confunda, pero ya veremos a los turiferarios del libro...

□ Eduardo Herriot nos da en «Orient», editado por Hachette, una visión intensa de sus últimos viajes: Rusia, Turquía, los Balkanes... La eterna confesión de buena fe al tratar de las repúblicas soviéticas. Aquí, sin embargo, la sinceridad está bien documentada. El juicio, el criterio sobre Rusia, según Herriot, está en madurez para ser juzgado. Pero él no lo juzga del todo.

Otras señales.

□ Paul Valery y Andre Gide han colaborado con Arthur Honneger e Igor Strawinsky, respectivamente, los primeros para la ópera «Semíramis»; los otros para «Perséphone». Ambas han sido representadas en la Opera de París, por Ida Rubinstein. Aun no conocemos la música, pero sí los libros. Verdadera corrección... no, ni reforma, son palabras menos claras: verdadera creación del libro de ópera. Breve, espléndidamente versificado, cuidadoso, teniendo tanta importancia como la música, quizás más; ambos escritores titulan *melodramas* a su producción, siguiendo la exactitud necesaria. «Semíramis» tiene como personajes: La Reina Semíramis, el Cautivo, los Cuatro Astrólogos. Y un coro formado por reyes, cautivos, sacerdotes de Dirceto, damas de la Reina, soldados y servidores. Dos actos, divididos en episodios, algunos de los cuales se reducen en el libro a describir la acción muda de los personajes mientras dura la música. Coreografía y decoración juegan papeles tan importantes como los propios personajes. Grecia hecha actual, sin perder; ganando. Los versos de Valery, tan maravillosos, tan llenos, cada uno de ellos, de una poesía doble: contenido y palabra.

Semiramis, o cruelle colombe!
 Te voici prise et mourante d'amour;
 Ta chair est douce a l'eternel Vautour
 et ta grande ame aux délices succombe..

«Perséphone» se divide en tres cuadros. En el primero intervienen Eumolpo y el coro de ninfas. En el segundo, Eumolpo, Perséphone y el Coro de Danaidas. En el último, los mismos y un coro de niños. La escena y el telón intervienen para cambiar ambientes, sin que la música cese. A veces con el telón echado, cantan adentro los intérpretes. La poesía de Gide dice, por medio de Coro de niños:

L'ombre encore t'environne
 Chancelante Persephonne
 comme prise en un reseau.
 Mais partout où ton pied pose
 S'épanouit une rose
 et s'élève un chant d'oiseau.

Lástima no estar en París!.. Nos quedamos a la mitad: Sin Honneger, sin Strawinsky, sin Ida Rubinstein.. Pero basten los libros para gozar de la belleza.

□ La Universidad de Verano, en Santander, (antiguo palacio real), promete un magnífico curso, ya organizado y hecho programa factible, por don Ramón Menéndez Pidal. Universidad Internacional es su nombre. Españoles que tomaron parte como profesores: Unamuno, Ortega y Gasset, Marañón, Barcia, Fernando de los Ríos, Recasens, Terradas, Palacios, Madariaga, Marichalar, Gerardo Diego, Jorge Guillen, Dámaso Alonso. En la Residencia Internacional se explicarán «las bases de una nueva ciencia físico-matemática» con los profesores Weil, Schrodinger, Fréchet, Cabrera, Grimm, Goldschmit, Marañón,

Pi y Suñer, Zulueta y otros. Sobre la «técnica del siglo XX» explicarán Armero, Sureda Blanes, Reparaz, Cantos y Peña Boeuf. Acerca de «fisiología», Kohler, Zuberi, Gaos y Stern. Otros nombres de profesores que concurrirán en diversas materias: Bertrand Russell, Yepes, (de la Universidad de Bogotá), María de Maeztu, Roura. En los cursillos de Arte intervendrán con sus explicaciones, Gaston Baty, Manuel Abril, García Mercedal y Adolfo Salazar. Habrá, también, una serie de cursillos sobre «enseñanzas de la cultura y la vida española». Buen programa. Buena utilización de un antiguo palacio.

Julio.

□ Indecisión, El buen tiempo asoma, engaña, vuelve a retirarse. El sol se hace inconstante, coquetea con el abanico de nubes, se ríe, huye y nos manda, ya fugitivo, las lágrimas de la lluvia. Mal hecho!.. Si al menos, fuera la Luna. A ella se le pueden perdonar estas cosas, pero el viejo Febo, (excusas por el apodo, señor de las manchas invisibles), no hay por que admirarle tales jugueteos. Y en este ir y venir de los días y las noches, se antoja que un niño gigantesco juega y manipula con dos naranjas. El sol y la luna. Suelta una, la hecha por alto, la recoge y cuando llega a su mano, ya está la otra en el aire. Las nieves se quejan de la informalidad, comienzan a derretirse, se hacen cristales transparentes y cuando el gozo de bajar las montañas le salta en el corazón, (corazón frío, pero que puede quemar si se le toca), otra vez vuelven a endurecerse, a quedarse quietas, a no poder mirar el valle sino como envidia y promesa. La ciudad discute, como si fuera un material de opiniones, acerca del tiempo: Ya entró el buen tiempo.. No. Todavía tiene que llover mucho.. Y siempre, inevitablemente, tiene que oírse la eterna estupidez, la eterna bobería de los quejumbrosos. «En mi vida ha hecho tanto frío como este año». Cuando lo que debían decir, a lo más, sería: «En mi vida

he sentido tanto frío como este año», Esos, después, hablan de la política, del arte, de la vida en general, hasta del amor, como hablan del tiempo: «Nunca vi cosa semejante!.. Jamás oí algo como esto!.. Pero si ésto no es música!.. Pero si éstos no son versos!.. En mi vida *ha hecho*, (feliz concordancia), tanto frío como este mes de Julio, engañador de muchas paseantes.—JOAN DE SELVAS.

LOS LIBROS

KARL VOSSLER Y LOPE DE VEGA

Desde 1924 el profesor alemán Karl Vossler viene preocupándose de España y de los escritores españoles. No es el único caso en Alemania. Los hermanos Schlegel, a mediados del siglo XIV, estudiaron el teatro de Calderón y lo pusieron de actualidad en Europa.

Ludwig Pfandl ha escrito dos libros admirables sobre el siglo de oro, en que estudia el medio y las costumbres de los siglos XVI y XVII y las características de la literatura nacional de España, exteriorización artística de la fuerza dominadora del imperio católico español, en pleno Renacimiento.

Ninguno, sin embargo, ha penetrado más a fondo, o mejor dicho, ha entendido mejor el alma colectiva de España y de sus escritores representativos que el profesor Karl Vossler. Sus estudios sobre los españoles no se hallan reunidos sintéticamente en un libro determinado, ni ha sido, a lo que parece, su intención, abarcar en conjunto el panorama de la vida social y de la literatura de España.

Se ha dejado arrastrar por sus más próximas simpatías estéticas. Calderón, en primer término, el más conocido en Alemania. Dedicó Vossler un breve ensayo a la personalidad humana y literaria de Calderón. El dramaturgo de la decadencia surge humanamente vivo, de entre la selva metafísica de sus concepciones.

Poco antes, había estudiado Vossler la España del siglo de oro en un trabajo panorámico del hombre y del pueblo ibéricos, que el profesor chileno Oscar Vera tradujo para la revista «Índice» hace dos años, única versión del trabajo de Vossler al castellano.

Vossler mira con simpatía y predilección el originalísimo fenómeno social y estético de la España renacentista. El mismo se encarga de puntualizarlo en un párrafo del artículo antedicho:

«Desde un punto de vista histórico y en un sentido valedero aun para nuestros días, no existe, propiamente hablando, nación española sino después de 1479, es decir, desde el momento en que la unión de las dos coronas de Castilla y Aragón permiten a los dos pueblos más importantes de la península intervenir de consuno en las esferas de la política y de la cultura».

Su estudio sobre España: «El hombre y el pueblo» bien podría servir de prólogo a sus investigaciones posteriores sobre Calderón y especialmente a esta magistral interpretación titulada «Lope de Vega y su tiempo» que acaba de traducir al español Ramón de la Serna».

Explica Vossler que el afán prematuro de los jóvenes poetas alemanes por crear una literatura, arraigada en la comunión religiosa y nacional, afirmadora de la vida por encima de toda diferencia de clases, lo ha acercado al poeta español que hizo su obra nacionalista y religiosa a la vez, con tan segura capacidad.

Este sentido que encarna Lope de Vega en forma genial, símbolo de la grandeza de su pueblo es, precisamente, lo que acerca su personalidad al problema de nuestro tiempo, en que la civilización occidental, sin rumbo ni entereza, se debate por buscar un sentido a la inquietud de la vida moderna.

El valor de Lope de Vega consistió en dejarse arrastrar por el torbellino creador de la España de Carlos V y Felipe II y en haber sido en la multiplicidad de su obra, (poeta, dramaturgo, novelista), un intérprete, pleno de vitalidad, de los defectos y cualidades de su raza y de su país.

Por eso, para conocer a Lope, es preciso conocer a España, bucear en ese hervidero de ideas y de hechos heroicos, donde se debaten, en lucha a muerte, Satanás y Jesucristo, la desquiciadora heterodoxia erasmista y la fe creadora de los místicos.

El error fundamental de la España de Felipe II, consistió en no darse cuenta que, junto a ella, nacían fuerzas nuevas y terribles: el racionalismo francés, el espíritu independiente de la baja Alemania y el genio comercial de los ingleses.

Para Felipe II, tales fenómenos no tenían importancia. El persistía en esta universalización del imperio católico de España y agotaba todos sus recursos en combatir a los herejes, fuesen mahometanos o protestantes. Un golpe de timón a tiempo, habría librado a la nave del naufragio, pero el español del siglo XVI estaba demasiado engreído de sus triunfos en la vieja Europa y en la joven América para cambiar el sentido esencial de su política.

Vossler lo explica muy bien al decir que España, de la misma manera que se sentía más próxima al milagro que a la realidad, se inclinaba a la guerra, más bien que al trabajo; a la aventura, más que al comercio; y a la gloria, más que a la riqueza y a la posesión.

El defecto colectivo de España es, también, para Vossler, el defecto individual de Lope y de su teatro, veta inagotable de situaciones y tipos, donde encontró, más que en ningún otro género literario, ancho campo la portentosa vitalidad creadora del gran dramaturgo.

El teatro de Lope, salvo excepciones contadas, prolonga el sentido caballeresco e idealista en plena decadencia de la nacionalidad española o castellana, para ser más explícito.

Da Lope la impresión del millonario que no comprende el momento histórico en que vive y persiste, ciegamente obstinado, en retener su dinero y vivir ostentosamente, mientras en torno suyo se desmorona una civilización y nace un nuevo con-

cepto de la vida. En este aspecto es Lope doblemente producto de su época y de España.

Su optimismo no le permite ver el mal que corroe a Castilla. Está excesivamente impregnado del período heroico del Romanero y sus héroes y heroínas, aunque nutridos con la experiencia amorosa del propio creador, son, exteriormente, hombres y mujeres de la Edad Media española o a lo sumo, del siglo XVI.

Claro es que tal concepto de la vida no le impide ver los defectos de su época; y la socarrona malicia que le viene a Lope de su ascendencia montañesa (cazurra y burlona comprensión del aspecto realista de las cosas) estalla, a menudo, en inesperadas escenas de sus comedias de capa y espada, las más típicas y auténticas interpretaciones de la vida madrileña de su época, casi siempre en boca de los graciosos y graciosas, cuyo papel en el teatro de Lope, neutraliza, mediante observaciones ingeniosas y veraces, el excesivo lirismo del galán o de la dama protagonista.

En su comedia «La dama melindrosa», por ejemplo, dos personajes discuten sobre lo que significan el uso de la espada o del birrete universitario. El uso de la primera, implica ignorancia; el del segundo, ilustración.

Uno de los personajes observa:

¿Luego el ingenio y la ciencia
son los bonetes y grados
por Sigüenza o por Valencia?

A lo que responde el gracioso:

En los vulgos engañados
consiste la diferencia:
Espada, luego idiotismo;
bonete, luego letrado.

Replica el otro:

¡Qué gracioso silogismo!

Y observa el segundo:

¡Ya está en el vulgo acentado!

Pero tales sátiras no son sino salpicaduras de la realidad en el engolado convencionalismo de todos sus personajes, donde sólo se escapan las mujeres, a las cuales Lope conoce profundamente y a las que ha comunicado una feminidad eterna.

¡Qué diferente en cambio, la actitud de Quevedo, Gracián y sobre todo de Cervantes frente al problema de su época!

La corrupción administrativa de la España del siglo XVII, la pobreza mendicante de sus viejas y desaseadas urbes, hirvientes de mendigos, pícaros y ramera, la relajación de la moral, disfrazada aún de ideas religiosas y del temor de Dios, todo eso, aparece en las páginas cínicas del *Buscón* o en el escepticismo conceptuoso del *Criticón*; pero lo que es chanza y procracidad en Quevedo o indignación moralizadora en Gracián, es burla amarga, macabro bromear en Cervantes que, no encontrando remedio a la enfermedad espiritual de España (el sentirse héroe, a pesar del jubón raído y de la espada llena de orín) se complace sádicamente en apalea a su personaje y hacerlo fracasar en todas sus empresas y aventuras.

Al apalea al iluso caballero de la Mancha, Cervantes, en realidad, apalea a España y por rebote, a la humanidad. Su fracaso en la vida se convierte, por obra del genio, en fracaso colectivo.

Vossler sólo incidentalmente toca este aspecto de la vida española en el siglo de oro que tan claramente se exterioriza en la obra de Lope y de Cervantes; pero esta vez, la instintiva sagacidad del profesor y crítico alemán, se detiene en Lope de Vega, de cuya vida y de cuya obra ha hecho con singular acierto, la más típica representación de la grandeza y debilidad de la España del siglo de oro.—MARIANO LATORRE.

LAS LETRAS CHILENAS, por *Domingo Amunátegui Solar*.

Incierto destino el de la literatura chilena en los textos que se escriben con fines didácticos. Se la interpreta mal, o no se la interpreta. Apenas si en esos volúmenes se hace cronología, con apuntaciones caprichosas, con arbitrariedad, y a veces con alusiones de escasa o nula importancia. Don Domingo Amunátegui Solar, serio investigador de nuestros archivos, autor de importantes obras históricas, estudioso incansable de las fuentes de la colonia, ha publicado una segunda edición de su obra, «Las Letras Chilenas», a la que ha agregado algunas informaciones sobre escritores contemporáneos. Esta obra adolece en su parte contemporánea de los mismos o parecidos errores en que han incurrido otros autores de libros de esta naturaleza. Es probable que mi concepto sea distinto al del señor Amunátegui Solar, en lo de apreciar un texto de estudio literario. Yo creo que una literatura como la nuestra—algunos la niegan—necesita ser iluminada, no por la presentación descarnada de los autores, sino más bien por la presentación fundamental y característica de cada uno de ellos. A esto habría que ponerle la salsa del plato. Es decir, iluminar la época, aunque sea con algunos trazos, para que en ella puedan respirar su verdadera atmósfera, los que en ella vivieron o viven. La literatura chilena es una literatura incomprendida, justamente porque quienes han abordado este estudio, se han limitado a colocar los autores por orden cronológico, agregándole a cada uno, unas cuantas líneas, que de ordinario, no dicen nada, no sugieren nada, no revelan nada. Yo no digo que todas esas presentaciones carezcan de algún interés. Algunas hay que están bien escogidas y sugieren un pequeño mundo a la avidez natural del estudiante; pero en general son apreciaciones sin carácter.

Cuando el señor Amunátegui, penetra en el estudio de los cronistas y poetas de la colonia, y en los historiadores y poetas y novelistas del siglo XIX, lo hace con holgura. Se le siente moverse como en un ambiente que le es propio, y su respiración es viva y abundante. Los pulmones acusan un ritmo pausado y normal. Está en su elemento. Conoce la materia y por conocerla, la domina y es señor de sus dilatadas extensiones. Pero no bien el señor Amunátegui Solar traspone la última cumbre del siglo, para entrar con su curiosidad en el misterioso siglo XX, las figuras inquietas y turbulentas que se mueven en esas no menos dilatadas zonas, se le escurren, se le escapan, no logra atraparlas, y la impresión que comunica es precaria.

Insisto en que probablemente mi punto de vista sea diferente al del señor Amunátegui. Y si es verdad que en la advertencia que pone al comienzo, su propósito no ha sido componer una historia literaria, sino una especie de memorándum, según el método positivo, sin largos análisis de carácter general, es lo cierto que se echa de menos en la parte correspondiente a los autores contemporáneos o mejor, de los autores del siglo XX, una pequeña exposición de lo que la literatura chilena significa como interpretación de una nueva realidad. El señor Amunátegui considera que esta tarea debe dejarse a los profesores.

¿Pero todos los profesores de literatura están en condiciones de poder cumplir con éxito esta tarea? ¿Es por ventura una exigencia reprobable, pedir a los autores de esta clase de libros que se preocupen de estudiar los fenómenos literarios, sus influencias, sus corrientes, lo que determinaron en ella ciertos escritores, la forma cómo reaccionaron o cómo entendieron el sentido de la vida, la posición del hombre frente a un medio agitado por tales o cuales problemas? Ciertas obras literarias responden a determinadas crisis. Ciertos escritores buscaron por caminos que no siempre un profesor conoce, los elementos fundamentales de su creación artística. Un poeta suele ser a menudo una fuente curiosísima de estudio, y esto puede insinuarse, puede trazarse en

pocas líneas, puede ser el origen de una provechosa e interesante labor de investigación crítica, que un profesor inteligente y estudioso realiza con la ayuda del alumno, o por si solo, mediante el dato revelador del autor del texto. En fin, hay poderosos elementos para construir una obra de valía.

Por ejemplo, el señor Amunátegui desarrolla con abundancia de datos, con buen método investigador, el período de la formación intelectual de la generación del 42. Hace, o hará comprender a los estudiantes, la influencia considerable que sobre esa generación tuvieron los maestros Bello y Mora. Ese período tan singular de nuestra formación intelectual, está trazado con viveza por el señor Amunátegui, lo domina, lo entiende, lo hace sentir. Los hombres que actuaron entonces, viven en estas páginas someras con un interés que no puede negarse. Y es porque el señor Amunátegui conoce bien ese período, lo ha estudiado con amor, y al sintetizarlo en el memorándum que él dice, lo ha hecho con limpieza, con innegable maestría.

En cambio, el período que se inicia con el siglo XX, el período que recoge la herencia de fines del siglo XIX, tan interesante, tan lleno de sugerencias, tan curioso por la calidad de los hombres, no aparece en este libro, y los autores están trazados con escasa penetración. Hay omisiones muy lamentables. Hay presentación de otros que nada agregan al estudio de nuestra literatura.

* * *

El ciclo contemporáneo, en el libro de don Domingo Amunátegui Solar, no responde a un verdadero criterio crítico y expositivo. No puede servir por lo menos, en esa parte, para el fin a que se le ha destinado, por cuanto los fenómenos literarios de importancia no aparecen ni siquiera insinuados, y las figuras

centrales de cada período carecen de relieve. Así Pezoa Véliz queda catalogado entre los poetas populares, al lado del satírico don Juan Rafael Allende, y nada, en la breve presentación que le dedica el señor Amunátegui Solar, deja entender o adivinar la significación que Pezoa tuvo en la generación literaria de 1900. Este movimiento excluído del libro—aunque su autor advierte, que no es una historia literaria—, constituye una omisión grave. Un estudiante de literatura chilena, pasa en este libro, del siglo XIX al XX sin saber a qué atenerse. La presencia de Thomson, de Baldomero Lillo, de Federico Gana, de Díaz Garcés, etc., en los comienzos de este siglo, con obras literarias tan diversas de las del último cuarto del siglo anterior, por la calidad de estilo y de elementos de interpretación de la vida chilena, queda sin explicación que satisfaga la natural curiosidad del estudiante, y en medio de una obscuridad que escasos profesores podrán disipar. Estos son, a mi modo de ver, los puntos débiles de este texto. Aparte, claro está, de la presentación misma de los escritores, que, salvo contadas excepciones, no ha sido hecha con el relieve necesario.

Es cierto que la literatura chilena, a partir de 1880, está apenas rastreada. Hay un período turbio aun, que corre, puede decirse, desde la guerra del 79 a la generación de 1900. ¿Qué influencias recibieron los escritores que se mueven después de esa guerra victoriosa? ¿Cómo sintieron la sociedad opulenta de ese tiempo, sociedad de esplendor económico? ¿Sintieron, en igual medida, los gustos y las pasiones que por entonces, junto con la riqueza, invadieron la sociedad chilena? ¿O fueron, quizá, incapaces de sentir nada y sólo se limitaron a seguir los modelos franceses, entre los cuales debe mencionarse a Armando Silvestre? Si se trata de servir a los alumnos de literatura chilena, lo natural es que en los textos destinados a ese objeto se tracen, aunque en forma esquemática, algunas nociones de cómo la vida y los fenómenos históricos influyeron sobre la creación artística.

Ahora bien, y siguiendo en este empeño que a algunos podrá

parecer pedantesco y a otros no, lo cual al autor de esta nota le tiene sin cuidado, ¿cómo se produjo la curiosa floración de los escritores naturalistas de 1900? ¿Qué influencias pesaron sobre ellos? ¿Por qué vieron el campo como hasta entonces ningún escritor chileno anterior lo había visto? ¿Qué secretas sugerencias impulsaron esas creaciones, en las que se siente ya la evasión del escritor de la ciudad hacia el campo? ¿En virtud de qué fenómenos estéticos o sociales esos escritores abandonaron el gabinete, y con él las elucubraciones medio románticas en que abundaron escritores de la generación anterior? ¿Qué influencias de escritores extranjeros hay que considerar para explicar esta actitud de piedad del escritor hacia el hombre del campo, hacia el labriego, o peón de las minas, o hacia el obrero de las ciudades? ¿Por qué, juntamente con la generación de prosistas, creció también un poeta como Pezoa Véliz, que labró, en versos lo que los otros pusieron en sus cuentos y novelas? ¿Qué valor tiene en ese fenómeno literario Pezoa Véliz; con su profunda y áspera queja, en la que pasa el alma bravía y sarcástica del hombre del pueblo, y se perfila, como en ningún otro poeta, el paisaje chileno? ¿Cómo deben considerarse Federico Gana y Baldomero Lillo? ¿Cuál es la posición de cada uno con respecto al hombre del pueblo? etc.

Es difícil condensar en pocas líneas todo lo que sugiere el texto incompleto del señor Amunátegui Solar, en lo que respecta al ciclo contemporáneo. Es verdad que él no ha hecho una historia literaria. Lo advierte al comienzo de su libro. De todos modos, no pueden dejarse pasar estas omisiones, que, al menos para el que esto escribe, son fundamentales en el estudio de la literatura chilena. Una cronología de nombres puede estar bien si existen otros textos que ayuden a completar aquella cronología. Pero da la casualidad de que no los hay. Y cualquier esfuerzo que se haga en este sentido, debe hacerse, creo yo, con la mayor precisión. Un simple trazo, una insinuación de los fenómenos más importantes, ayudarán a comprender no sólo al alumno, sino al profesor, el desarrollo de la literatura chilena, y la importancia de

sus figuras más representativas. Las muestras que he dado bastan para hacer ver los defectos de que adolece este texto del señor Amunátegui.—D. MELFI.



LA LEYENDA PATRIA, por *Alberto Guillen*.

Por primera vez me encuentro con una «Leyenda Patria», escrita para los niños por un niño que no lo es, aunque es poeta y tiene, seguramente, más de treinta años. Una leyenda del descubrimiento, de la conquista y de la emancipación del Perú, que es como decir de América, porque los episodios se parecen en todos los países en los que los españoles pusieron su planta, y la conquista como la independencia fué también idéntica en sus principios y en sus consecuencias. Alberto Guillen la ha escrito con fortuna y con sencillez. En una de esas ediciones primorosas de bolsillo, con bellas ilustraciones, la fantasía, la realidad y el candor andan mezclados en la más limpia confusión del mundo. Nótese que digo limpia confusión, porque lo mismo la realidad que la ironía, el blanco del alma infantil, como la grave mordacidad del hombre, han logrado extenderse sobre estas páginas menudas para producir una lectura deleitosa y llena de interés.

Un hombre-niño, es decir, un hombre con el sentido de la lucha de hoy, que es de repudio a las vejeces pasadas y a los aditamentos espesos de los dómines, acomete la tarea de contar lo que pasó en el descubrimiento, luego en la conquista, y, más tarde, con la emancipación. Pero no con la solemne y paquidérmica erudición, con el andar pausado y monocorde de los historiógrafos que acumulan miles de documentos y largos escuadrones de fechas, para echar al mundo una página fría, enteca y cejijunta, sino con el desenfado de un niño que salta y brinca por los campos de la historia y anota sólo lo esencial, lo poético, lo hu-

mano, en la acepción más pura del concepto. Guillen, buen amigo de los chilenos, no aspira a que se le catalogue entre los dómines de la altísima soberbia histórica. Guillen, aun con reírse con picardía sana, de los afebrados y acartonados constructores de gruesos y monumentales volúmenes, ha construído con los datos históricos un poema fino y liviano, un poema ingrátido que balancea sus graciosas imágenes sobre las risquerías de la tierra americana, y también sobre las no menos áridas risquerías de la historia oficial.

Claro es que esta *Leyenda Patria*, poema sinfónico en tres tiempos y un preludio, no agradará a ninguno de los maestros de América. Probablemente a ninguno de los equidistantes genios retóricos de América. Los años, en lugar de enfosquecer su espíritu, lo despojan de los zumos ácidos, de toda arruga presuntuosa y pedantesca. «Una vez Armando Rivera—cuenta Guillen en la página primera de su leyenda, dirigiéndose a los niños, sus lectores—, me invitó a su escuela. Quería unas palabras mías para el indio broncíneo, hermano nuestro, hecho de tierra y de lágrima. Las dije. Vosotros estuvisteis atentos como las aguas del río, que se aquietan para recoger el paisaje. Junto a vosotros subida en el tejado, un águila escuchaba también mis palabras y vuestros himnos. Pues bien, así como esa águila—que habría muerto en cualquiera lujosa jaula y se ha hecho amiga de vosotros porque sois puros, porque la vida no os ha encenegado todavía los labios ni los ojos—así vengo yo a vosotros, desde cielos altos, trayéndoos estas palabras puras, encendidas; estos símbolos, estas historias bellas como cuentos, y estos hombres nacidos para el bronce y para el mito».

Suave, fervorosa advocación a los niños de América. ¿Qué se ha hecho con los niños de América? Se les deja vivir en lo más turbio de las miserias políticas y en lo más pestilente de las pasiones. Se piden generaciones sanas, y tanto la historia como la vida general no hace sino ensombrecer estas almas transparentes que inician su andar entre jadeos de odio o de mezquin-

dad. Guillen ha escrito su *Leyenda Patria* para el pueblo, para ese «gran pueblo abierto y siempre ávido de agua y de semilla, diminuto, innumerable y siempre inextinguible pueblo de los niños». «El niño es surco—dice—es hierba y es arbusto. La hierba gatea y todo lo invade. El árbol acoge canto y nido. Y el surco pudre y transforma la semilla, toda semilla. Dejemos en él nuestra palabra buena. El futuro dirá su cosecha».

Bueno es que América empiece a salvar a los niños. Y esta *Leyenda Patria*, de Guillen, es un buen augurio. Fresca, pura, sin sombra alguna de rencor, tanto sirve a los niños como a los hombres.—D. MELFI.



CAMARADA, APUNTES DE UN HOMBRE SIN TRABAJO, por Humberto Salvador.

Siempre nos ha producido desconfianza una obra en la que aparecen juicios, o más bien, elogios de diferentes personas sobre la personalidad del autor o sobre libros anteriores del mismo. Se nos ocurre que el autor pretende impresionar al posible lector en sentido favorable; sugestionarlo e inducirlo a opinar en la misma forma elogiosa que las personas cuyos comentarios se han reproducido en el libro. Por lo demás, estos comentarios que se colocan en la parte primera o posterior de un volumen, son, la mayoría de las veces, simple cortesía con la que se retribuye el envío de una obra. Casi siempre están desprovistos de sentido crítico y son sólo una alabanza cordial, una apología, por lo general inmerecida y que no tiene relación con el contenido intrínseco del libro elogiado.

Frente a «*Camarada*» de Humberto Salvador nos ha sucedido lo mismo, no obstante que el nombre de esta novela (1), provocó

(1) Talleres Tipográficos Nacionales.—Quito (Ecuador) 1933.

instantáneamente nuestra simpatía. Empezamos la lectura con temor, con vacilación. Pero muy pronto comprendimos que nuestras suposiciones estaban erradas, pues nos encontramos ante un escritor dueño de un temperamento definido y de una capacidad expresiva y creadora de primer orden y para cuya estimación y comprensión no se necesita conocer la opinión de otros individuos.

«*Camarada*» es una novela de manifiesta tendencia social, abiertamente concreta y definida. Humberto Salvador se convierte en exegeta y animador de una determinada doctrina, de una concepción económica, social y política precisa y hace de su obra una verdadera línea de conducta a seguir, un programa a realizar. Aquí está, creemos, su fundamental error, no obstante que nosotros sustentamos íntima y profundamente la misma doctrina que Humberto Salvador y creemos con él que fuera de ella actualmente la humanidad no tiene otro cauce que seguir para salvarse de la quiebra total y absoluta que devendría fatalmente en una anarquía lacerante. Pero es que entendemos que la novela—el arte en general—no debe limitarse a ser la expresión de una ideología determinada ni a ser la defensa de un programa político, económico y social definido. La novela debe captar la expresión humana en sus aspectos más diversos y vivos, en sus relaciones más patéticas e injustas, más hermosas y verdaderas y falsas. Debe pretender condensar la vida toda, en sus contradicciones sociales e individuales, pero siempre independientemente, sin enseñar una ruta precisa, sin determinar un camino inevitable que deberá necesariamente seguirse. Esto debe desplazarse al ensayo, al discurso, a la polémica, al panfleto, a la propaganda periódica y sistemática. En una novela, cuando más, debe aludirse finamente, debe sugerirse de manera transitoria y aislada, porque si no existe el peligro de caer en la simple defensa, en la declamación social sin contenido artístico.

Hemos señalado, a nuestro juicio, el defecto fundamental. Posee otros, de mucho menor importancia, como ser, el desaliño

de las frases, cierto preciosismo que a veces se transforma en pedantería o cuando menos en rebuscamiento tan manifiesto que resulta insoportable. Sin embargo, todos estos defectos que hemos querido precisar debido al valor mismo de la obra, no impiden que «*Camarada*» observado y analizado en conjunto, en totalidad, resulte una de las novelas más interesantes que se hayan escrito últimamente por un escritor sudamericano. Desde sus primeras páginas el lector se siente dominado por el intenso y profundo sentido humano que la alienta, por la poderosa comprensión de los de abajo, por la fervorosa piedad hacia todos los que sufren la miseria cotidiana y que inútilmente se sacrifican por obtener el pan diario para ellos y sus familias zarrapastrosas y que nunca alcanza para satisfacer las necesidades más apremiantes de sus estómagos eternamente desocupados, por más que el trabajo sea brutal y agotador. Ahora, la tragedia de los desocupados, más patética y tremenda, sin siquiera la débil esperanza del salario, aparece pintada en toda su dolorosa realidad, en toda su lacerante desnudez.

Sergio Ignatoff, escritor ruso contemporáneo, habla con certeza de la obra de Humberto Salvador:

«Humberto Salvador se detiene en su interesante libro en anomalías sociales, morales y familiares de la sociedad contemporánea. Su libro es una protesta áspera y una especie de bofetada dada a esa sociedad. El autor toma muy profundamente los problemas principales de la especie humana—el hambre y el amor—y los trata muy extraordinariamente. El añade el psicologismo a la prosa narrativa de su país. Sus ejemplos literarios se deben buscar en la literatura rusa y aquí, en primer lugar, es preciso mencionar las obras de Dostoyewsky. Pero sería una grande equivocación el contar al autor como un imitador. La obra suya es enteramente original y se separa de la literatura americana muy inspirada por la literatura francesa. Humberto Salvador asimilando de los autores rusos la profundidad del análisis psicológico y recogiendo para sus temas varios desvíos de la nor-

ma psíquica, rehúsa la influencia francesa tan corriente en Idoamérica. El autor se da cuenta de los caminos de la evolución futura de la literatura americana. Esos caminos no la conducen a París. Extremadamente importante es el valor social de la obra de Humberto Salvador. El autor es psicólogo muy sutil, tiene gran cultura y erudición y se presenta como un gran maestro de la prosa fuerte, flexible, rítmica. Su lenguaje tiene agudeza y color brillante. Resulta el libro magnífico, lleno de contrarios sociales y sexuales, esbozados por su mano maestra».

La referencia recién transcrita es a un volumen anterior de Humberto Salvador, titulado «Taza de Té» pero que puede aplicarse en todas sus partes también al último libro del escritor ecuatoriano.

La característica esencial de esta novela—«Camarada» es el análisis que en ella se hace del aspecto económico y sexual de la vida. Esta dualidad domina en «Camarada», siendo el eje motriz de la misma. Todos los conflictos sexuales que provoca la ausencia de una economía estable, segura, los sacrificios que esta ausencia lleva envueltos, las desesperanzas quemantes que inocula, las desesperaciones que crea, aparecen pintadas de una manera sobresaliente. Existe vigor en la frase, absoluta precisión en las observaciones y un gran conocimiento de los personajes estudiados que hace suponer que Humberto Salvador ha conocido muy de cerca la vida desgraciada y miserable de los mismos. El análisis de las pasiones y problemas que los agitan, el proceso psicológico que se desarrolla simultáneamente al desarrollo de sus vidas, está realizado en forma verdaderamente notable, demostrando Humberto Salvador ser un psicólogo penetrante.

Algunas escenas, diremos más bien la mayoría de ellas, son de una crudeza dolorosa, que dejan el espíritu llagado, obsesionado por las amarguras que provocan las injusticias sociales, por la irremediable situación—en el estado actual de cosas—de los que laboran cotidianamente la riqueza del mundo. Ahora, agreguemos la audacia de pensamiento, la ausencia de prejui-

cios—ausencia total—el anhelo fervoroso por transformar todas las miserias diarias, por evitar al humilde su permanente condición de ofendido y comprenderemos que «Camarada» es una obra que llegará a ser el verdadero camarada de los harapientos. Creemos que este puede ser el mejor elogio.—A. T.



ESTRUCTURANDO LA MEDICINA DEL FUTURO, por *García Tello*.

El Dr. García Tello, de los servicios médicos del Seguro Obligatorio es autor de un libro cuyo interés científico y social no podemos menos de ensalzar. Fué publicado en 1933 y son escasos los artículos bibliográficos o críticos que se han escrito acerca de él. Comprendemos en parte el silencio que se ha hecho en torno de esta obra y comprendemos que su tesis no haya sido del agrado de todos. Es por lo demás la suerte de los libros en los cuales se adivina o se cree ver, un criterio diametralmente opuesto al criterio por el cual se rige la mayoría. Proclamar la bancarrota de la medicina individualista como elemento normativo en la lucha contra las enfermedades para substituir por la medicina colectiva, que es en definitiva la medicina del porvenir, no es cosa que pueda ser aplaudida. Cae ese criterio dentro del mecanismo en el cual se trituran todas las ideas que se salen de la medianía a que nos tiene habituados la tradición o un concepto muy conservador de las costumbres. El Dr. García Tello arremete contra estos prejuicios y asigna a los Seguros Sociales o a los organismos encargados de defender la vida de los asegurados, un papel enteramente diverso del que ahora tienen. Desde luego la organización definitiva de los Seguros Sociales, según sus palabras, «deberán orientarse a salvaguardar la indemnidad biológica humana», en su aspecto general colectivo, sin diferencias de clases. Pero para lograr esta aspiración es indispen-

sable dar a la medicina colectiva el sentido de humanidad que las modernas tendencias sociales le asignan.

El Dr. García Tello ha examinado en su interesante trabajo, con un criterio rigurosamente científico, la falla de los organismos actuales del Seguro Social. Aun cuando cumplen su rol en la medida de las posibilidades de la sociedad actual, dejan vacíos e insuficiencias que deben ser llenados con nuevas y más profundas interpretaciones biológicas y sociales. En una de sus conclusiones el Dr. García Tello, explica el antagonismo cada vez más irreductible entre los conceptos antiguos de la medicina individual y el concepto nuevo de medicina colectiva. «La medicina individual—dice—debe quedar reservada a las clínicas universitarias, a los hospitales y consultorios de medicina experimental, a todos los enfermos convertidos en casos clínicos y a los incurables».

Porque el papel fundamental, el objetivo supremo consiste en que el Estado invierta sus dineros en materia de Seguros Sociales con un criterio médico social, persiguiendo en forma absoluta la indemnidad biológica del elemento humano y tratando de rebajar al máximum la mortalidad y la morbilidad. Porque no hay ni puede haber una raza consciente o una raza superiormente apta para el trabajo si ella está carcomida por los males, y la salud es apenas un mito. Las plagas chilenas son sobradamente conocidas: sífilis, tuberculosis, sepsis bucal. Entre este trinomio trágico ha rodado desde hace tiempo la población chilena sin que haya sido posible hasta ahora, ni aun con los organismos sanitarios o del Seguro, lograr una inmunidad completa. Para este aspecto pavoroso de nuestro problema, el señor García Tello presenta las bases de una nueva organización. El Seguro Nacional Integral, en que se consultan las más modernas concepciones del Derecho, y de la Salud, en sus relaciones con el delito y con la indemnidad biológica.

El Dr. García Tello ha revelado con este trabajo, poseer no sólo una amplia cultura en el sentido social, sino un espíritu

científico generoso y una comprensión aguda de los problemas del Seguro. Para el Dr. García Tello, todo lo actual en materia de seguros obreros es deficiente, porque ellos sólo se concretan a una parte de la sociedad y no ciñen enteramente el problema en sus múltiples aspectos. Su tesis no ha sido lo suficientemente comentada y nos explicamos el silencio que la ha rodeado. Toda innovación trae aparejados factores negativos que obran desde el exterior y contienen las más gallardas o las más generosas concepciones, aislándolas o neutralizándolas. Y así los problemas más urgentes, son postergados en homenaje a intereses creados o a rutinas peligrosas, como en este caso, para la salud general que es en Chile el problema de mayor cuantía. Las conclusiones de su trabajo y el ensayo de legislación sobre prevención, control y tratamiento de enfermedades crónicas trasmisibles, significan aportes valiosos en este interesantísimo problema del Seguro. El Dr. García Tello aparte de la creación de la Caja de Seguro Nacional; de la medicina Standard y de los tribunales médicos, propone la creación del Delito Médico Social y para esto no tenemos sino citar sus propias palabras que nos ahorrarán todo comentario y dirán con claridad cual es su posición frente a este problema.

Dice: «Existe el delito político—el delito civil y el delito común. Mi experiencia de ocho años trabajando entre multitudes enfermas—me enseña que hay necesidad de asignarle a la medicina de las masas—leyes que son antagónicas con las de la medicina unitaria—y que hay necesidad urgente de reformar los códigos—creando el Delito Médico Social. Porque si la Ingeniería es y ha sido fundamento de la profilaxis de las enfermedades epidémicas—son las Leyes el fundamento de la profilaxis de las enfermedades crónicas—y las enfermedades crónicas dominan el cuadro actual de la patología de las multitudes».—D. MELFI.

CUENTOS

SU VENGANZA, por *J. M. Puig Casauranc*. (1)

Esta colección de cuentos del canciller mexicano, es anterior a su novela satírica «Los Juan López Sánchez López...». Comprende cuatro estilos de cuentos: «Cuentos Médicos», «Cuentos Jarochos», «Cuentos Románticos y otros que acaban ya no siéndolos», y «El Cuento que da la última esperanza».

«Cuentos Médicos» es un conjunto de anécdotas frívolas y galantes, con las que el autor levanta el velo—posiblemente rosado—que cubre las apariencias de la clientela aristocrática de un médico de moda.

Las páginas más interesantes de este libro, las ocupan los «Cuentos Jarochos».

«La Evasión» es lo que se llama un relato enérgico. Dos presidarios huyen de una fortaleza arrojándose al mar. Se odian a muerte, pero tienen que ayudarse, porque sus tobillos están unidos por una misma cadena.

«Uno, el más joven, era un jarocho de modestos rumbos, mozo decidido y resuelto que purgaba en *San Juan de Ulúa*, la muerte de un rival de amores; el otro ya cincuentón; era un arribeño hosco, enteco y mal encarado, que por allá, por el interior del país había desolado la comarca, con una gavilla de bandoleros y asesinos. Aunque obligados, por el poder de la cadena a no separarse nunca, el jarocho y el arribeño no habían hecho buena migas; el jarocho, matador pasional que había hundido su faca en el corazón del amante de una mujer que él amaba, veía con desprecio a su compañero de grillete, asesino vulgar y ladrón de caminos reales».

Los dos prófugos unidos por la común cadena se lanzan al

(1) Ediciones de «La Razón», S. A. México, 1932.

mar y nadan furiosamente. Al llegar a la orilla el jarocho se da cuenta de que el arribeño había muerto ahogado. El jarocho para libertarse del cadáver de su compañero, tiene que arrancarle la carne de la pierna a mordiscos, como un zopilote—uno de esos zopilotes que aparecen en casi todas las novelas mexicanas—y machacar después el hueso con una piedra.

«Y el jarocho pudo huir. . . la gente de la costa lo quería nadie pensó en delatarlo; han corrido los años, y. . . ahí lo tienes, convertido en el tío Juanico, el hombre más servicial y el más bueno».

«El Espanto», cuento jarocho, es de un humorismo liviano e intrascendente, parece escrito por Luis Durand.

«Sin Corazón» es también un cuento criollista, y a pesar de todo, continental; sus personajes tienen puntos de contacto psicológico y fisiológico con los personajes de otros cuentos y novelas hispanoamericanas. Cabalgatas, rodeos. La niña que se enamora perdidamente de un mozo, al punto de disfrazarse de «ánima», para poder verlo de noche. La cacería del tigre, del tigre de la selva, y del tigre que anda rondando a la mujer del cazador. Todos estos son temas tratados con abundancia y madurez en nuestra literatura.

En los «Cuentos Médicos», y en los «Cuentos Románticos que acaban ya no siéndolo» se perfila ya la pluma que escribiría con los «Juan López Sánchez López. . .», la sátira jocosa y violenta de la alta sociedad mexicana. Aquí la ironía es más suave y liviana y la intención política, nula.

En resumen, y a excepción de los «Cuentos Jarochos», los demás cuentos que trae el volumen, no significa mucho en la obra del autor de «Su Venganza» y «Los Juan López Sánchez López. . .»—JUAN URIBE ECHEVARRÍA.



NOVELA

«REGISTRO DE HUÉSPEDES, por *Mariano Picón-Salas*. Editorial Nascimento. Santiago, 1934.

En Mariano Picón-Salas, se produce una curiosa dualidad. Simpatía y aprecio exacto por el pasado sudamericano, sobre todo por el que siguió a la independencia, aparejado a una inquietud por todas las últimas corrientes del espíritu en lo político y en lo intelectual.

En el «prospecto», o prólogo a su novela «Odisea de Tierra Firme», decía el autor:

«La conciencia que quise imprimirle a este libro—sino me traicionó la imaginación—, es la conciencia de inquietud y protesta—muy sudamericana—de un hombre urbano, como soy yo y como parecen serlo, los personajes que amo más en mis relatos, ante un medio que les es inferior por el imperativo bárbaro de la vida. Tienen mis personajes y yo mismo, como para evadirse de ese sino histórico, la reparación que les da el paisaje, el sabor de los cuentos folklóricos, la compañía de los arrieros que suben las rampas de los Andes, o la travesía en uno de esos «bricks» del siglo pasado por el fosforescente Mar de las Antillas. Poesía y humor para librarse del horrendo dramatismo que imponen los hombres».

«Registro de huéspedes», puede cobijarse bajo el mismo prólogo de «Odisea de Tierra Firme».

La vida de personas que viven bajo un mismo techo—sin conocerse, y por el solo motivo de poseer una renta, o una falta de ella, parecida—permite al autor, esa su huída característica en el tiempo y en el espacio.

Picón-Salas escribe en todos los tiempos gramaticales e his-

tóricos, y siempre en sus relatos se produce una mezcla rara entre lo pasado y lo actual.

Las novelas de Picón son novelas de recuerdo. Se parte casi siempre del presente, pero hacia atrás:

«El tiempo no corre, hace paréntesis, enrolla en su remolino de abulia, de pereza y sueño». (Pág. 103).

A ratos el ensayista y el historiador se hace un pequeño lugar al lado del novelista.

«Y no olvide Ud., doctor, que a nosotros los tropicales, nos defiende la fuerza nerviosa. Adiestramos los nervios como un veneno sutil, intenso, como el curare de los indios. Las más grandes campañas de Bolívar las realizó en sus más terribles crisis periódicas. Si Ud., doctor, pudiera comprender la historia de esos países, yo le contaría lo que en la vida de Bolívar se llama «la visión de Casacoima», (pág. 41).

«En esos lugarejos de la zona cálida no existe tampoco esa niebla de las tierras altas, donde el misticismo se envuelve como un vago sueño. Predomina más bien la alegría de la raza negra que tiene sus ranchos de paja bajo de los verdes graduales. Retozan más los instintos. Las mujeres maduran muy pronto. Plátanos y guayabas se caen de las matas. Y yo, *dejaba correr el tiempo ocioso*». (Pág. 97).

Pero el encanto principal en las páginas de este autor, está sin duda en la evocación del trópico, del trópico de su niñez, con los amables personajes que lo poblaban. Las niñas Urízar, el abuelo Riolid y su caballo Liberalito, el general «Cachete e plata». De vez en cuando la página se convierte en viñeta, con ayuda de una lejana canción:

«Por las calles de La Habana
Se paseaba una mañana
La Mulata Trinidad.

.....

«Lorito real,
tú para España
y yo para Portugal
.....»

En «Registro de Huéspedes», el autor nos presenta personajes parecidos a los de «Odisea...», y al mismo tiempo intenta una psicología hispanoamericana comparada. Así, por ejemplo, «el caballero Lossada, tan apuesto e inofensivo, junto al ítaló argentino Canciotto, truhán y cínico. Adalberto, el hombre de paisaje rural, —fundador de una de las innumerables revistas «Ideales»— junto a Cáceres el hombre de paisaje urbano.

Hay hombres-climas y hombres-paisajes, en esta novela de Picón. Y el autor goza colocándolos en medios extraños. Tropicales en Norteamérica o en Chile. Colombianos y Argentinos en una misma pensión chilena. No deja de ser esta una tentativa hacia una novela americana sin fronteras.

Mariano Picón-Salas nos parece especialmente dotado para ella.—JUAN URIBE ECHEVARRÍA.

Libros recibidos

HUMBERTO SALVADOR.—*Esquema sexual*.—Imprenta Nacional, Quito, 1934.

DIEGO DE RIVERA.—*Alfonso Cravioto, (Conferencia)*.—Imprenta Ucar, García, Habana, 1934.

ALBERTO QUIROZ.—*Situación de la literatura Mexicana*.—Ediciones Guanajuato, México, 1934.

ENRIQUE MOLINA.—*La revolución rusa y la dictadura bolchevista*.—Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1934.

MARIANO LATORRE.—*Ercilla, aventurero de la conquista*.—Prensa de la Universidad de Chile, Santiago, 1934.

ANÍBAL ECHEVERRÍA Y REYES.—*Precursores de Colón*.—Prensas de la Universidad de Chile, Santiago, 1934.

ESTHER MONTERO ORTÍZ.—*Quejas, (poesías y prosas rimadas)*.—Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1934.

